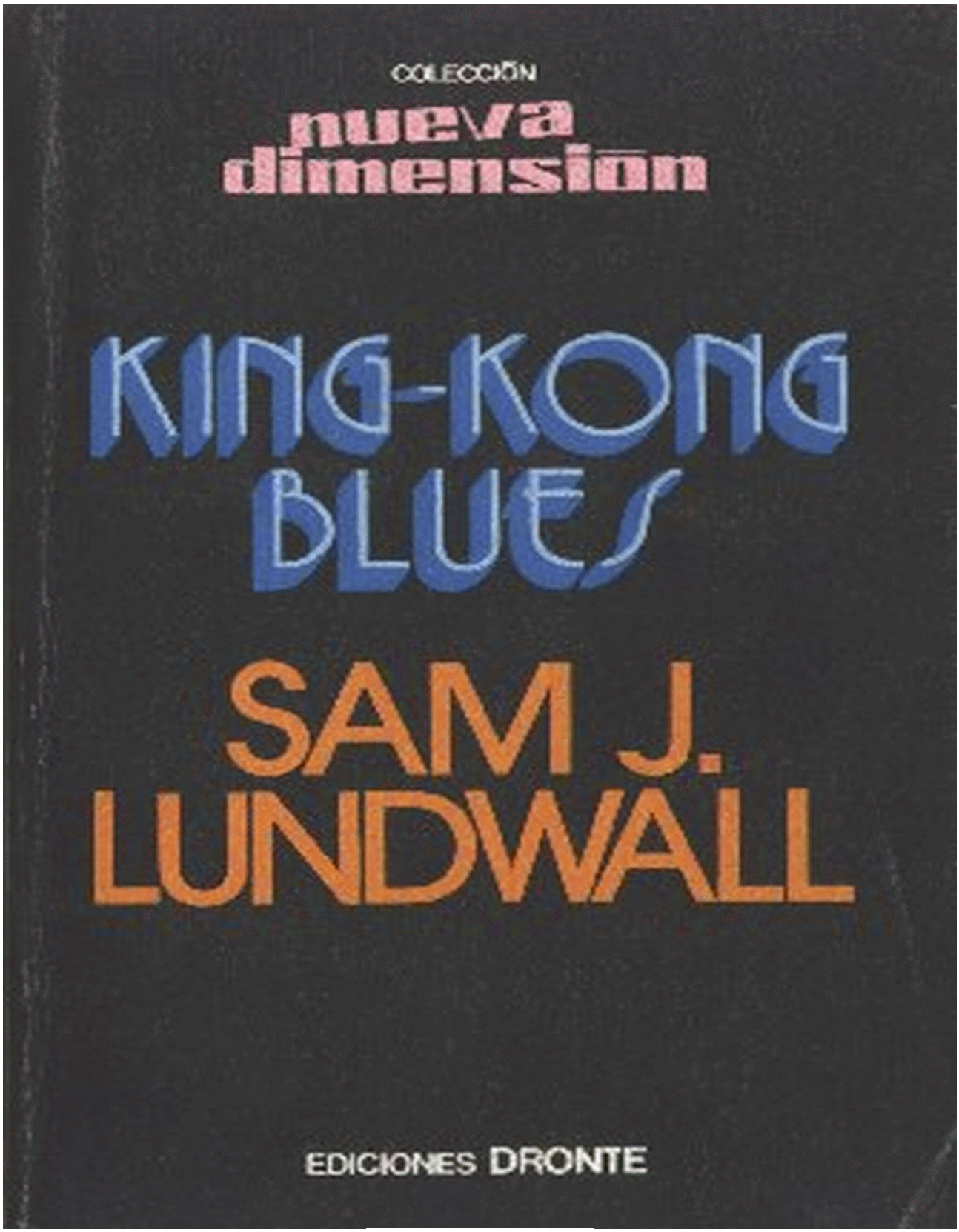
KING KONG BLUES

Sam J. Lundwall



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Ingrid y Lillan.
Y para Michael,
que hizo la música de 2018.

I

Era una linda boda. Ella, pechugona y de largas piernas, vestía un traje de novia última moda que apenas si ocultaba las zonas erógenas más conspicuas. El novio, un tipo alto, parecía un sacrílego cruce de James Bond y una versión en miniatura de King Kong. Tenía una brutal mandíbula protuberante y ojillos porcinos, y miraba con indolencia el gran tablero publicitario que había tras el sacerdote. Avanzaban en una nube de satén rosa y desodorante masculino, al compás de una sonora marcha nupcial y de los gritos entusiastas del público que llenaba el local y que ocupaba el pasillo tras ellos. Sobre sus cabezas, enormes letreros iluminados parpadeaban lanzando mensajes publicitarios, y el sordo rumor de los altavoces escupía música nupcial mezclada con los parpadeos de miles de bombillas y traidoras propuestas de ventas. La pareja nupcial se detuvo frente al sacerdote y las luces fueron amortiguando su brillo gradualmente hasta dejarlos bajo un solo foco en medio de una oscuridad rumorosa y cálida.

—Antes de declarar a esta pareja marido y mujer —dijo el sacerdote— permítanme unas palabras sobre nuestro patrocinador. Una boda sin ropa de los almacenes NK no es una boda. Sólo las prendas de NK aseguran una vida de eterna felicidad conyugal. La novia viste un traje de pranaseda sintética. Una caricia para la piel, señoras mías. Se desabotona con asombrosa facilidad, caballero.

Se detuvo mientras algunas jóvenes casaderas pugnaban por abrirse paso entre la multitud para palpar devotamente el tejido. Pudieron oírse «ohs» y «ahs». El sacerdote cerró su libro, sonrió benévolo, y leyó en voz alta una lista de precios que simultáneamente se encendieron en vivo color en un gran cartel eléctrico sobre su cabeza. Los mensajes subliminales redoblaron en fuerza. Una espesa ola de bendición conyugal rodó sobre la espectante muchedumbre; húmedas manos adolescentes buscaron y encontraron otras, a veces con asombrosos resultados, cuando la urgencia marital despertó en espectadores que jamás se habían visto entre sí. Hubo errores, pero, pese a todo, se vendieron ropas de boda. Se hizo un buen negocio aquel día; aunque quizás lo hicieran mayor los carteristas locales, aquellos caballeros y aquellas damas de ágiles dedos que se habían excluido diestramente de los mensajes subliminales de felicidad conyugal, y ahora liberaban tranquilamente a los hipnotizados espectadores de su dinero.

—Así pues, os declaro marido y mujer.

El sacerdote de los almacenes cerró su libro y sonrió hacia la cámara de televisión, que transmitió su rostro a los menos favorecidos que habían quedado al fondo del local.

—Y mientras ustedes, jóvenes, compran sus vestidos de boda, pasaré al siguiente artículo del programa.

Bajó del podio y desapareció en seguida entre la multitud. La mayoría de los espectadores le siguieron como lemmings al departamento de dormitorios y

servicios médicos; allí, los recién casados pasarían una apasionada noche de bodas patrocinada por un fabricante de camas, dos de anticonceptivos y un editor especializado en libros sexuales. Tras ellos, en el vestíbulo, había unos diez jóvenes de ambos sexos que sonreían estúpidamente, bombardeados por todas partes por la publicidad subliminal. Sonrientes vendedores llegaban corriendo; se les reconocía enseguida por los pequeños transistores en forma de flor que llevaban en la solapa y que les protegían de los ataques subsónicos de la publicidad. Uno de los vendedores, en su celo mercantil, pisó un pie imprudentemente adelantado; una joven recuperó de pronto el sentido, mientras estaba abrazando con avidez a un hombre a quien jamás había visto y a quien jamás habría querido ver, y mucho menos casarse con él. Le dio un empujón y desapareció entre la multitud, indiferente a los quejumbrosos gritos del vendedor.

Estuve a punto. Se abrió paso a codazos y salió de la sección a una sala más grande, en la que destacaba un campo de batalla en miniatura, donde niños en edad preescolar, que vestían imitaciones exactas del Ejército de Liberación y de las Fuerzas Ultramarinas Norteamericanas, luchaban alegres. Al áspero rumor de granadas y ametralladoras de juguete (se garantizaba su inocuidad fuera de una zona de peligro de veinticinco centímetros) se mezclaron gritos felices cuando los niños pasaron a achicharrar a un maniquí enemigo de tamaño natural. (¡Edúquelos! ¡Fomente su sano desarrollo! ¡No mantenga a su hijo al margen de los horrores de la guerra! ¡Los mejores psicólogos recomiendan que se proporcione a los niños posibilidad de dar salida a su agresividad natural!) Rodeaban el campo de batalla otros niños que observaban la lucha con ojos resplandecientes. Los fornidos vigilantes acababan de echar a patadas a un pacifista que intentaba comunicar propaganda subversiva a aquellos niños indefensos. Nuestra joven (Anniki Norijn, 000101-0029/InS) se apoyó cansinamente en el mostrador, y observó a la multitud enloquecida por el afán de compra que recibía aun más incitaciones a través de los mensajes subsónicos omnipresentes.

—Cómprame —dijo una voz mimosa, a unos centímetros de su oído.

Se volvió y contempló los ojos vidriosos de una gran muñeca.

—Sé hacer pipí, beber y dar a luz muñequitas —dijo la suave voz—. Me crece el pelo. Soy exactamente como una niña. Puedo tener diez grados distintos de temperatura. Llévame a mamá y dile que no puedes vivir sin mí. Y llora si no me compra.

Anniki cogió la muñeca, la alzó y encontró un altavoz negro justo a su espalda.

—Sólo tú y yo… —decía tiernamente el altavoz; Anniki dejó la muñeca y se alejó.

—¡Llora hasta que me compre! —dijo la voz tras ella.

Anniki bajó en ascensor hasta la planta baja, donde se vio rodeada de una multitud de emigrantes que contemplaban asombrados el increíble surtido de aquellos grandes almacenes. Como carecían de aquella resistencia innata a la publicidad de los ciudadanos, pronto se veían en posesión de grandes cantidades de tentadores artículos.

Algunos de aquellos felices y sonrientes individuos se tambaleaban ya bajo el peso de las bendiciones de la civilización, en cantidades suficientes para cubrir cien años de ingenioso sistema de pagos a plazos. Anniki logró salir de entre ellos en el departamento de televisión que, por alguna razón, no estaba tan lleno como los departamentos contiguos, y recobró el aliento frente al asombroso nuevo modelo ScenjiTV (Cuatro maravillosos colores, pantallas de cuarenta pulgadas, cuatro canales de sonido, control remoto, cargas estabilizadores de doble

frecuencia, antena de selección incorporada, mueble bar, sección de cassette con preselección, sistema Durban) que automáticamente la obsequió con un repaso al azar de todos los canales, animados y derrochando información y entretenimientos.

La Catedral de Coventry fue bombardeada hoy por aviones norteamericanos F-13. El gobierno británico ha entregado una nota oficial de protesta al mando ultramarino norteamericano. El primer ministro Owen dijo al representante de EPU que...

Clic.

Levanta las manos, maldito, o te haré tantos agujeros que no servirás ni para...

Clic.

Tropas regulares de las Fuerzas Británicas de Liberación se enfrentaron hoy a unidades del octavo cuerpo de Fuerzas Ultramarinas Norteamericanas en Abingdon, Berkshire. Las tropas británicas, según fuentes informadas, bajo el mando directo del mariscal de campo Montgomery, hicieron...

Clic.

Las sabrosas galletas Crowbully se deshacen en la boca como manteca... ¡Ummmm-Ummmm-Ummmm! Delicioso chocolate hecho por especialistas...

Clic.

Buenas noches, buenas noches, buenas noches. Son ahora las 17.42.03 en punto. ¿Cómo sé la hora con tanta exactitud? Supongo que lo habrán adivinado: porque tengo un Timer, el incomparable...

Clic.

El nivel de conciencia social debe guardar invariablemente proporción directa con la cantidad y significación de la...

Clic.

Las tropas volvieron a cruzar hoy las fronteras de Irlanda, Escocia y Gales, haciendo incursiones en las áreas inglesas de las Islas Británicas. El portavoz de la Casa Blanca en Whitehall, general Dreedles, dice que quizás las armas nucleares tácticas hubiesen...

Clic.

De acuerdo con lo que acabamos de decir, hemos de procurar crear un estimulante de esa actitud y éste ha de tener, en mi opinión, un efecto perjudicial en los procesos concretos que hoy...

Clic.

Te amo, te amo, te amo, te amo, ay, cómo te amo, querido...

Clic.

La sonda espacial Júpiter, tal como habíamos anunciado, realizó un aterrizaje satisfactorio anoche y ha enviado ya fascinante información sobre las características de la superficie del planeta gigante. Hay varias teorías hasta hoy indiscutidas que...

Clic.

Audiencias del Gran Jurado con el teniente general Cooms, al que se ha declarado responsable de la reciente matanza de Horsmomden, Kent, Inglaterra, en la que ciento doce británicos...

Clic.

En Auroville, fue consagrada hoy la sede sueca de la secta aurobindiana en presencia del jefe de la secta, el mahatma indio Udar Pinto. Hay actualmente en Escandinavia ochenta «centros de acción Gris Aurobindo»

Clic.

Bertil Eriksson, jefe del partido de la alianza sueca, dijo ayer en un acto

público en el Kungstradgarden de Estocolmo que la política de inmigración actual del gobierno sólo conduce a que, citamos, «Esos simios…»

Clic.

La Neues Einge Deutschland presentó hoy una firme protesta al mando ultramarino norteamericano de Londres por los recientes y repetidos vuelos de sus aparatos sobre territorio alemán, lo cual…

Clic.

El rey Faruk II inauguró hoy en El Cairo el monumento a su tatarabuelo. Asistieron al acto, entre otros, el Gran primer ministro de África del Sur, Krosch, el rey Juan Carlos de España, el presidente Wang Hungwan, el rey Umberto III de Italia…

Anniki descubrió de pronto un punto débil en el compacto muro humano y logró salir del departamento de televisión con la agilidad y destreza del urbanita. En una fugaz ojeada captó un ataque de infantería contra un bastión de las Fuerzas de Liberación Británicas en Hoddesdon, cerca de Londres, antes de que la asfixiante presencia de centenares de hacinados arenques humanos borrase cualquier otra impresión sensorial. Diez minutos después, salió a la calle, desgreñada y aturdida, mareada aún tras dos horas expuesta a las técnicas de promoción y consumo; pero, aparte de esto, notablemente sana de mente y cuerpo. La niebla contaminada de la ciudad cayó sobre ella como una sábana todopoderosa. Anniki cruzó deprisa la calle (cosa más difícil de lo que podría pensarse, pues la calle estaba absolutamente llena de coches que llevaban atascados tres horas y seguirían allí inmóviles por lo menos otras tres) y se dejó arrastrar por la multitud hacia el metro. El resultado de una hora de lucha a vida o muerte en los grandes almacenes, una rebanada de pan y un recipiente de papel de Norwater (agua fresca garantizada del manantial de Kargero, Noruega) era un peso agradable en el bolso que llevaba al hombro. Pasó deprisa entre las columnas publicitarias, evitó con destreza una máquina vendedora que alababa verbosamente un semanario que ningún hombre ni mujer modernos podían permitirse no comprar, y saltó al vagón. Veinte minutos después de haber salido de los grandes almacenes, accionaba la combinación del cerrojo de la puerta de la calle de su casa de Götgatsbacken y subía las escaleras, que la saludaron con los aromas familiares a lana húmeda, comida, orines y vejez. Cerró la puerta de su piso tras ella, echó las tres cadenas de seguridad, se quitó la chaqueta de ante y se hundió en la única zona donde uno podía sentarse de la habitación, un sillón que había visto tiempos mejores. Encendió el televisor y se hundió perezosamente en su asiento, con la rebanada y el agua a su alcance.

El televisor la animó con un espectáculo-concurso, en el que tres familias (mamá, papá, niños y abuelita), colocadas en tres coches independientes, eran sumergidas en grandes tanques de cristal llenos de agua. El concurso consistía en ver quién era capaz de salir primero de aquella trampa mortal moderna; y ante el gozo de los espectadores, una familia al menos fue tan torpe, o se sintió tan aterrada al aproximarse la hora de la verdad, que sus miembros estuvieron a punto de descalificarse para siempre de la competición y de la vida. Cuando Anniki encendía el televisor, el bufón de la noche había logrado romper una ventanilla lateral y simultáneamente atoró la única puerta utilizable. Al irrumpir el agua dentro del coche, el estudio se llenó de rítmicos vítores. El vecino de Anniki aporreó furioso la delgada pared que separaba los dos apartamentos. Anniki contestó con un insulto, aunque sin mucho entusiasmo, pues le absorbía el hermoso primer plano de la abuela que hacía heroicos pero inútiles esfuerzos

por respirar bajo el agua.

—Lo que esa maldita zorra necesita es un hombre —gritó el vecino, súbitamente despertado por un horrible rumor carraspeante del televisor de Anniki.

—También yo —dijo quejumbrosamente su mujer.

—¿Te refieres a *mí*?

—No. Un *hombre.*

La respuesta del marido (y el majestuoso gorgoteo agónico de la abuelita recogido por tres micrófonos submarinos independientes ingeniosamente ocultos en el coche de la familia perdedora) se vieron ahogados por el estruendo de un camión con un trailer de quince metros que subía por la cuesta de Götgatsbacken y que parecía, al mismo tiempo, pasar por los dos apartamentos. Anniki se echó hacia atrás un largo mechón de pelo, elevó el volumen y se hundió aún más profundamente en el sillón.

—*Bienbienbien* —dijo el presentador—, no todos pueden ganar, pero todo el mundo puede participar. Y esto, señoras y señores, nos lleva a la parte siguiente del programa, ESTA ES MI VIDA; nuestro emocionante espectáculo en el que cuatro familias distintas apelan a la comprensión de ustedes explicándoles sus deplorables situaciones. Quienes tengan botones de votación en su televisor, podrán participar votando a una de estas cuatro familias, a aquélla cuya historia más les conmueva. El premio se adjudicará, como siempre, a la familia que obtenga mayoría de votos. Bienvenidos a SM5X, la emisora que siempre les da…

II

—¡Algo nuevo, maldita sea! lo único que quiero es algo nuevo, algo inteligente, algo que no se le haya ocurrido a nadie; algo que agarre a esa gente con ambas manos y la sacuda hasta que no le quede en el bolsillo ni un solo céntimo. Algo insuperable, algo que me haga feliz, es todo lo que pido… ¿Bien? ¿Qué me dicen?

Leonard W. Kockenbergh, hijo, se retrepó en su silla y contempló colérico a sus veinte ayudantes. Tras él, entre una caritativa niebla contaminada, podía vislumbrarse la confusión de casas de Estocolmo. Ante él, la mesa de roble se extendía hasta casi el otro extremo del salón, y sólo había en ella veinte cuadernos de notas idénticos. Los veinte ayudantes le miraban con perruna sumisión. Kockenbergh devolvía alegremente sus miradas. Era un hombre pequeño y repugnante, de los que suelen asociarse a las oficinas de publicidad y las suites de ejecutivos con paneles de roble de las empresas multinacionales. Era hombre de muchas habilidades, la mayoría de las que suelen asociarse con esas cosas que salen reptando de debajo de las piedras en el bosque. A los treinta años, había dado por sí solo con un truco publicitario que de la noche a la mañana convirtió a la InterAd en la empresa más conocida del mundo en su campo; la idea fue celebrar la inauguración de una gigantesca central atómica, cincuenta años después de la primera bomba atómica, con un nuevo bombardeo atómico de Hiroshima. Cuando los hijos del celeste imperio se enteraron de la idea y empezaron a dar voces, él ya tenía en el aire un anticuado bombardero B-52 con dos bombas atómicas dispuestas. La manifiesta ingratitud de los japoneses provocó un inmediato traslado de Kockenbergh y sus heterodoxas habilidades a la oficina central escandinava y desde aquel día, Kockenbergh había estado contando las horas que faltaban para el año 2045, en que coronaría la obra de su vida con una tardía venganza del Peligro Amarillo, en la forma del

centenario de la Bomba Atómica. Ahora miraba colérico a sus subordinados.

—¿Bien? ¿Qué? —preguntó.

Veinte plumas se alzaron sobre veinte cuadernos de notas y empezaron a dibujar veinte garabatos distintos. Veinte pares de ojos llenos del mismo celo y entusiasmo le miraron. La crema de los redactores publicitarios de Suecia miraban a Leonard V. Kockenbergh, hijo, con similar mezcla de temor y desprecio.

Un pesado silencio cayó sobre el duodécimo piso del Edificio MultiCo. Kockenbergh suspiró e hizo un vago gesto en el aire.

—¿Bien?

El ayudante más joven se vio de pronto moviendo un brazo, alentado por los que se sentaban más cerca.

—Quizás una serie de televisión —dijo esperanzado, y luego empezó a mascullar incoherencias cuando la mirada de pez de Kockenbergh le clavó en su silla. Diecinueve ayudantes le miraron desaprobatoriamente; un par de risillas apagadas cruzaron la mesa. Kockenbergh no se rebajó a discutir la infantil propuesta.

—Caballeros —dijo con la profunda y vibrante voz que tan a menudo había animado a los jóvenes e inexpertos a pensar que entendía realmente algo de su trabajo—. ¡Caballeros, estamos viviendo en el siglo veintiuno!

Los veinte ayudantes recibieron esta asombrosa revelación con lógico asombro y cuidadosamente escribieron en sus cuadernos: *siglo veintiuno.*

—Para vivir en el siglo veintiuno —prosiguió Kockenbergh con lógica implacable— uno debe vivir al ritmo de los tiempos.

Al ritmo de los tiempos, escribieron los ayudantes.

—La asombrosa crema de sobaco nueva que vamos a introducir (¡con una campaña publicitaria presupuestada en unos cuarenta millones de dólares, caballeros!) es hija del siglo veintiuno. ¡Y aún hay aquí quien se pone a hablar de programas de televisión!

Kockenbergh puso un gesto de asombro que expresaba su inmenso desprecio por aquel recuerdo anticuado, ineficaz y totalmente absurdo, de la lejana prehistoria. Diecinueve ayudantes hicieron lo posible por remedar el gesto y se volvieron luego a su jefe. Kockenbergh logró la hazaña de sonreírles con benevolencia y al mismo tiempo fruncir el ceño al desdichado malhechor.

—El departamento de redacción —siguió Kockenbergh— ha formulado ya, bajo mi supervisión, un slogan básico. ¿Qué les parece esto? —carraspeó modestamente—: «¿Han convertido ustedes el li'l sobaco en li'l charmpip?

Los ayudantes lograron ocultar su repulsión con una facilidad que evidenciaba elocuentemente una práctica larga y dura. Una razón de esta repugnancia quizás fuese que el ingenioso slogan ya corría por las oficinas centrales de la InterAd sueca desde hacía tres meses, y en todas partes había sido recibido con el mismo desprecio. Se le había ocurrido a uno de los botones, un chico muy bromista de doce años. Lo había dicho como un chiste. Y todo el mundo así lo había considerado, salvo Kockenbergh.

—¡Maravilloso! —dijo con entusiasmo el Primer Ayudante.

—¡Bravo, K!

El ayudante más joven consideró que era el momento adecuado de conseguir la mejora que tan amargamente necesitaba su posición.

—¡Será como una bomba! —exclamó, y luego, al comprender lo que había dicho se ruborizó hasta las orejas.

Kockenbergh lanzó al desdichado ayudante una mirada que habría aniquilado

instantáneamente a un empleado ordinario, y continuó:

—Les agradezco su consideración, caballeros, pues sé que no es resultado de una cobarde adulación, sino de una profunda sabiduría y de un profundo conocimiento del negocio. Tengo aquí ante mí un plan de comercialización terminado para el producto de nuestro cliente... por cierto, señor Norbrink, he advertido que usted lo usa ya. Eso me agrada. Es una muestra de lealtad, de entusiasmo, de buen gusto, e indica que está usted decidido a hacer un buen trabajo. Bien, estamos, en resumen, planeando coronar una Miss Sobaco que será punto focal de nuestra campaña.

—¡Fantástico! —exclamó el Primer Ayudante.

—¡Qué ingenioso!

—¡Lo has logrado otra vez, K!

—Con el fin de demostrar el hecho de que esta crema de sobaco es algo de nuestro tiempo, algo acorde con nuestra época, un digno símbolo de nuestro empuje y optimismo, nuestra Miss Sobaco será la misma joven que nació en el primer tembloroso minuto de este nuevo milenio glorioso.

—¡Increíble!

—¡Vaya idea!

—Pero, ¿cómo es ella?

—Una pregunta interesante —dijo Kockenbergh—. Tengo aquí su expediente personal.

Mostró una foto de pasaporte. Era una chica rubia, de grandes ojos vivos y boca un poco grande. Miraba hoscamente a los veinte ayudantes, que a su vez la miraban con indiferencia. Todos los presentes habían visto ya la foto cien veces cuando planearon la gigantesca campaña de la crema de sobaco Yonston, regalo de MultiCo y de InterAd a una humanidad que esperaba impaciente. No había un solo hombre en aquella sala que no hubiese pasado centenares de horas recogiendo la información que descansaba ahora ante el voluminoso estómago de Kockenbergh. Ni un solo hombre, salvo quizás el propio señor Kockenbergh. Este les sonreía paternalmente, y su satisfacción ante aquel trabajo ejecutado con maestría era tal que sólo enarcó una ceja cuando el ayudante más joven dejó caer un estruendoso ladrillo.

—Pero —dijo— ¿y si ella no quiere ser Miss Sobaco?

Cayó sobre la mesa un terrible silencio.

—Negarse a ser Miss Sobaco —dijo Kockenbergh— sería renunciar al progreso y a los sacrosantos principios de la libre empresa. Sería una traición a la sociedad; sería una blasfemia, sería pisotear nuestra bandera y poner en tela de juicio todo lo que nos es más querido. No se negará, porque la crema de sobaco Yonston es un don divino para el pueblo sueco, y, si la campaña se desarrolla según lo planeado, lo será para toda la humanidad. No se negará, porque la convenceremos, cueste lo que cueste. *Usted* tendrá que convencerla, señor Lenning. Es usted responsable ante mí y ante toda la humanidad, señor Lenning. Y es usted responsable ante MultiCo, propietaria del sesenta y tres por ciento de las acciones de InterAd. ¡Piense en MultiCo, señor Lenning!

Todos pensaban en MultiCo. Y buenas razones tenían, pues MultiCo no sólo poseía una mayoría de las acciones de InterAd. Poseía también todas o la mayoría de las acciones de la Shell Sueca, la GN la L.M. Ericsson, la Esso, la IBM, la Mobil Oil, el Partido de la Alianza Sueca, la General Electric, la ITT, la Phillips, la Cosa Nostra, la Ford Corp., el Banco Nacional privado de Suecia, la empresa de radiodifusión sueca, la SAAB, y un número indefinido de otras grandes empresas suecas. La MultiCo sueca, por su parte, era propiedad, a través de una

asombrosa y compleja red de empresas fantásticas, de una pequeña compañía que tenía sus oficinas centrales en Suiza. La oficina central era un apartado de correos de Zurich; si alguien, por algún milagroso golpe de suerte, lograse desentrañar aquel enredo de empresas ingeniosamente complicado y llegara a la cima, se encontraría con una cuenta numerada en un banco suizo protegida por el impenetrable secreto bancario.

Hasta aquí lo que se refiere al capital privado. Como una garantía extra por las bendiciones de la libertad y la economía mixta, existía el conglomerado industrial que bajo sus seguras alas había cobijado a la Co-Op sueca, a la prensa socialista, a las industrias propiedad del gobierno, a los Regulares de Mao-Tse Tung y a un número indeterminado de otros exponentes del espíritu emprendedor de los suecos. También aquí el propietario permanecía oculto tras una complicada maraña; y ni los más astutos y expertos investigadores habían logrado desentrañar aquella demoníaca mescolanza de empresas y de otros inventos, más sutiles, de la economía práctica. Si lo hubiese logrado, se habría encontrado, para su asombro (y el de muchos otros) con cierta insignificante empresa con oficina central en un apartado de correos de Zurich. Y, tras ella, con la misma cuenta numerada propietaria del capitalismo sueco.

Veintidós millones de suecos eran propiedad de una cuenta numerada de un banco suizo. ¿Quién era el propietario de la cuenta numerada? ¡Cualquiera sabía! Corrían rumores por los pasillos del poder; pero sólo dos o tres personas, como máximo, tenían idea en Suecia de la cuenta, y menos de quién era su titular.

Pero había también otros apartados de correos y otras cuentas numeradas en Zurich; y no había, en realidad, ni un solo ser humano, hombre mujer o niño, en la Tierra (desde el humilde labrador egipcio, que cultivaba laboriosamente su mísera tierra a las orillas del Nilo, al orgulloso guerrero piel roja en su reserva, cada vez más pequeña, en un páramo de Norteamérica), cuyos destinos no estuviesen inseparablemente unidos a los de aquellos apartados. Setenta mil millones de seres humanos (salvo un número no revelado de taciturnos ejecutivos) eran propiedad de trescientas veintidós cuentas numeradas de un pequeño banco de Zurich. ¿Quiénes eran estos beneficiaros y benefactores anónimos? ¿Qué aspecto tenían? ¿Llevaban barba, dormían bien, utilizaban la asombrosa nueva crema de sobaco de Yonston?

Nadie lo sabía. Y los poquísimos que quizás pudiesen descubrirlo, guardaban prudente silencio. Un individuo religioso podría trazar un fascinante sistema celestial jerárquico basado en sólidos principios capitalistas. Un filósofo podría idear un sistema filosófico. Nosotros, que somos gente práctica, sólo podemos inclinar reverentes nuestras cabezas ante las sabias palabras de las Escrituras, que dicen que hay cosas que nosotros no entendemos ni debemos entender. Tan sabiamente está organizado este inexplicable mundo nuestro, y tan impenetrable es el secreto bancario, que nadie había tenido la menor sospecha de quién se ocultaba tras la larga hilera ininterrumpida de apartados de correos de la hermosa ciudad de Zurich. Y, dirigido por un destino tan inexorable e intocable como la voluntad del dios de Israel, Erik Lenning se vio arrojado entre las masas humanas a buscar a la chica mediante la cual MultiCo sembraría felicidad y prosperidad por el mundo.

III

El sol se hundió con poca gracia entre la niebla contaminada que cubría

Estocolmo. La luz del crepúsculo, llameante y roja, creaba un despliegue de color que sólo una sociedad industrializada puede brindar a sus ciudadanos y proporcionaba un clemente escalofrío a este rinconcito del mundo; pequeño, pero plenamente ajustado al ritmo de los tiempos y en posesión de todas las glorias del siglo veintiuno. En un mundo que contenía más de setenta mil millones de habitantes, todos ellos en posesión de un alma inmortal y, en un noventa y ocho por ciento, de un estómago perpetuamente vacío, Suecia era el acogedor hogar de veintidós millones de individuos. Casi cinco millones de ellos pasaban sus vidas en la ciudad bendita por todo el tráfago y la tensión mundiales llamada Estocolmo. Con una cifra oficial de desempleo de apenas el doce por ciento y una longitud de vida media de 41,7 años, Suecia pertenecía sin duda a la crema de la clase superior capitalista del mundo, sólo superada por Noruega y algunos emiratos petroleros del Oriente Medio.

¿Dónde, salvo en Suecia, podía un individuo sin empleo (en determinadas condiciones) contar siempre con una asignación semanal segura de pan de soja y leche de soja? ¿Dónde, sino en la gloriosa Suecia, disponía el pobre pero orgulloso ciudadano de un espacio vital mínimo estatutario? El sueco medio, como tan acertadamente dijo en una ocasión el primer ministro, nunca había estado tan bien, y sólo los extremistas y agitadores profesionales podrían decir lo contrario. Tenemos treinta y dos mil policías que apoyan la ley y el orden en Estocolmo, y seis gigantescos hospitales para auxiliar a los ciudadanos que, pese a ello (o por ello), se meten en problemas. Ciertamente, el aire y el agua no eran tan limpios, pero se estaban estudiando grandes proyectos de purificación y, además, la abundancia tiene un precio que hay que pagar de algún modo.

Suecia era también el único país norte-europeo que gozaba de un intercambio absolutamente libre y sin trabas de opiniones políticas, según las tradicionales normas democráticas suecas. El ciudadano sueco gozaba, de hecho, de total libertad para formar un partido político propio, o ingresar en cualquiera de los trescientos y pico partidos existentes, de modo que todos y cada uno obtuviesen representación en el Riksdag sueco siempre que hubiesen logrado individualmente más del dieciocho por ciento de los votos en tres elecciones generales consecutivas. Nadie lo había logrado hasta el momento, pero todos tenían posibilidad de hacerlo. Por de pronto el gobierno que estaba en el poder había sido elegido con una regularidad que daba elocuente testimonio de la inalterable confianza de los ciudadanos en los principios de la democracia representativa.

Los representantes elegidos elegían un primer ministro, y el primer ministro nombraba a su gobierno. A este sistema se le llamaba la democracia más avanzada del mundo, no sin legítimo orgullo. Había fallos en el sistema; el gobierno era el primero en reconocer estos fallos. Pero bastaba considerar las condiciones que imperaban en Neues Einige Deutschland, donde die Reinholdt Jugend gobernaba con mano de hierro; o las de la Gran Bretaña, donde el Frente de Liberación Británico y los ejércitos norteamericanos Octavo y Noveno se hacían polvo entre sí y a todos los civiles próximos, en sus meritorios esfuerzos por dar al país las bendiciones de la libertad. Por no mencionar Noruega y Dinamarca, que eran propiedad absoluta de un par de empresas petrolíferas multinacionales con oficinas centrales en Zurich y en el Medio Oriente. ¿No era aquél el mejor de todos los mundos posibles? Estocolmo eructaba feliz bajo el contaminado velo cobijador de la industrialización, taladrado sólo por el Edificio MultiCo de ochenta pisos. Adecuado símbolo de la inquebrantable voluntad de progresos del siglo veinte.

Todos los empleados de MultiCo y de sus numerosas empresas subsidiarias eran miembros, con carnet, del partido político gobernante; aunque, al no ser empleados del gobierno, no estaban obligados a ello. Sin embargo, MultiCo creía en la vieja máxima de «cuando estés en Roma haz lo que hacen los romanos»; la pertenencia al partido del gobierno era así obligatoria para todos los empleados de MultiCo. Esto facilitaba la cooperación con el gobierno, evitaba fricciones y aseguraba a ambos un continuo éxito.

Todo empezó a principios del siglo veinte, cuando un genio del LO, la Confederación Nacional del Trabajo Sueca, tuvo la idea de apoyar las podridas finanzas del partido socialdemócrata haciendo obligatoria la pertenencia al partido de todos los miembros del sindicato. No se exigía al obrero individual que votase por el partido, pero la cuota de pertenencia se deducía de la paga y el partido se benefició inmensamente. Más tarde, este ingenioso sistema se amplió, incluyendo también la votación; si un individuo era miembro del partido, razonaban, debía votar por él. Así que a finales de siglo se exigía también la votación a todos los miembros, lo cual simplificaba muchísimo el problema de las elecciones. Ya no había que ir a votar; las computadoras y las listas de miembros lo manejaban todo. Como todos los individuos sindicados y todos los empleados del gobierno habían de ser miembros del partido, se instituyó el sistema político más estable del mundo. Había, claro, unos cuantos sindicatos no incorporados a la confederación, como los grupos sindicalistas SAC, pero eran pocos y con escaso poder. Esto permitía a todo trabajador cambiarse a otra cosa. Probablemente perdiese su trabajo puesto que la pertenencia a un sindicato de la LO se exigía como requisito para ingresar en el ochenta por ciento de las empresas suecas y en todos los departamentos del gobierno; pero aun así el ciudadano tenía la posibilidad de elegir libremente otra postura.

Así pues, los poderes de la política, los sindicatos y el capitalismo trabajaban mano a mano cooperando para crear el más fantástico nuevo mundo que el hombre hubiese imaginado en época o lugar algunos.

Pero el mundo está hecho de contrastes. Lejos de tan felices latitudes, en la pagana Arabia, más concretamente en Ado, en el emirato de Juri, un insignificante e insociable agujero en el Trópico de Cáncer, era ya medianoche. Allí, el firmamento preindustrial aún chispeaba sobre los curtidos beduinos del desierto que arrastraban su existencia en deplorable ignorancia de los auténticos valores y goces de la vida. Allí, los hijos del desierto aún podían ver cómo se elevaba la luna sobre Rub al-Jadis; allí, aún podían apagar su sed en el agua clara y limpia de los oasis sin pensar ni un instante en la higiene, en el cloro o el flúor, con un agua clara como el cristal, una vez expulsado el último extranjero y con él la última botella desechable. Aún había extranjeros en Juri, y eran de una especie violenta e ingobernable; tan diestros con la botella como con sus sondas, se mantenían encerrados prudentemente en sus pueblos de barracones y jamás aparecían ante aquella gente orgullosa y libre del desierto.

Los beduinos eran gentes sencillas, sin conocimiento ni deseo de cosas espirituales o mundanas. Eran orgullosos... y pobres. No tenían coches, autopistas ni elecciones públicas; ni fábricas ni superpoblación. Lo único que tenían era un incalculable número de millones de barriles de petróleo de elevada calidad, que Alá, en su misericordia inescrutable, había escondido bajo la ardiente arena del desierto. Sin embargo, los desamparados hijos e hijas del desierto descansaban ahora en sus tiendas, mientras los diablos extranjeros, liberados, se bañaban en la luz blanquiazul de los focos en las torres de

perforación de Ar Rimal, destinadas a extraer el petróleo. Según los rumores, aquel petróleo se utilizaba para los incontables camiones y máquinas que los diablos blancos usaban para extraer el petróleo. La lógica occidental nunca llegó a interesar a los nómadas libres; como resultado de la inmensa misericordia de Alá y del emir Umir ar-Rechehidd, se hallaban apartados para siempre de las asombrosas bendiciones del siglo veintiuno. Soportaban su pobreza y su terrible índice de mortandad infantil con estoica ecuanimidad, y rendían homenaje al emir del mismo modo que sus antepasados, con total e inquebrantable obediencia.

Todo esto se ajustaba a la voluntad de Alá. El emir Umir ar-Rechehidd no pensaba siquiera en esto mientras penetraba lentamente en el majestuoso jardín oriental que habían creado para él los perros infieles en mitad del desierto, utilizando los beneficios netos de la producción petrolera de cuatro días. No pensaba en nada concreto, salvo quizás en hacer un añadido a su harén; una institución que, durante los últimos veinte años, había sido objeto de una auténtica fascinación entre un número astronómico de semanarios occidentales.

Era creencia común que el lujurioso árabe había llenado su harén hasta los topes de jóvenes damas arias rubias y de ojos azules, forzadas a soportar sus repugnantes abrazos. Ciertas revistas masculinas habían sido muy elocuentes en este punto; habían publicado espeluznantes fotos en chillones colores en que aparecía el sucio pagano con la voluntaria ayuda de sus bestiales eunucos, violando a las aterradas y muy escasamente vestidas rubias. Era todo falso, por supuesto. El emir Umir jamás había permitido que entraran fotógrafos en su reino, y despreciaba a las perras infieles. Era chauvinista hasta las puntas de las uñas, y su ideal de belleza no incluía ni el pelo rubio ni los ojos azules. Además, las perras blancas albergaban ciertas ideas que no estaban de acuerdo con la voluntad de Alá ni con la del Emir. ¿Por qué habría de molestarse en conseguir mujeres quisquillosas, constantemente insatisfechas, de lejanos países, cuando podía tenerlas de aquel mismo país? Descendió lentamente por la escalera de mármol maravillosamente esculpida (la escalera principal de Versailles, regalo del gobierno francés con motivo de las negociaciones del aumento de la cuota francesa de petróleo) y descendió por milésima vez meditando lúgubremente sobre las inquietantes actividades de su hermano, el jeque Yarasin.

Su hermano era un beduino; había sido educado como beduino y se comportaba con aquel orgullo y aquella arrogancia naturales de los auténticos beduinos. Pero en el fondo de su corazón era un perro infiel; de nada valía negarlo. ¿Acaso no había insistido en que se construyese un aeropuerto en Ado? ¿No atronaban ahora el aire en sus pasadas los pájaros del infierno? ¿No tenía un teléfono, la maldición de los diablos blancos que les hacía correr toda su vida de un lado a otro y les daba órdenes con agudos timbrazos? Ciertamente aquella máquina infernal no estaba conectada con el sistema telefónico de los perros infieles que recorría el mundo; según rumores, era una línea directa con algún lugar de Europa; pero ya era bastante grave eso. ¡Y todos aquellos papeles! ¿Qué podía hacer un beduino con papeles? Los beduinos necesitaban un rifle, un camello, una tienda, una mujer y unos hijos, no ese orden. Todo lo que añadiesen a eso era maligno. Si Alá hubiese considerado necesario dar al beduino papel, se lo habría dado. Y aviones, y teléfonos, y dinero…

El jeque Yarasin decía que se trataba de una afición, de un «hobby»; y cuando el emir Umir oyó *esto,* se convenció definitivamente de que en el fondo de su corazón su hermano era un perro infiel. Pues los demonios blancos tenían «hobbies». Coleccionaban sellos, construían pequeños aviones imitando a los

grandes, se casaban y se divorciaban; creaban empresas y daban patadas a un balón. ¿Por qué habría de tener un hobby un beduino? ¿No tenía su fusil, su camello, su tienda, sus mujeres y sus hijos? Desdichadamente, Alá, en su insondable misericordia, había considerado justo que los demonios blancos diesen al jeque de Juri veinte mil millones de dólares al año por un poco de petróleo. Parte imperceptible de esta suma se utilizaba para no permitir que los perros extranjeros cruzaran las fronteras del emirato, y para permitir al emir y a su gran familia una vida de esplendor oriental. El resto lo devoraba el hobby de su hermano.

El emir Umir no se preocupaba del dinero, pues un verdadero beduino sólo consideraba valiosos su fusil y su camello; pero aquella preocupación, aquel interés por los papeles, aquellos tratos con extranjeros, aquellas llamadas telefónicas y aquellos aviones eran una burla a la decencia. Y no se contentaba con jugar con el dinero. ¿De qué utilidad eran aquellos acuerdos comerciales incomprensibles? ¿Por qué se vendía hoy petróleo a un país y luego a otro? ¿Por qué se veía obligado un día el Emir a aceptar regalos de un país y había de expulsar al siguiente al embajador de ese mismo país? ¿Por qué había de negarse el jeque Yarasin en febrero a vender petróleo a Neues Einige Deutschland, para venderles por encima de su cuota en abril?

—¿Qué sentido tiene todo esto? —había preguntado el Emir a Yarasin.

—Compro —contestó soñadoramente Yarasin—. Vendo. Compro un poco y vendo un poco, aquí y allá. Es muy divertido.

—Un beduino —dijo el emir— no necesita más que un fusil, un camello y...

—¡Por supuesto! No es más que un entretenimiento, una manera de pasar el rato. Es que mis concubinas no me divierten ya como antes...

El emir mencionó nuevos pasatiempos a los que se había entregado su anciano padre al apagarse su fascinación por las maravillas del harén.

—Desde luego, pero eso era antes de que los perros blancos necesitaran tanto el petróleo como para estar dispuestos a hacer cualquier cosa por él. Necesitan el petróleo; sin él su economía se iría a pique. Nos invadirían, nos quitarían el petróleo por la fuerza, si no se temiesen unos a otros. Todos los idólatras son iguales; son como buitres...

El emir sonrío. Al menos aquello era algo que se relacionaba con la vida beduina.

—¿Quieres decir que los enzarzas unos con otros? ¿Como a perros rabiosos?

El jeque Yarasin se encogió de hombros.

—Sí, cuando tengo que hacerlo. Pero ése no es mi hobby.

El emir había dejado el destartalado cobertizo que tenía su hermano en los jardines de palacio («No quiero esos condenados papeles dentro de mi palacio, ¿entiendes? ¡Si quieres jugar con el dinero de los perros infieles, tenlo en el cobertizo que han dejado los obreros!») con la sensación de que había presenciado la inevitable degradación de una noble familia. ¿Por qué había de sucumbir precisamente su hermano a aquella maldición extranjera? ¿Por qué habría de pasarse prácticamente toda la mañana en aquel mísero cobertizo donde ni siquiera podía uno ponerse de pie, sin más compañía que aquellos papeles y aquel teléfono infernal? ¿Qué significaban aquellas interminables columnas de números y cifras incomprensibles?

¿Y qué significaba, en nombre de Alá, aquella *imagen*? Como buen musulmán, el jeque Yarasin no tenía retrato alguno; pero sobre la alabeada mesa, en la que aún había marcas de los vasos de los obreros y botellas de whisky pasadas de contrabando, había una pequeña foto en un marco metálico sin ningún valor

artístico. Representaba la imagen una soleada pared llena de hileras e hileras de resplandecientes placas de metal. En cada una de ellas había cosas escritas, pero la foto estaba algo desenfocada y el emir nunca había intentado leerla. El jeque Yarasin contemplaba a veces aquella imagen con una especie de secreta alegría, una especie de gozo reprimido que inquietaba al emir. ¿Estarla loco su hermano?

Con estos tristes pensamientos, volvió el emir Umir ar-Rechehidd a su palacio. Pensaba en los perros idólatras que habían envenenado a su hermano con sus ideas infieles. Pensó también con alarmante desinterés en la última novedad de su harén. Quizás, después de todo, una de aquellas perras blancas...

El árabe entró en su opulento palacio. Fuera, parpadeaban alegres las estrellas sobre los jardines y sobre el destartalado cobertizo donde el jeque Yarasin estaba sentado contemplando la foto que representaba una soleada pared. Sonrío vagamente. Ni asombrado, ni fascinado. Quizás divertido. Sonrió como el hombre que sabe que los auténticos goces de la vida no son el petróleo de los perros infieles, sino el rifle, el camello, la mujer y los hijos, por este orden, del beduino. Una afición es una afición, no algo que un hombre adulto pueda tomarse en serio.

Apagó la luz y dejó el cobertizo.

IV

Erik Lenning volvió a su cubículo de la duodécima planta del Edificio MultiCo, totalmente hundido. Aquello no era sólo malo, aquello era una catástrofe; tardaría un millón de años en encontrar a aquella chica, ¿cómo iba a poder encontrarla en la mísera semana que aquel culo gordo de Kockenbergh le había concedido graciosamente? Nunca lo conseguiría, lo cual iba a significar muchas cosas desagradables, en las que no deseaba pensar. Había muchos modos de quedarse sin empleo, y el no cumplir las órdenes de Leonard W. Kockenbergh era uno de las más fáciles. Lenning recordó con un escalofrío que aquello haría pedazos su expediente DPO. El DPO, Dirección Por Objetivos, era un ingenioso sistema con que la empresa medía la eficacia de cada ejecutivo, en relación a lo que se esperaba que hiciese durante un período de tiempo determinado.

La información obtenida iba directamente al director de personal de la empresa y a otras personas con capacidad para contratar y despedir personal; iba también directamente al Sistema de Información Administrativa del Personal Municipal K-PAI, y de allí a los archivos de datos nacionales suecos. Esto significaba que Leonard W. Kockenbergh no tenía que molestarse en incluir en una lista negra al empleado caído en desgracia; el gobierno, solícitamente, lo hacía por él. Era evidente, por tanto que si Erik Lenning no hacía un trabajo perfecto, lo mejor era que se suicidase con el menor sufrimiento posible.

Se sentó a su mesa inmaculadamente limpia, sintiéndose hundido. Pulsó distraídamente unos botones de la terminal del computador de su mesa, pero no se molestó en leer los resultados. Barajó brevemente la idea de tirarse por la ventana; pero, a causa del aire acondicionado, no podía abrirse la ventana y un simple ser humano no podía romper aquel cristal azulado y templado. Se hundió de nuevo en su silla, contemplando el cielo de Estocolmo.

La puerta se abrió sin ruido dejando paso a la flaca imagen de Norgren. Norgren tenía un pequeño cubículo tres puertas más abajo en el mismo pasillo, y allí pasaba sus días haciendo tareas estadísticas que no tenían el menor interés y que nadie leía pero que había que incluir en las cuentas de la empresa y entregar

a la Oficina de Impuestos, en donde tampoco lo leían. Todos sabían esto, hasta Norgren, quien en consecuencia, realizaba su trabajo con una indiferencia sólo comparable a su innato menosprecio hacia cualquier género de trabajo. Era un tipo alto y huesudo que soñaba con una grandeza que su incompetencia le negaba; era un cínico por puro aparentar, un libertino que jamás había saboreado el pecado, un hombre frustrado sin la menor esperanza real de mejora. En suma, un típico ejecutivo presionado que hacía lo posible por sustentar una ficción de autoestima, siempre al borde del derrumbe; siempre intentando ligar con la telefonista o las mecanógrafas, pero sin lograr nunca éxito tangible.

Lenning le detestaba en silencio. Este sentimiento se debía en gran parte al conocimiento inconsciente de la similitud de sus dos almas; pero era sin embargo algo claro, indudable y patente. Cuánta razón tenía el antiguo filósofo pagano Lucrecio al decir, en parco y preciso latín, *Temptant enim dubiam mentem rationis egestas,* queriendo significar que la falta de entendimiento asalta a la mente insegura. No es que Lenning no estuviese seguro; odiaba profundamente a Norgren. También le compadecía. O mejor, compadecía aquellos rasgos de Norgren que sabía idénticos a los suyos.

Norgren entró, agitando una cinta de computadora con la emoción del bucanero que agita la buena enseña de las tibias cruzadas y la calavera antes de la batalla.

—¡Adivina lo que tengo aquí! —dijo jubiloso, y luego siguió sin esperar respuesta—: ¡Los datos de archivo de la nueva secretaria!

En circunstancias más felices esto habría sido motivo de regocijo y de diversos comentarios muy masculinos, al ojear la reveladora información (teóricamente secreta y sólo asequible a personal autorizado, aunque era fácil serlo). Pero, ay, no eran aquellas felices circunstancias. Lenning miró indiferente la fascinante hoja de datos y volvió a sus lúgubres cavilaciones.

—¿Qué te pasa? —dijo indignado Norgren—. Mira, aquí dice que se entiende por lo menos con tres tipos en sólo este departamento. Muchacho, ¿qué me dices de esto?

—Bueno, es promiscua —dijo Lenning—. No hay ninguna ley contra eso, ¿no crees?

—Tú estás loco —dijo Norgren—. ¿No sabes lo que hicieron ella y ese Holmberg aquí mismo hace un par de días?

—Jodieron —dijo Lenning, mirando a la ventana.

—Eres imposible —dijo disgustado Norgren; leyó los datos formando en silencio las palabras con los labios—. Aquí dice que es miembro de un club s/m. Ya sabes, látigos, botas, sogas y esas cosas. ¡Qué locura!

Lenning mostró por primera vez interés.

—¿Qué club? —preguntó.

Norgren consultó los datos.

—Uno que se llama Lodge 90 S —contestó—. Aquí dice que ella es una sado. ¿Qué te parece?

—Me parece una cara conocida —murmuró Lenning.

—¿Qué dices?

—No, nada —Lenning alzó la vista—. ¿Vas a intentar ligar con ella?

—¿Con una sado? Tú estás loco —Norgren se estremeció—. Tengo un plan mucho mejor en este momento. Una mecanógrafa. ¡Demonios, si vieras qué globos tiene! —formó en el aire dos majestuosas curvas—. Además vive sola. Está esperando a un tipo como yo. —Y dicho esto se retiró, tarareando alegremente.

Lenning miró por la ventana, con la barbilla entre las manos. La vista era tan

lúgubre como su futuro.

—Mierda —murmuró.

Erik Lenning se fue a casa al mediodía, agobiado por una terrible jaqueca. Fue en el metro por la línea Central de la estación de MultiCo a Alvik, transbordando allí a un expreso que seguía por Bromma Este hasta la residencia de ejecutivos de Kyrksjön. El expreso de Bromma iba sobre columnas por encima del distrito residencial de Bromma, un gigantesco hacinamiento de casas alrededor de aquellas inmensas columnas. La vista desde el expreso, a treinta metros del suelo, era magnífica; en una dirección podía verse borrosamente la ciudad a través de la omnipresente niebla contaminada; en dirección opuesta, el castillo de Drottningholm temblequeaba seductor entre hileras de elevadas casas de apartamentos.

Estaba solo en el vagón. Durante las horas punta tenía que combatir con tres o cuatro ejecutivos por un asiento, pero durante las horas de trabajo había muy poca gente. Contempló la vista con creciente entusiasmo mientras iba desapareciendo su dolor de cabeza. El vagón, una pequeña burbuja de plexiglás sobre cuatro ruedas con espacio para cuatro o cinco personas, iba guiado por una computadora situada en algún punto de Otro Norte; viajaba a una velocidad exacta de 80,2 kilómetros por hora hacia Kyrksjön, hizo una graciosa curva alrededor de su periferia y frenó silencioso en el andén de pasajeros. Lenning salió, conducido por discretas cámaras de televisión de circuito cerrado, presentó su tarjeta de identidad a otra cámara y fue admitido en las viviendas de ejecutivos. Tras él desapareció el vagón entre las columnas como un gran escarabajo mecánico.

Un frondoso verdor casi tropical brotó inmediatamente dentro del elevado muro de aspecto carcelario. Lenning subió despacio un camino de grava protegido por impenetrables matorrales, donde ingeniosos aparatos electrónicos examinaban el contenido de sus bolsillos y de su cartera. Llegó por último a la Calle Local A, sección de aparcamiento Af, donde versiones más pequeñas de los vagones del express aguardaban pacientemente a los usuarios de la noche. Sin embargo, aquellos vehículos no estaban conducidos por la computadora sino que eran manuales; tenían motores eléctricos en las cuatro ruedas a través de aros inductores enterrados en el suelo, lo cual les permitía andar libremente por todas las calles locales por las que se permitiese conducir, pero por ninguna otra parte. En la residencia de Kyrksjön, a la que había calificado en una ocasión con bien fundado orgullo el alcalde de la «residencia de ejecutivos más moderna de la región Norte Interior», las calles de peatones hacían materialmente imposible el conducir donde no se permitían los vehículos. En el supremo escalón de las residencias de ejecutivos de Djursholm y Lidingö, los vehículos locales estaban alimentados por células individuales de combustible, con lo cual se podía conducir de forma suicida siempre que hubiese una carretera o una superficie razonablemente lisa; el rango tenía sus privilegios. Lenning echó su cartera en el coche, se hundió tras el volante y enfiló una pacífica calle local sombreada de árboles. Tras la cortina de follaje se alzaba el muro exterior, frío e impenetrable.

Los apartamentos de la residencia de ejecutivos de Kyrksjön. Dentro, reverberaba el sol en el agua clara. Fuera, un estrecho cinturón de vegetación ricamente provista de espinas y otros productos de temple biológico separaba el edificio del muro, que de noche patrullaban hambrientos canes semisalvajes y hoscos guardias de seguridad. El edificio tenía ocho pisos y un total de doce mil trescientos apartamentos, todos ellos con su terraza-jardín propia, pequeña pero

sumamente íntima. En las noches claras y frescas del verano, los rumores y aromas de miles de barbacoas prestaban al lugar un aire inconfundible de barrio, de intimidad, y de deplorable mal gusto. A veces las fiestas terminaban también con algún tipo apostando que podía enfrentarse a dos de los perros guardianes con las manos desnudas; y saltaba desde la terraza alentado por los vítores de numerosos amigos todos convencidos de que no lo lograría pero decididos a no perderse el espectáculo. Hasta entonces nadie lo había conseguido.

Otras actividades del barrio incluían el trueque de mujeres, los crímenes pasionales, las peleas de borrachos, los aquelarres de magia negra (sólo para amas de casa), las timbas de poker, el dar consejos no solicitados sobre al jardín del vecino y quejarse de los ruidos que iban desde las descargas de los wateres a las fiestas de toda la noche. El índice de televidentes se había elevado el último año en un doce por ciento; el índice de infidelidad era de un seis por ciento, seguido muy de cerca por el de divorcio, de un cinco por ciento, y el número de delincuentes juveniles en los pasillos principales, también de un cinco por ciento; mientras que el intercambio de apartamento (incluyendo un trueque permanente de marido o mujer) nunca subía del cuatro por ciento. Por otra parte, la renta se había elevado en un veintiocho por ciento sobre el año anterior, cosa que era de esperar. Todos los años se batía el récord en lo relativo a las rentas. También iba bien la asistencia a la iglesia; las seis iglesias locales declaraban beneficios cada vez más altos y dos de ellas fueron citadas en la bolsa. Esto, si no un récord, era al menos un buen ejemplo para las personas religiosas de otras comunidades; desde luego algo mucho mejor que la residencia de ejecutivos más próxima, la residencia de Alsten, notoriamente atea, que, aunque mayor, sólo disponía de tres iglesias que apenas si rendían dividendos.

Por eso era comprensible el justo orgullo (moderado sin embargo, ciertamente, por la auténtica y espontánea modestia tan típica del ejecutivo cristiano de clase media alta, práctico y eficaz) que Lenning sentía al subir animoso las escaleras hasta la octava planta, donde estaba su piso. (El ascensor estaba otra vez estropeado, maldita sea). Con ayuda de tres llaves distintas pudo entrar en su casa último modelo equipada con todos los servicios modernos, incluyendo esposa y dos encantadores niños que en aquel momento jugaban a la guerra con balas de goma reales y uniformes de las Fuerzas de Liberación Británicas (regalo de su vieja pero soltera tía, Dios bendiga su alma senil).

Besó protocolariamente a su esposa (que olía seductoramente a Rosa-O El Perfume Que Te Hace Más Mujer), esquivó un proyectil de goma y se acomodó en su sillón favorito. Tomó tres tragos, mientras utilizaba el sillón vibratorio Relax-U. Vio, agradablemente achispado, un programa de noticias sobre la guerra del agua que se luchaba a lo largo de la frontera canadiense, interrumpido a cada poco por anuncios de jabones en su nuevo televisor en color de ochenta y dos pulgadas, equipado con todos los extras asequibles, incluyendo sonido estereofónico, bar incorporado y un ingenioso instrumento de desconexión subliminal que teóricamente reducía en por lo menos un treinta por ciento la compra coercitiva. Después de cenar (un filete de buey de soja y jugo artificial) tuvo una animada pelea con su mujer y se retiró con un buen trago a la televisión, mientras ella manejaba fuentes y sartenes en la cocina, haciendo amargos comentarios con voz aguda.

Lenning vio una reposición de *Gerda La Bestial Guardiana de Belsen* (¡de moda o no, agradable o no, el sangriento relato del periodo más oscuro de la historia debe repetirse una y otra vez! ¡A la venta también en cassettes!) que apenas le interesó. Tomó otro trago, viendo *Músculos,* un espectáculo de cultura física

patrocinado por el Ejército sueco que, entre otros muchos elementos fascinantes, incluía descargas subliminales del anuncio *Ingresa en el Ejército.* El aparato de desconexión incorporado ahorró misericordiosamente aquel ataque el subsconsciente de Lenning. La visión de aquellos individuos musculosos y bronceados le deprimió y se sirvió otro trago, que le alegró un poco. *El Telediario* estuvo muy animado con el relato y las fotografías en color del asalto al dirigible de pasajeros de la ruta Arlanda-Copenhague, obra de terroristas de Septiembre Rojo, que habían desviado el aparato hacia el aeropuerto de Bromma, donde miles de personas se habían congregado a observar el espectáculo. Vio el programa (en directo desde el aeropuerto de Bromma) con creciente entusiasmo, y decidió por último, estimulado por los penentrantes chillidos de los niños, llevar también a su familia a ver el espectáculo.

Cogió a los niños, dejando atrás a su mujer (tenía una reunión en el club de las Hijas de Kyrksjön programada para aquella noche) y fue en la línea del expreso local hasta el aeropuerto de Bromma. Se unieron a los miles de personas que ya estaban allí, atestando los alrededores del aeropuerto. La policía, con cañones ultra e infrasónicos conseguía a duras penas controlar a la multitud. Imperaba en ésta una atmósfera festiva, a juzgar por los vítores y gritos. Lenning se abrió paso entre la gran masa con los niños en brazos, compró un par de bocadillos a un vendedor ambulante y se dispuso a presenciar un buen espectáculo.

El dirigible de la SAS colgaba inmóvil a un par de metros del suelo, bañado por la cruda luz de los focos, un globo de doscientos, metros de longitud en forma de cigarro puro con una resplandeciente cabina debajo, donde iban pasajeros, motores, etcétera. Abundaban los dirigibles por aquellos tiempos; de hecho abundaban en los últimos treinta años. La escasez de energía había hecho imposible hacía tiempo el transporte más pesado que el aire para el uso civil: los dirigibles, que derivaban su capacidad de vuelo del hidrógeno, el helio y el aire caliente, realizaban más del noventa por ciento de los servicios aéreos de transporte. Eran baratos, relativamente hablando, limpios y silenciosos (se habían acabado los estruendos sónicos), y su velocidad promediaba los doscientos kilómetros por hora, así que podían competir con cualquier otro vehículo de agua o tierra. Además eran seguros; un dirigible no se estrellaba como un avión. Si había problemas en una de las células de gas, el capitán no tenía más que soltar agua de lastre y seguir; o, si la avería era grave, descender a tierra, con la suavidad de una pluma. Era un sistema limpio e ingenioso, aunque con unos cuantos inconvenientes menores. Como combustible es mejor el hidrógeno, pero el helio es más seguro. Las autoridades habían sacrificado como siempre la seguridad a la conveniencia y la economía.

Por tanto, todos los dirigibles de pasajeros utilizaban hidrógeno, que permitía volar más rápido que con helio; pero el hidrógeno era muy inflamable, por decir poco. Esto quedó demostrado en 1937, cuando *El Hindenburg* encontró su desastroso destino y paralizó el desarrollo del transporte aéreo más ligero que el aire durante décadas. Una pequeña chispa bastó para convertir *El Hindenburg* en un llameante infierno. Este dirigible de la SAS era considerablemente mayor que el antiguo *Hindenburg,* provisto de gas oxihidrogénico que sólo necesitaba una pequeña chispa para explotar. Así, la muchedumbre que rodeaba el aeropuerto de Bromma esperaba con impaciencia; todo un espectáculo de fuegos de artificio y vitoreaba con entusiasmo a los terroristas que recorrían la cabina, blandiendo cócteles molotov y amenazando con volarlo todo.

Lenning esperó con paciencia mientras los niños, cada vez más inquietos, esperaban las llamas y las explosiones, desilusionados al no verlas. Largas y

agotadoras conferencias se celebraban en el campo de aterrizaje; llegaron más tropas, seguidas de grandes y negros coches de aspecto oficial, pero a esto no siguió nada espectacular. Uno de los piratas apareció en una ocasión fugazmente en la puerta de la cabina, blandiendo un cóctel molotov encendido en una mano alzada, y la multitud retrocedió con un gemido colectivo esperando un emocionante desastre. Pero las llamas se apagaron y los espectadores empezaron a mirar hoscamente al dirigible que tanto había prometido y tan poco daba. Se hablaba de prender fuego a aquellos malditos y acabar de una vez con el asunto.

La hija de Lenning tenía ganas de hacer pipí, pero como no quería dejar el escenario de la posible acción, acabó meándose encima. Lenning compró helados a un vendedor y finalmente se fue, disgustado, mientras los niños chillaban y pateaban locamente. Les prometió un regalo para el domingo siguiente, en que toda la familia iría a una ladera de una cierta curva de la autopista E-1, conocida por los terribles y repetidos accidentes automovilísticos; esta ladera, cubierta de hierba aterciopelada, ofrecía una vista perfecta de la parte más peligrosa de la curva. Los fines de semana soleados, cientos de alegres familias se sentaban allí con café, bocadillos y cervezas, con la esperanza de presenciar uno de los muchos accidentes automovilísticos fatales que allí se producían. Lenning elucubró sobre las cosas divertidas que podrían pasar allí, delante de sus propios ojos, pero los niños estaban cansados y desilusionados y no dejaron de llorar hasta llegar a casa.

Cuando por fin llegaron a casa, Lenning supo por su mujer que los piratas habían volado el dirigible, más buen número de soldados, oficiales y espectadores, sólo unos minutos antes; todo lo había transmitido en directo la televisión. Bebió un lúgubre trago mientras su mujer metía en la cama a los lloriqueantes niños, hizo torpemente el amor con ella y se hundió con lentitud en inquietos sueños en los que Leonard W. Kockenbergh, hijo, le perseguía y gigantescos dirigibles en llamas que llevaban el nombre de Anniki Norijn en grandes y temblorosas letras.

V

Tim Eulenspiegel miró por su ventana como quien lo sabe todo, lo entiende todo y lo desecha todo como irrelevante. Su rostro alargado era el de un maquiavélico monje: negros ojos brillando sobre una huesuda y protuberante nariz, finos y pálidos labios siempre apretados, reteniendo secretos impronunciables. Era un rostro duro y hosco que ocultaba insondables pensamientos e insondables emociones en el que los ojos yacían enterrados como perlas de cristal extraídas de metálicas ostras en un olvidado mar antediluviano. Miraban a la ciudad y la veían indigente.

Era Sur Ciudad, una zona situada al sur del Castillo Real, en otros tiempos terreno de juegos de reyes y favoritas, colinas salpicadas de residencias campestres y jardines en los tiempos en que los muros de la ciudad rodeaban un pueblecito con el Castillo como centro. De eso hacía mucho, muchísimo tiempo; en el siglo dieciocho, los obreros empezaron a llegar del campo y a construir cabañas que luego fueron substituidas por los hoscos y uniformes edificios de un distrito obrero con cervecerías, burdeles y fábricas de tejidos. Fue un barrio mísero desde el principio, y siguió siéndolo en el fondo, pese al derribo de algunas casas viejas y la construcción de otras nuevas en las que se hacinaba gente similar.

En 2018, Sur Ciudad era más mísero que nunca. En realidad, los pocos restos de edificios de los siglos diecisiete y dieciocho, con sus idílicos jardines, habían sido restaurados y convertidos en lujosos alojamientos de escritores, artistas, peces gordos del gobierno y millonarios; pero esto no hacía más que subrayar la impresión de puro barrio pobre. Los dos elevados edificios de oficinas que albergaban el Departamento Fiscal Interno y el Registro Nacional Sueco de Datos se remontaban triunfalmente sobre aquella uniforme masa de edificios de un siglo de antigüedad. Sur Ciudad era el auténtico barrio pobre interior de Estocolmo; los barrios pobres más conocidos de la ciudad, como el Squatter City alrededor de las torres de Kungstornen, no eran más que barrios pobres prefabricados, astutamente planificados por especuladores y negociantes para tener en sus ávidas manos a los inocentes que buscaban emociones baratas que no significasen ningún peligro. Sur Ciudad era distinto, era más auténtico, era una zona que a nadie le gustaba; la habitual llaga purulenta en el corazón de una gran ciudad. Tim Eulenspiegel contempló la pequeña parte que era suya, despreciándola.

Suyos eran veinte bloques urbanos de pura miseria sin paliativos; un feudo patrullado por los matones habituales que supervisaban aquel ducado gansteril como hacían antaño los soldados del señor feudal. Veinte manzanas de la ciudad eran su posesión personal, que habría de mantener bajo su control mientras tuviese fuerzas para hacerlo. Era uno de los centenares de hombres fuertes que controlaban áreas urbanas de diversos tamaños; ostentaba un monopolio de ese tipo de confusos negocios que hay en toda gran ciudad. La sociedad estaba hecha como una de esas muñecas rusas que al abrirlas tienen dentro otra igual, y así sucesivamente, hasta la muñeca más pequeña que está en el centro; si uno va quitando las capas de la sociedad pasa uno del gobierno oficial al mundo de los negocios, a los diversos jefes de bandas, a sus vasallos con sus siervos, y, por último, a los últimos siervos; una inmensa masa gris sin rostro sustenta esta inmensa pirámide de lobos. Tim Eulenspiegel era un hombre pequeño en un gran escenario atestado; pero veinte manzanas de la ciudad eran suyas, y desde aquel piso podía contemplar sus dominios. Tim Eulenspiegel se entregaba allí a los tradicionales pasatiempos de la nobleza: la cultura y la literatura.

La habitación era un templo consagrado a una deidad que sólo unos pocos recordaban: el escritor alemán del siglo veinte Arno Schmidt, autor de una singular obra literaria, la novela *Zettels Traum,* publicada por primera vez en 1970 en un volumen de nueve kilos y mil trescientas treinta y dos páginas equivalentes (según amorosos cálculos) a cinco mil trescientas veinte páginas de un libro normal. Nadie había descubierto aún de qué trataba en realidad aquella novela; en 2018 sólo cincuenta personas habían declarado haberla leído completa. Ninguna de ellas afirmaba, sin embargo, haberla entendido. Seguía siendo un enigma que nadie había logrado resolver; Herr Arno Schmidt, muerto ya, nunca había aventurado claves sobre el tema de la novela o sobre cómo había que leerla o interpretarla. Había llevado una vida retirada en el pueblecito alemán de Bargfelt, no admitiendo en su presencia ni siquiera a sus admiradores más leales, ni confiando en ellos.

Enfrentados así con un misterio aun más ininteligible que *Finnegan's Wake* de James Joyce, unos admiradores crearon en 1972 un «Sindicato de Descifradores de Arno Schmidt», con el fin de aunar sus esfuerzos y resolver, si era posible, los enigmas del texto. Crearon también una revista de circulación limitada, *Der Bargefelder Bote.* Casi cincuenta años después, la novela seguía siendo tan enigmática como siempre; el misterio era quizás aún más impenetrable que

antes, pues el mundo que había dado origen a las complicadas metáforas y alusiones de Schmidt era ya cosa del pasado. Desentrañar aquella maraña era una tarea ingente; tarea que, según un especialista, exigiría por lo menos tres mil ochocientos años de paciente trabajo. Y este trabajo se había iniciado ya, y era Tim Eulenspiegel el que recopilaba las concordancias definitivas de la novela. Llevaba trabajando en ella más de veinte años y, ni que decir tiene, no viviría para verla terminada. Le satisfacía pensar que podría haberla acabado, si su otra vida no le hubiese acaparado tanto tiempo; creencia que fácilmente podría ser rechazada, pues el recopilar las concordancias le llevaría un mínimo de cuarenta años de trabajo ininterrumpido, aun con la ayuda de una computadora.

Así Tim Eulenspiegel (su nombre se derivaba de un oscuro pasaje de *Zettels Traum)* pasaba todo su tiempo libre trabajando en aquel cuarto oscuro; rodeado de todos los elementos del culto a Arno Schmidt (bustos, fotos y cuadros de un hosco teutón con gafas y escaso pelo). Había reproducciones de cartas y páginas significativas de la gran novela, mapas y fotos de Bargfelt, extractos de los registros del censo y cosas así. Todo importaba, todo había que tenerlo en cuenta. Tim Eulenspiegel seguía trabajando, obsesionado por una idea; dividiendo su tiempo entre la oscuridad de aquel barrio mísero y las altivas alturas de su soberbia torre de marfil; obteniendo una rara felicidad de aquel esforzarse por alcanzar lo inalcanzable, un éxtasis religioso, una visión fugaz de Dios y de la eternidad. Tim Eulenspiegel era un ateo declarado; pero si Dios existiese, sin duda su nombre debía ser Arno Schmidt, y Su Palabra hallarse en *Zettels Traum.* Tim Eulenspiegel era su humilde profeta, y buscaba la sabiduría en aquel texto sagrado.

Había dado con una clave que quizá pudiese llevarle a la explicación de una cadena de palabras particularmente complicada; estaba contento. Como un moderno Daniel Quilp, bajó varias manzanas hacia Götgatsbacken, hasta cierta casa donde la joven Anniki Norijn debía recibir un recado especial. Subió las escaleras de dos en dos y se detuvo, percibiendo un movimiento en el patio trasero.

Eulenspiegel tenía una pequeña pistola plateada que siempre llevaba encima. Estaba exquisitamente tachonada de madreperla, en la que se veían todos los colores del arco iris. Insertó una nueva carga y apuntó a lo largo de su reluciente cañón hacia el patio trasero, donde un gato negro corría de un lado a otro entre los muros. Eulenspiegel mantenía la mano izquierda detrás, a la espalda; con la derecha apuntaba al gato. El gato saltó hacia el muro, cayó hacia atrás y ágilmente se subió a un cubo de basura de metal galvanizado. El cañón de la pistola le siguió en una suave curva. El gato alzó los ojos suspicaz hacia la ventana de Eulenspiegel, se lamió la boca con una diminuta lengua roja, tensó los músculos... La pistola se movió una fracción de milímetro anticipando un salto. El gato saltó con las piernas traseras extendidas y la cabeza baja. El seco mensaje de la pistola de Eulenspiegel apenas fue más ruidoso que el quebrarse de una pequeña rama. El proyectil alcanzó al gato en la espina dorsal; el gato dio una voltereta y cayó aterrado patas arriba frente al cubo de basura. Arañaba el aire con sus zarpas e intentaba escapar, pero tenía la espina rota; se había convertido en un pedazo de carne paralizado y torpe. Una carga inútil, un insulto. El gato maulló y agitó las zarpas desde el cubo de basura. La pistola le persiguió, suavemente, como una leve pluma.

—Cum sancto spiritu in gloria del Patris —masculló Eulenspiegel burlonamente.

Otro seco mensaje. El gato se estremeció y quedó inmóvil.

—Amén.

El mensaje llegó a Anniki en el fondo de las escaleras. Pasó a través de la ventana de la escalera y rebotó de pared en pared como un pájaro herido. Miró rápidamente al patio posterior, donde yacía el gato al sol como una masa negra e informe. Un par de pájaros de un azul brillante bajaban volando hacia él en grandes círculos. Anniki se encogió de hombros y siguió su camino. Se apartó un mechón de pelo de la cara e hizo una pirueta en un alargado rectángulo de luz de sol. Y corrió escaleras arriba, tarareando, hasta que vio a Eulenspiegel en el descansillo.

Más tarde, Eulenspiegel y Anniki salieron a la noche que les esperaba. En la puerta del patio trasero se sentaba una pálida niña de cinco años. Allí estaba sentada, apoyada la espalda en la pared de piedra, mirándoles con sus grandes ojos negros. Llevaba un jersey verde chillón y tenía entre sus brazos al gato negro. El gato estaba muerto, y descansaba inerte entre sus brazos compasivos. Anniki se detuvo.

—Pero si está muerto —dijo extendiendo la mano—. Déjamelo, yo lo tiraré.

La niña la miró sin decir nada. Pero sus brazos apretaron con más firmeza al gato; la tupida piel negra sobresalía alrededor de ellos.

—Bueno, a mí me da igual —dijo Anniki—, pero no es higiénico. No deberías jugar con animales muertos como éste.

Chasqueó los dedos al ver que no le contestaba y añadió:

—¿Bien? ¿Me lo das? —esperó, pero el gato seguía donde estaba—. Niña chiflada —dijo encogiéndose de hombros.

Luego se volvió, siguiendo a Eulenspiegel, que, indiferente, había salido a la calle.

—¡Chiflada! —murmuró de nuevo.

Anniki siguió a Eulenspiegel y doblaron varias esquinas, rodearon viejos edificios y entraron por fin en una oscura calleja. Ella se quitó la chaqueta al llegar a la entrada de la calleja, mirando directamente hacia la oscuridad. Eulenspiegel caminaba pensativo a su lado, sin mirarla.

—Conozco pocas personas que valgan menos que tú —comentó—. No me importaría que desaparecieras de pronto y nunca volvieras a aparecer. Eres peor que una nulidad; eres un parásito, una enfermedad. Además, eres sucia. Eso es lo que uno advierte enseguida de ti, tu suciedad. No comprendo cómo puedes soportar seguir viva.

Decía esto en tono pensativo, desapasionado, normal, una afirmación despreocupada que había hecho ya tantas veces que ni siquiera podía irritarle ya. Anniki nada decía. Caminaba indiferente en la oscuridad, la chaqueta en la mano, mientras se desabotonaba la blusa.

—Es mejor que no contestes —dijo Eulenspiegel—. Si lo hicieras, tu estupidez podría alterar mi admirable control de mí mismo y obligarme a hacer lo que debería haber hecho hace tiempo. Eres astuta, Anniki; sabes cuándo tienes que estarte quieta, pero eso es lo único que sabes.

Anniki dobló la blusa y la colocó en el brazo. Se detuvo un momento, quitándose las alpargatas y luego corrió tras él. Él pareció no darse cuenta.

—Pero esta absoluta estupidez tuya es lo único que te hace interesante —decía—. Contigo afilo mi paciencia, como un cuchillo en una piedra de afilar. Si puedo soportarte a ti, puedo soportar cualquier cosa.

Luego empezó a estimular una cólera familiar, blandiendo un puño en el aire

contra invisibles enemigos, y apretando convulsivamente las mandíbulas.

—Debería matarte —decía—, pero no te mereces ni eso. Sólo el verte me pone enfermo, me produce náuseas; eres repugnante.

Escupió en la oscuridad. Anniki se había parado para quitarse los pantalones. Apareció a su lado, sonrojada, los labios como una fina raya roja. Esperaba las palabras correctas, las palabras que pronto llegarían. Tensó los dedos.

—Podría destrozarte —dijo él— como destrozo toda la otra basura...

Por fin llegaba; la consigna, la fórmula secreta.

—Calma —dijo ella—. ¡Calma!

—Basura —repitió él—. Basura. Hacéis una linda pareja, no crees...

Se arrojó sobre él, buscando sus ojos con las uñas y encontrando sólo aire vacío. El dio la vuelta y la golpeó en la cara. El golpe la lanzó hacia atrás, pero se puso en pie inmediatamente y saltó, chillando, sobre él. El lanzó un taco y luego todo siguió su curso, como siempre después de aquella tensión cuidadosamente estimulada; los golpes, los chillidos, la caída, lo eterno, lo desconocido, lo bien conocido.

—¡Asesino! —gritó ella.

Luego jadeó con violencia y se quedó en silencio. Tras ellos, en algún punto, a la entrada de la calleja, una pálida niña con un jersey chillón observaba en la oscuridad. Llevaba en brazos un gato muerto y miraba con ojos desorbitados hacia el fondo oscuro. Brotaban de allí rumores y sonidos, pero nadie decía nada.

Anniki se vistió lentamente bajo una farola. Se volvió a la luz amarilla examinando críticamente su sucio y magullado cuerpo.

—Tengo arañazos en la espalda —dijo— y en los codos y en los pies...

Examinó cuidadosamente sus antebrazos, suspirando.

—Estoy sangrando —dijo—. Y me duele el estómago.

Se agachó buscando los pantalones y se los puso, aguantándose primero en una pierna y luego en la otra.

—Tengo que bañarme —dijo—. Tengo un aspecto horrible.

Se sacudió el enmarañado pelo, contemplando la oscura calleja.

—Necesito un poco de jabón —dijo.

Eulenspiegel estaba de pie frente al muro, orinando, con un *cigarrillo* recién encendido entre los labios. Normalmente prefería la oscuridad; además, no tenía que buscar magulladuras ni golpes. A él no le habían pegado. Orinaba vigorosamente contra la pared, sin contestar. Anniki contemplaba su espalda apenas perceptible mientras se ponía el sostén. ¿Por qué contra una pared? Pensaba, mientras iba abotonándose, que debía salpicar; pero todos los hombres lo hacen, siempre contra una pared o un árbol o lo que haya. Como los perros, que no pueden pasar junto a un árbol sin utilizarlo de pasada. Una especie de instinto; marcar los límites del territorio. Le asaltó de pronto una risa entrecortada y se mordió el labio inferior para contenerla. Tenía los labios brillantes, de un rojo intenso. Notaba todo su cuerpo fláccido; notaba palpitaciones y pinchazos por todas partes. Se abrochó la blusa y la metió por dentro de los pantalones. Se puso la chaqueta y se echó hacia atrás el pelo con un movimiento automático de la mano.

Junto a la pared, Eulenspiegel se sacudió unas últimas gotas insistentes de orina y se abrochó los pantalones. Luego se volvió con aire despreocupado hacia ella, limpiándose las manos con una servilleta de papel perfumada. Olía a agujas de pino y agua de colonia en bien equilibradas proporciones. Los aromas penetraban en el intenso olor a feminidad de Anniki como cuchillos, luminosos y

agudos y helados. Anniki se quedó inmóvil en un creciente mar de exhalaciones. La esencia de pino desapareció disuelta como humo. Eulenspiegel arrugó la nariz. Anniki dio una palmada y le miró desafiante.

—Debería ser excitante —dijo—. Pero quizás no lo sea en absoluto, después de todo.

Dio una vuelta, riéndose. Ahora tenía ventaja ella, como la tenía siempre cuando él quedaba vacío después de la violenta excitación. Ahora todo estaba dentro de ella, fermentando en los secretos refugios de su cuerpo; ascendiendo como en un silbido zigzagueante a través de oscuras cataratas, recorriendo sus glándulas y poros, rodeándola como una espesa nube de almizcle. Enterró las manos en el pelo, lo sacudió, lo alisó luego. Rió mientras permanecía inmóvil con el relumbrante *cigarrillo* sujeto entre sus finos labios. De pronto, él echó a correr casi derribándola y desapareció en las sombras de su feudo. Ella se quedó allí un rato, contemplando la oscuridad, y luego se volvió lentamente y se dirigió a casa. Se sentó en su blando sillón, a ver el *telediario.* Un grupo de terroristas de Septiembre Rojo se había apoderado de un dirigible y estaba prendiéndole fuego; la retransmisión era en directo. El locutor hizo muchos comentarios conmovedores sobre los hombres malvados, mientras las cámaras ofrecían meticulosos primeros planos de cuerpos ardiendo y retorciéndose, soldados y ambulancias. Cuando las últimas crepitantes llamas desaparecieron, Anniki se incorporó y cambió de canal.

Fuera, había empezado a llover.

VI

El emir Umir ar-Rechehidd, caudillo espiritual y terrenal de incontables beduinos, entró en su resplandeciente palacio de mármol, golpeando colérico sus resplandecientes botas con su fusta. Su paseo matutino a caballo había sido un completo fracaso; algún idólatra, algún diablo extranjero, había alzado una valla en su ruta favorita y había cometido, además, la afrenta de contestarle. El emir le había azotado, por supuesto; pero el incidente le había dejado mal sabor de boca. ¿Cómo era posible que un extranjero (o cualquiera, en realidad) se atreviese a responder al emir de Juri? Era increíble. Y, sin embargo, había sucedido. El emir sospechaba a veces que el mundo se acercaba a su fin; ahora estaba convencido. Paseó durante un rato por el gran vestíbulo, dejando que amainase su justificada cólera. Luego salió al jardín, y se dirigió al destartalado cobertizo donde su querido pero extraviado hermano, el jeque Yarasin, pasaba una parte tan deplorablemente grande de su tiempo. Dio una sonora patada a la puerta y retrocedió luego, negándose a entrar en aquel vil lugar.

El jeque Yarasin salió poco después, parpadeando como un búho ante la claridad cegadora del sol.

—Supuse que eras tú —murmuró.

El emir cortó el aire con la fusta.

—Quiero hablar contigo —anunció.

—Eso suponía —dijo el jeque Yarasin; salió, cerrando cuidadosamente la puerta—. ¿Qué puedo hacer por ti, hermano mío?

El emir se alejó del cobertizo sin volver la vista atrás, para asegurarse de que su hermano le seguía.

—Acabo de golpear con mi látigo —dijo por encima del hombro— a uno de los demonios extranjeros que tú has considerado oportuno dejar entrar en la tierra

de nuestros padres. Procuré no hacerle más daño del necesario, dadas las circunstancias; pero, por otra parte, no estoy seguro de que sobreviva.

El jeque Yarasin suspiró imperceptiblemente.

—¿Qué hizo él? —preguntó.

El emir se lo explicó, elocuentemente, sin omitir ni un solo detalle.

—Comprendo —dijo el jeque Yarasin; caviló un rato—. No volverá a pasar.

—Desde luego —dijo el emir—. No volverá a ser capaz de repetirlo. Pero hay otros como él, demasiados; todos ellos carecen por completo de educación y de buenas maneras.

—Al parecer —dijo cautamente el jeque Yarasin— han encontrado por aquí otro pozo. Y alguien decidió (un individuo imprudente y temerario, sin duda) colocar una torreta en ese sitio. La valla debía formar parte de las obras.

—Esa valla —dijo el emir— estaba precisamente cortando mi camino favorito para cabalgar. No puede haber vallas ni torretas allí, ni en ninguna otra parte por la que decida cabalgar.

—Oigo y obedezco —dijo el jeque Yarasin.

—Es agradable saber que aún hay decencia en el mundo —comentó el emir, un tanto suavizado—. Pero todo esto me entristece. Si no fuese por ti, hermano y amigo mío, hace mucho que habría cesado toda esta actividad.

—Todo el mundo depende de nosotros y de nuestro petróleo —contestó el jeque.

—Yo no —dijo el emir.

Se detuvo, contempló el desierto interminable. A lo lejos, cortando el horizonte, se alzaban las torretas petrolíferas, altas y hoscas, empañando la belleza perfecta de las suaves colinas arenosas.

—He hecho que me lean unos cuantos periódicos y revistas de los demonios extranjeros —dijo—. No entiendo lo que pasa allí.

—La conducta de los diablos extranjeros es incomprensible —dijo el jeque—. ¿Y qué decían esas publicaciones?

—Me enteré —dijo el emir— de que hay asociaciones y clubs donde la gente se reúne con el exclusivo propósito de torturarse mutuamente, lo cual les produce placer. Me enteré de que a un hombre llamado David Huffstetler se le estropeó el coche cuando pasaba cerca de un pueblo llamado Green River, en los Estados Unidos. Acabó suicidándose después de esperar once horas en la autopista. Al parecer, nadie paró a preguntarle si necesitaba ayuda. Me enteré también de los nuevos récords mundiales; de que una tal Barbara Buesking obtuvo un récord mundial, en Decatur, Estados Unidos, permaneciendo ciento treinta y dos horas y ocho minutos cabeza abajo, sobre las manos, con los pies apoyados en un coche; de que Harry Hubbart ostenta ahora el récord mundial de permanencia en una bicicleta apoyándose sólo en la rueda trasera, manteniéndose así durante trescientos cuatro metros; y de que John Costellucci, ostenta otro récord mundial: estuvo botando una pelota durante cuatro horas, con un total de mil doscientos sesenta y cuatro botes. Me enteré de que Juanito Piring, recientemente, en un pueblo próximo a una ciudad llamada Manila, se autocrucificó por cuadragésimo novena vez. Es ya un anciano y lleva mucho tiempo haciendo esto una vez al año. También me enteré de que los supervivientes de un accidente aéreo ocurrido en América del Sur sobrevivieron devorando a sus compañeros de viaje muertos.

El emir contempló el desierto eterno y permaneció en silencio durante un rato. Por fin se volvió a su hermano.

—Puedo entender el canibalismo —dijo— cuando es cuestión de supervivencia.

Todos hacemos cosas insospechadas cuando nos enfrentamos a la muerte. Los diablos extranjeros son más ineptos para enfrentar la muerte que nadie. Pero todo lo demás que me leyeron me conmovió mucho, profundamente. ¿Qué mundo es ése en el que un hombre se siente tan solo en medio de un territorio poblado que acaba matándose? ¿Qué sentido tienen todos esos récords mundiales? ¿Por qué hacen tales cosas?

—La mente humana es insondable —dijo suavemente el jeque.

—Lo sé. Pero esto jamás ha sucedido en mi país, y ahora temo que esta infección pueda propagarse también entre nosotros. Tú ya no eres mi querido hermano de otros tiempos. Y todo esto es culpa de los diablos extranjeros.

—Tengo que actuar para que no invadan el país —dijo el jeque Yarasin—. Son gente obstinada y han conquistado el mundo entero, con la excepción de Juri. Si no hubiese sido por mí, habrían conquistado esto también.

—Ya están aquí —dijo el emir—. Esta mañana me encontré con uno de ellos.

Hizo una pausa, pensativo.

—¿Cómo se las arreglarían para conseguir tanto poder y conservarlo tanto tiempo? —dijo por último.

—No tanto —dijo el jeque Yarasin—. Sólo unos cuantos siglos. Y no lo han hecho todo por sí solos. La ciencia y la literatura la aprendieron de nosotros; la religión, que dicen rige sus actos, de los judíos. Como resultado, a nosotros nos llaman salvajes ignorantes y llevan dos mil años persiguiendo a los judíos. Nunca han sido capaces de reconocer superiores; dicen que esto les diferencia de las bestias.

—Creo que en eso aciertan —dijo el emir—. Ningún animal haría lo que ellos se han hecho a sí mismos y han hecho al mundo.

—Tu sabiduría es proverbial, oh emir de los creyentes —dijo el jeque Yarasin—. Aun así, hay algo en ellos que me fascina. Están locos, por supuesto, pero ¿no es el loco a veces voz de Dios?

—Eso es una cuestión teológica que no deseo discutir contigo —repuso el emir—. Baste decir que me entristece lo que he sabido de ellos. No quiero mantener la menor relación con esos seres.

—Tengo un proyecto —dijo el jeque— que llevo planeando algún tiempo. Me propongo redistribuir a millones de ellos por partes distantes del mundo. Es un experimento que estoy deseando llevar a la práctica; luego haré cuanto mi hermano desee.

El emir agradeció la sugerencia con un cabeceo imperceptible.

—¿Nunca has meditado sobre ellos? —preguntó—. ¿Nunca te has preguntado «por qué»?

—No, ya no —respondió cansinamente el jeque—. Lo hice en otros tiempos; pero pronto llegué a la conclusión de que eran incomprensibles. Ahora ya no medito más sobre sus acciones.

—No me gusta —dijo el emir—. Están locos, pero aun así son hermanos nuestros... en el sentido más amplio de la palabra, por supuesto. Tenemos que procurar entenderles. No podemos permitir que esto continúe así, sin control... sobre todo si tenemos poder para cambiarlo. Estamos obligados a intentar comprenderles.

—Yo soy incapaz de entenderles —dijo el jeque—. Me divierten, pero no puedo entenderles. Ya ni siquiera me sorprenden. Ya nada me sorprende.

El emir le miró un rato en silencio.

—Esto me da miedo —dijo por último—. Debería sorprenderte. Eres un ser humano...

Se volvió y se fue, sin decir más.

VII

Erik Lenning salió del tren expreso en Hemfosa, una nueva ciudad industrial de la región Sur Exterior, a veinticinco kilómetros de Estocolmo. Una selva exótica, una jungla industrial; una *terra incógnita* para un alto ejecutivo que nunca se había aventurado fuera de la región interior norte. En realidad, nunca había salido de aquel pequeño sector de Interior Norte, el que comprendía la residencia de ejecutivos del lago Kyrksjön en Bromma, con sus sistemas de transportes subterráneos, sus teléfonos-TV, sus computadores domésticos, sus transformadores de basura; aquel gigantesco vientre mecánico que, como aquel Midgardsormen que rodeaba como un cinturón la Tierra, rodeaba Kyrksjön con su cara vuelta hacia el verdor y hacia el agua relativamente no contaminada, y que daba su espalda hoscamente al mundo exterior. Y por otra parte, el Edificio MultiCo que alzaba su inmensa masa de espaldas a los aterciopelados prados de Vanadislunden.

Los taxirrailes expresos, maniobrados y dirigidos por una computadora central enlazada en Exterior Norte, conectaban todos los puntos claves de Interior Norte e Interior Sur de Estocolmo y ahorraban a los habitantes el trabajo de tener que establecer siempre innecesario contacto con la parte mejor de la ciudad. Todo estaba planeado con un máximo de eficacia y pensando en el bienestar de la gente. La zona Interior Norte, formada por Norrmalm, Bromma, Djursholm y Lidingö, era un centro administrativo. Todos los grandes ejecutivos de la política, la industria y el gobierno vivían allí. Allí estaban las oficinas más importantes y (a cómoda distancia) las residencias de ejecutivos, en las que éstos vivían placenteramente aislados de la ciudad. La región Exterior Norte se extendía hasta el aeropuerto Arlanda y estaba organizada como un distrito de servicios ciudadanos con servicios secundarios: estaciones de recepción de artículos, aeropuertos, etcétera.

La región Interior Sur incluía Sodermalm y estaba especializada en industrias ligeras, empresas de exportación e investigación y otros servicios. La región Exterior Sur se extendía hasta Osmo y había allí industria pesada y ligera, estaciones de distribución de artículos y cosas similares. Como habría sido muy poco práctico el que los obreros viviesen en Exterior Norte estando concentradas todas las industrias en Exterior Sur, a sesenta o setenta kilómetros de distancia, todas las residencias de los obreros estaban directamente conectadas con las distintas fábricas. La ley establecía incluso que las empresas construyesen apartamentos para sus empleados y obreros. El sistema tenía varias ventajas.

Básicamente todo se relacionaba con los problemas del transporte. El Gran Estocolmo contaba con una población de más de cinco millones de seres. La región entera andaba por los siete millones y medio. Ningún sistema de transporte del mundo podría haber transportado y servido, con razonable eficacia, a tal masa de población. Habría sido un desastre económico que el gobierno no habría podido permitirse.

La descentralización llevaba ya varias décadas siendo un hecho cuando los que estaban en el poder en la década de los ochenta impusieron el nuevo plan regional, dividiendo Estocolmo en cuatro zonas independientes; cuatro zonas que cooperaban entre sí, pero que mantenían escaso contacto. Los grupos sociales y las esferas de actividad de cada grupo estaban eficazmente aisladas entre sí; las

residencias de obreros y ejecutivos se construían en función de las industrias recién establecidas. En 2018, sectores de la región Exterior Sur habían quedado ya inhabitables debido a la contaminación atmosférica del suelo y del agua. Así, los obreros tenían contacto directo con todas las maravillas de la industrialización ilimitada; mientras los que detentaban el poder de decisión, en sus pacíficas residencias y oficinas, podían hacer planes para los grandes mundos que reservaba el futuro.

Erik Lenning salió del tren expreso en la zona más al sur de Exterior Sur, comprendiendo con abrumadora claridad que pronto vería más de lo deseable de aquellas regiones industriales, si no hacía su trabajo a la perfección. La tarea hubiese sido fácil de realizarse satisfactoriamente el censo nacional; pero no se realizaba satisfactoriamente. Se hacían incluso claras críticas de que no se realizaba ninguno; y los archivos de la Oficina Central Demográfica en el caso de la señorita Anniki Norijn tenían cuatro años de retraso. Cuatro años atrás Anniki Norijn, 000101-029 (ExtNo), vivía en una casa de apartamentos propiedad de la AB Metal sueca en Hemfosa. Pero en Hemfosa también estaba la AG Hemfosa, empresa química propiedad de MultiCo, además de una central energética de lignito. En 2014, los residuos ponzoñosos habían alcanzado tales proporciones que la oficina local del gobierno tuvo que elegir entre la fabricación de plantas purificaderas con costes astronómicos o trasladar a la población a otro lugar. Debido a la evacuación a un centro habitacional adyacente de aire más puro, los archivos del censo estaban revueltos.

Los señores de la industria manejaban a sus obreros-inquilinos siguiendo un método antiguo y de probada eficacia; se aseguraban de que incurriesen inmediatamente en cuantiosas deudas al propio señor de la industria en su condición de propietario de apartamentos, supermercados, etcétera. Según la ley sueca, ningún obrero podía salir de allí mientras no pagase sus deudas hasta el último céntimo, por lo que el sistema garantizaba un suministro notablemente estable de mano de obra.

Cuando estaban a punto de trasladarse los archivos de la empresa, un grupo de facinerosos pertenecientes al movimiento Septiembre Rojo irrumpieron en la sala de la computadora central y desmagnetizaron todas las cintas que vieron. Pese al trabajo abrumador de reconstrucción, trescientas personas desaparecieron para siempre de los archivos. La empresa envió a todas una carta pidiendo información para reconstruir los archivos. Fue un error: al día siguiente, la mitad de estos individuos desaparecieron sin dejar rastro; los restantes se negaron sencillamente a admitir que tuviesen deudas con nadie. Anniki Norijn había trabajado en una cadena de montaje de una unidad fabril en la que predominaban los emigrantes; era uno de los elementos asociales que habían actuado en las sombras en aquel día memorable del 12 de abril de 2014. Desde aquel día, nadie había vuelto a saber nada de ella.

Erik Lenning dejó el andén con la clara sensación de que tampoco lograría saber nada de ella. Aun así, Hemfosa era su último lugar permanente de residencia; tenía que empezar por algún sitio.

Sutiles brisas de niebla de azufre, fósforo y amoníaco le acariciaban, solícitamente asistidas por una serie de restos de metal y de otros resultados inidentificables de los logros de la industria local. Tosió, carraspeó, tosió de nuevo. Ante él, inmensos tubos de hormigón se alineaban hacia la oscuridad durante unos cuatrocientos metros. Sólo un infracristal podría haber revelado lo que había tras aquella niebla. Probablemente más tubos de hormigón. Suspiró,

reprimió un violento deseo de retroceder y se dirigió hacia una sombra gigantesca que se alzaba como la cima de un monte entre la móvil niebla.

La casa giraba en una poderosa curva dentro de la niebla, abrazando un espacio abierto donde unos cuantos árboles anémicos alzaban acusadores sus ramas desnudas hacia un cielo indiferente. Interminables hileras de ventanas se abrían en un mudo bostezo hacia un solitario estanque que había en el centro de aquel terreno desértico, y Lenning descubrió asombrado que en algunas ventanas parpadeaban una luz débil e insegura, aparentemente de vela. ¿Vivía gente allí? Se estremeció ante la idea. Mucho antes de que las autoridades locales se hubiesen visto forzadas a actuar en Hemfosa, el número de individuos afligidos de bronquitis, cáncer de pulmón y otras enfermedades reductoras de la capacidad de producción era ocho veces más alto que en las zonas menos desarrolladas. Ahora la atmósfera era totalmente indescriptible. La gente nunca aprende.

Se dirigió sombrío hacia la entrada que, según los viejos archivos, conduciría al apartamento de la señorita Anniki Norijn. La puerta estaba abierta de par en par y tardó quince minutos entre ataques de tos en subir los doce tramos de escalera, repugnantemente sucios, entre paredes decoradas con increíbles graffitis. Tras consultar su cuaderno de notas utilizando una linterna, abrió una puerta que no estaba cerrada, entró y se vio bruscamente arrastrado al interior de una habitación bañada por una cruda luz blanca LPG.

VIII

—En mis tiempos —dijo el hombre—, la gente solía llamar a la puerta antes de entrar en una casa ajena.

Era bajo y gordo y casi calvo del todo; y su ancha nariz destacaba aún más a causa de los grandes filtros de aire que tenía colocados. Hizo sentar a Lenning en una cama deshecha y le miró irritado.

—¿Bien?

—No sabía que viviese alguien aquí —dijo con torpeza Lenning.

—Hay gente viviendo en todos los apartamentos que hay aquí —clavó en él la mirada—. Debes de ser nuevo. ¿Dónde están tus filtros?

—¿Filtros?

—¿Vas a decirme que andas por aquí sin filtros? ¡Eso es vivir demasiado peligrosamente! —hurgó en sus bolsillos y dio a Lenning dos filtros de aire pasablemente limpios—. Póntelos. Enfermarás de cualquier modo tarde o temprano, pero eliminan los humos peores. Tienes que mantener la boca cerrada y respirar sólo por la nariz.

Lenning se colocó los filtros, tosió y miró con ojos lagrimeantes a su benefactor.

—Yo creía que habían evacuado esto.

—Lo evacuaron, sí. Hace cuatro años. Durante una semana.

Aquel individuo hablaba como en espasmos, cerrando la boca y respirando por la nariz después de cada frase.

—¿No has oído hablar nunca de la escasez de viviendas? —continuó—. Todos los apartamentos de esta zona están habitados. —Miró a Lenning—. Puedes echar un vistazo en el sótano, desde luego. En los apartamentos más próximos a la planta química. De vez en cuando hay vacantes.

—Pero yo creí que el gobierno…

—A la mierda el gobierno. Ellos no saben nada. Y aunque lo supieran,

tardarían por lo menos diez años en hacer algo.

—Pero su archivo personal debe decir sin duda...

—No conozco a todos los que viven aquí —le cortó el hombre—, pero de mí puedo decirte que no tengo ningún archivo personal, y que yo sepa casi nadie de por aquí figura en los archivos. —Se sentó en la cama pesadamente—. Cada vez que esos idiotas de los bancos de datos se equivocan de botón o rompen una de sus condenadas cintas, la gente desaparece de los archivos. Luego está el movimiento Septiembre Rojo. Uno simplemente no existe. —Miró con suspicacia a Lenning—. Tienes que saberlo igual que yo. ¿Por qué ibas a venir aquí si no hubieses desaparecido de los archivos? ¿Te persiguen?

—Busco a una joven.

—En ese caso te equivocas de piso. Segunda casa viniendo desde la estación, planta tercera. Pregunta por Kurt.

—Esa chica vivía en este apartamento hace cuatro años.

El otro se levantó rápidamente.

—¿Eres policía? Vienes a curiosear, ¿verdad? Yo no sé nada y te aconsejo que te largues de aquí. De prisa.

Hizo un gesto amenazador con su carnosa mano.

Lenning se lo explicó todo. El otro dijo «Oh». Se dirigió a un rincón y hurgó en un inmenso montón de basura. Volvió con un paquete de revistas.

—Esto estaba aquí cuando me mudé —explicó—. Fotografías de artistas de cine, esas cosas que coleccionan las chicas. Debía de ser muy aficionada al cine; había montones de revistas parecidas. Tiré la mayoría, pero éstas me parecieron divertidas y las conservé.

Lenning cogió el paquete y lo ojeó rápidamente. Eran fotos muy provocativas. Miró en la parte posterior. *Propiedad de InterFilm AB. Devuélvase después de usarlo.* En mitad del paquete encontró un recorte de periódico, un anuncio: *Se necesitan chicas para filmación. Presentarse en InterFilm AB, señor Arno Lohnann, productor ejecutivo. 8-14 de abril.* El recorte tenía fecha del 7 de abril de 2014. Lo dobló, se lo metió en el bolsillo y se incorporó.

—¿Nada más?

—Había muchas cosas. Pero lo tiré todo. No podía tener basura por todas partes.

Lenning contempló los montones de basura que había en la habitación.

—¿Puedo agradecerle de algún modo su ayuda, mencionando su nombre, por ejemplo?

—¿De qué iba a valerme? —replicó el otro—. ¡Yo no existo!

IX

Esta zona está guardada por el Equipo de Control AB, Control de Ventas AB, Pinkerton Svenska Vakt AB. Anniki pasó ante las dos cámaras de televisión, el guardia armado de seguridad y el detector de metales, entregó su rociador de pimienta a la mujer que había en la sala de guardias y salió después de sólo cinco minutos en la tienda. Era una mañana tranquila, y sólo había unas veinte personas. Las ofertas de los altavoces ocultos se mantenían al suave nivel reducido de las mañanas. Sólo un especialista podía haber determinado cuantos de los presentes eran en realidad consumidores. Cuatro o cinco de ellos sin duda eran agentes encubiertos de las empresas de guardias de seguridad. Otro cartel anunciaba que de noche la zona estaba guardada por la Agencia Internacional de

Detectives William J. Burns y por Se-Kure Controls Svenska AB. La zona era tan impenetrable como un fortín, para el ladrón de tiendas común. Aquellos sistemas de seguridad nunca podían impedir un asalto organizado; pero tampoco se molestaba nadie por eso. Mientras el propietario pagase lo debido al sindicato local, no tenía nada que temer. Por otra parte, el sindicato del crimen podía actuar en cualquier parte, para dar una lección a los demás, si deseaba hacerlo.

En julio de 1954, en Nuevo Méjico, se hizo estallar la primera bomba atómica. Cincuenta y tres años después, el primer modelo de fabricación privada en este campo se hizo estallar en un aeropuerto del Sur de Europa. Una familia de la mafia norteamericana con sentido de la realidad había fabricado una bomba atómica con un viejo cañón de quince centímetros de diámetro, dinamita, un detonador y diez kilos de plutonio. La dinamita y el detonador los colocaron a un extremo del cañón, con un kilo de plutonio como carga. Colocaron el resto del plutonio al otro extremo del cañón. Y lo metieron todo en un recipiente de acero, forrado por dentro con hoja de aluminio como protección contra las radiaciones peligrosas. Consiguieron introducirlo en el aeropuerto en un trailer. Cuando el magistrado jefe de la ciudad se negó a ceder al chantaje, activaron el detonador según lo habitual. La dinamita explotó y lanzó la carga más pequeña de plutonio por el cañón. Esta chocó con la carga mayor; se inició la cadena de reacciones y el aeropuerto quedó destruido en un holocausto nuclear tan devastador como el que había liquidado en otros tiempos a setenta y cinco mil personas en Nagasaki. A partir de entonces, nadie volvió a tomarse en broma a la mafia.

Los reactores pacíficos del mundo (reactores de alimentación, la mayoría de ellos) producían unas treinta y cinco toneladas de plutonio puro al año como subproducto; y se contabilizaban anualmente incontables pérdidas. Los robos de uranio se producían con aterradora regularidad, y tan pobres eran los sistemas de seguridad que podían desaparecer cada año cantidades suficientes de plutonio como para construir una o dos bombas atómicas sin que nadie se diese cuenta. La mayoría de los robos probablemente fuesen organizados por estados pequeños que necesitaban material de fisión para sus propios reactores, o para sus propias tentativas locales de preservar la paz; pero también se hacían ventas clandestinas de uranio y plutonio a compradores privados. Quien pudiera permitirse pagar por el material de fisión veinte o treinta veces su peso en oro, podía construirse una bomba atómica propia y utilizarla.

No había ni un solo grupo terrorista o de liberación que se respetase que no contase al menos con una bomba atómica a su disposición. Los *minutemen* y los Panteras Negras norteamericanos se habían hecho con una reserva de bombas atómicas, disfrazadas de coches, aviones deportivos y lanchas deportivas, lo bastante grande como para reducir a cenizas muchas partes de las áreas metropolitanas de Norteamérica. E igual sucedía con todos los movimientos políticos extremistas importantes de Europa, América del Sur, África y Asia. Se rumoreaba que la secta japonesa Soka Gakkai tenía bombas de hidrógeno. ¿Y por qué no? La secta contaba con ochenta millones de miembros esparcidos por todo el mundo.

Estados con población mucho más pequeña tenían bombas de hidrógeno y proyectiles intercontinentales. Hacía mucho que la carrera de armamentos había dejado de ser prerrogativa de los grandes estados soberanos. El siglo veintiuno brindaba también a los grupos económicos, religiosos y políticos el derecho a amenazar al mundo con la aniquilación. La empresa privada sólo había utilizado dos veces armas nucleares; una en aquel aeropuerto y otra durante la corta

sublevación de Washington, en que la capital quedó reducida a un cementerio radioactivo. La empresa privada utilizaba sus armas atómicas con la misma prudencia y moderación que los diversos estados; amenazaban y sobornaban en todas direcciones, pero procuraban no apretar el botón.

Así la Agencia Internacional de Detectives de Pinkerton, la Svenska Vakt AB o la Protección Comercial AB, aún podían ofrecer protección adecuada, incluyendo un pago mensual al jefe local del sindicato, a cualquiera que pudiese permitírselo. Las grandes empresas construían gigantescos refugios subterráneos donde guardaban todos sus archivos importantes. La Compañía Telefónica L.M. Erickson inauguró a principios de 2010, junto a Trosa, a distancia segura de Estocolmo, un refugio subterráneo de doscientos millones de dólares y quinientos acres de extensión, antibomba y antidisturbios, destinado a albergar a tres mil personas, hasta treinta días; tenía de todo, desde pista de tenis a servicio odontológico.

Aunque los empleados de la empresa decían públicamente que estos refugios se construían para proteger a la industria en caso de un ataque con bombas de hidrógeno, admitían en privado que la guerra nuclear era una preocupación secundaria. Contra lo que en realidad se preparaban era contra la insurrección popular.

—Según nuestro criterio —dijo Gunnar Larsson, ejecutivo de InterOil en unas declaraciones—, si construimos esto con vistas a la posibilidad de una guerra nuclear, habremos de tener en cuenta también la amenaza, menor en gravedad y más probable, de la revolución.

Una cámara de televisión subconducida orientó discretamente a Anniki mientras seleccionaba sus mercancías y pagaba. Recuperó su rociador de pimienta, pasó por el control del agente de Pinkerton a la salida y volvió a la calle con las piezas del safari matutino: el periódico de la mañana y un semanario.

X

Arno Lohmann era un tipo alto, huesudo, de escaso pelo, temperamento colérico, rojizos ojos acuosos y el aire de quien ha visto mucho más de lo deseado. Fumaba incesantemente y acompañaba sus palabras de grandes gestos, soplando humo de cigarrillo en una espesa nube que envolvía sus angulosos rasgos.

—Pasan por aquí miles de mujeres todos los días —dijo—. ¿Cómo demonios voy a acordarme de todas? Aunque, de todos modos, poca cosa hacemos en Suecia; sólo avances publicitarios y mierda así. Todas las auténticas producciones las hacen en Wandsbek.

Su voz destilaba amargura y sueños artísticos aplastados. Era un gran artista, un genio en su campo, un domador sin animales; un productor que nunca había llegado a producir nada que tuviese importancia, que sólo había hecho peliculillas pornográficas baratas. Podía haber sido el mejor director de Europa Occidental, admirado y adorado por millones de fieles y suspirantes seguidores, un Calígula moderno con un ejército de subordinados a su mando; pero, ¿en qué se había convertido? En un mísero productor de mierda, de una mierda de compañía de una mierda de país donde nadie apreciaba en justa medida sus dotes. En una ocasión, había visto el Estudio Hamburg de Wandsbek, el centro de producción cinematográfica y televisiva de Europa; de allí salía un río interminable de películas y telefilmes producidos en doscientos sesenta estudios.

Arno Lohmann había leído sobre la asombrosa nueva versión de *Quo Vadis* que habían hecho en Wandsbek, con leones auténticos y cuatrocientos convictos de ambos sexos en la arena; doscientos mil sádicos chillaban con bien dirigido entusiasmo mientras las fieras salvajes despedazaban a los convictos. Se había recreado así todo el sangriento esplendor de la Roma Imperial hasta en sus menores detalles, desde muy lejos de la ciudad de las siete colinas; sólo para destruirlo de nuevo al día siguiente. Se habían combatido batallas con auténticas espadas, auténtica sangre y auténticos cadáveres. ¿Y qué hacía Arno? ¡Anuncios de jabón! Cuando podría haber dirigido la *Batalla de Hanoi* (¡bestialidades jamás soñadas!) a *Los Angeles Destructores de Lidice* (infierno en la Tierra... ¡todo exacto, hasta el más mínimo detalle!). ¡Y ahora aquel miserable ejecutivo de mierda venía a preguntarle por una chica!

Cruzaron un estudio donde un desquiciado director se mesaba histéricamente los cabellos, contemplando a una pechugona actriz que carecía por completo de dotes de interpretación. Los técnicos del estudio estaban sentados con sus gorras viseras y los codos apoyados en las cámaras, comentando el espectáculo con incisiva sabiduría. Lenning hurgó en su cartera y le mostró una foto.

—Oh —dijo Lohmann.

—¿La reconoce?

—No dije que la reconociera. Dije «Oh». Por aquí pasan miles de chicas todos los días. Si usted supiera la cantidad de chicas estúpidas con quien tengo que tratar... —guardó silencio, sumido en lujuriosos pensamientos.

Siguieron hasta el estudio contiguo, donde un Jesucristo de larga cabellera era crucificado con el acompañamiento de una orquesta pop. Un grupo de muchachas de tiernos ojos que rodeaban la cruz concluyeron su papel remedando un jubiloso coro enlatado y se dispersaron, hablando animadamente de champús y quitamanchas. Un director, que se sentaba en una grúa sobre el plató, descendió insultando a voces a todos los presentes. Lohmann se sentó de espalda a la cruz, con un gesto de repugnancia hacia los parlanchines actores.

—Mierda —dijo, sin dirigirse a nadie en concreto—. Si esto hubiese sido Wandsbek...

Se interrumpió, escupió contra una piedra de cartón y miró desaprobadoramente al firmemente crucificado Cristo. El Cristo jadeaba mirándole, sólo consciente a medias después de las inyecciones anestésicas que le habían administrado antes de crucificarlo. Aún movía los labios siguiendo el canto de la crucifixión que acababa de terminar.

—Espera a que los anestésicos dejen de hacer efecto y verás —dijo Lohmann, malévolo—. O se pondrá a chillar como un diablo o se desmayará. Hoy en día la gente no tiene agallas. Le dije al idiota del director que le bajase entre toma y toma, pero no me hizo caso, claro.

—Sobre la chica... —dijo nervioso Lenning.

—A mí no me importan las chicas —contestó Lohmann—. He visto miles de ellas.

Contempló otra vez la foto, suspirando.

—Apareció por aquí hace tres o cuatro años, íbamos a hacer otra de esas mierdas pornográficas y pedimos chicas, así que se presentó aquí media ciudad.

Lohmann alzó los ojos hacia Jesucristo, que le devolvió la mirada con ojos de pez.

—Aquí tenemos —continuó— un manuscrito modelo. Es sobre una chica a la que de pequeña viola un viejo verde y de la impresión se queda muda. Luego se enamora de un chico que le saca un ojo, y el resto de la película explica cómo la

muchacha los caza a ambos y les corta en pedazos. Maravilloso, un entretenimiento ideal para la familia con un par de hermosas desviaciones. Como la chica es muda, no tienes que preocuparte de si tiene o no talento como actriz. Como dije, una pura mierda, la mar de fácil. Hacemos una de estas cosas por lo menos tres o cuatro veces al año.

Sobre sus cabezas se oyó un débil gemido. Lenning alzó la vista. El cantante crucificado colgaba con los ojos cerrados moviendo espasmódicamente la boca.

—Apareció aquí, con otras dos mil chifladas —siguió Lohmann—. Le hicimos realmente una prueba. No era mala. Y además era bonita. Así que el departamento de relaciones públicas empezó a trabajar con ella, ya sabe, lo habitual. Le elaboró un pasado, publicó fotos suyas en las revistas de cine, en fin, lo habitual. Recuerdo que prepararon una cosa para ella. Siempre llevaba gafas oscuras. En fin, de cualquier modo a nadie le interesaban sus ojos. Lo preparamos todo muy bien. Debería haber visto usted la historia de su vida; era para hacer llorar a cualquiera. Aquí hacemos sólo mierdas de películas, pero tenemos unos relaciones públicas excelentes. Créame. Luego ella desapareció.

—¿Desapareció?

—Desertó. Se fue; el mismo día en que todo debía ponerse en marcha, nos abandonó. Dios sabe dónde puede estar ahora. —Lohmann escupió—. No la hemos vuelto a ver.

—¿No saben dónde está?

—Nos costó por lo menos cincuenta de los grandes esa idiota. No, no sé dónde está; ni quiero saberlo. Espero que se haya roto la crisma en algún sitio. —Alzó los ojos hacia el cantante crucificado que jadeaba huecamente—. ¡Cállate ya! ¿No ves que estamos hablando?

—¿Qué clase de película era? —preguntó Lenning.

—¿Cómo demonios voy a recordarlo? Alguna mierda con mucho sexo y mucha violencia, supongo. Aquí sólo hacemos mierdas. En aquella época hacíamos muchas películas de coches. *Diablos sobre ruedas, Terror en las calles* y basura así. Ahora estamos haciendo mucha basura religiosa, día y noche. Esta es la tercera crucifixión de esta semana. ¡Te he dicho que te calles! —agitó un puño hacia el joven, que ahora chillaba con voz aguda.

—¿Está realmente clavado a la cruz? —preguntó Lenning.

—¿Acaso cree que le hemos pegado con cola? —gruñó Lohmann—. Claro que está clavado. Tenía por costumbre clavarse en las plazas de los mercados; al menos eso dijo cuando solicitó el trabajo. ¡Y ahora ni siquiera es capaz de hacerlo en un estudio! Al menos podía tener respeto por la religión. No es que yo sea religioso —dijo Lohmann—, pero por lo menos tengo cierto respeto.

Dejaron el estudio. Tras ellos, los gritos se convertían en huecos y horribles gemidos.

Entraron en un estudio adyacente, donde un grupo de vagabundos sin afeitar, con aspecto de criminales, representaban una violenta pelea a puñaladas en un mísero bar construido con telones móviles. Arno Lohmann se colocó tras la barra, subiéndose a un taburete. Lenning se sentó a su lado, observando la lucha con suspicacia. Un vagabundo de anchos hombros y enloquecidos ojos estrangulaba, con visible entusiasmo, a un adversario más pequeño que se defendía con manos, uñas, pies y espolones. El estruendo era ensordecedor.

—Esta mierda de negocio está yéndose al carajo —se lamentó Lohmann esquivando un proyectil que fue a dar en el espejo de la pared que había tras ellos, convirtiéndolo en diez millones de añicos—. Ya ve —dijo, indicando el

espejo—. ¡Eso costará por lo menos uno de los grandes, y es sólo un ensayo! Si esto hubiese sido Wandsbek...

Sin terminar la frase, quedó sumido en lúgubres cavilaciones.

—Respecto a esa joven... —empezó Lenning.

—Recuerdo que el departamento de relaciones públicas escribió una cosa muy linda para ella —dijo Lohmann—. Se la tiraban en el asiento trasero de un coche, un polvo completo, todo en primeros planos. Poco antes de que se pasase la película al público nos proponíamos explicar a las revistas de cine que había tenido que hacerlo tantas veces que había quedado embarazada. Utilizamos ese truco de vez en cuando. Siempre funciona. La gente se vuelve loca por ir a ver cómo lo hacen.

—¿Y se fue ella por eso? —preguntó Lenning.

—¿Y qué sé yo? En este negocio, para conseguir algo, para llegar a algún sitio, hay que trabajar. Ella lo hizo, pero luego desapareció.

Lohmann miraba irritado a los luchadores que rodaban entre el serrín, intentando sacarse los ojos, entusiásticamente vitoreados y azuzados por fotógrafos y técnicos.

—¿No sabe usted qué ha sido de ella?

—A mí las chicas no me interesan —dijo Lohmann—. Un tipo la llamó un par de veces aquí al estudio, un vejestorio, de mi edad. Debía de estar cansado de su vieja arpía y buscaba alguna jovencita, supongo. Estuvo aquí una vez. Se llamaba Jonson. El quizás pueda decirle algo.

Lenning anotó en su cuaderno.

—¿Y nada más?

—¿Cómo cree usted que voy a seguirle la pista a toda chica que aparece por aquí? —masculló Lohmann—. A la mierda todas ellas. —Vio algo y se levantó—. ¡Maldita sea, Lennard; no mates ahora a ese cabrón! ¡Por amor de Dios, no hay ni una sola cámara enfocando! ¿Acaso te crees que tenemos un millón de cámaras en esta mierda de empresa? ¡Déjalo, vamos! ¡Déjalo!

Saltó sobre la barra y, gritando histéricamente se enzarzó en la lucha. Lenning pasó pensativo pisando a un inconsciente actor y se marchó, tras una breve gira por el estudio donde se rodaba *La Maldición del Saqueador de Tumbas* (¡Humor! ¡Venganza de los espectros! ¡Con el nuevo éxito musical *Boogie fúnebre!).*

Aquel mundo exterior al que volvía, en realidad difería muy poco del espectáculo del InterFilm.

XI

Anniki caminaba calle abajo, el bolso balanceándose al hombro. Ante ella, la sobrecogedora masa de la Segunda Iglesia Verdadera se elevaba sobre las casas grises, acuclilladas como suplicantes fieles a sus pies. Cruzó las puertas, y los altos tacones de su traje oficial repiquetearon en el brillante suelo de mármol. Dejó el abrigo en el guardarropa de empleados, se puso su uniforme de anfitriona con su emblema de la Segunda Iglesia Verdadera y se dispuso a cumplir su tarea con una radiante sonrisa en los labios. Había empezado el servicio y ásperas voces se alzaban hacia el distante techo cupular; los sacos de las colectas eran utilizados ya profusamente por los fieles. Las máquinas tragaperras, situadas a lo largo de las paredes, eran utilizadas por fieles entusiastas que gritaban encantados y sorprendidos cuando aparecía ante ellos un extraño cortejo (tres arcángeles batiendo palmas) que les regaba de obsequios. Anniki recorría el lugar

con su bandeja; se pintaba en su rostro una sonrisa vacía y distante.

Memorial interno del Director de Comercialización, Segunda Iglesia Verdadera de Suecia.

La religión, tal como la conocemos, nació hace más de dos mil años y gozó desde entonces de creciente apoyo popular, hasta la década de 1960. Ha sido algo enormemente atractivo. Otorga al individuo, no sólo al religioso, la posibilidad de refugiarse en atractivos acontecimientos fuera de lo ordinario; una especie de escapismo, si quieren. Un servicio religioso puede ser un gran espectáculo. No me refiero sólo al servicio como tal, sino a todo lo que sucede a su alrededor; la atmósfera que se crea entre los fieles, la conducta de la congregación, las personas importantes claramente identificables.

Pero durante los últimos años, los economistas de la religión se han encontrado con graves problemas. La razón evidente es que las antiguas grandes multitudes son ahora claramente más escasas; y esto significa menores beneficios. No se trata de una depresión accidental. Se da una decadencia general en la religión sueca desde hace por lo menos diez años.

La demanda de la religión como producto ha disminuido, y esto quizá se deba al hecho de que la religión no se ha renovado; no ha sabido satisfacer las nuevas demandas que hace el consumidor cuando compra productos de tiempo de ocio. La competencia comercial (es decir, la competencia de otras actividades), desde la televisión, los lugares de esparcimiento, las residencias de verano, las embarcaciones, etcétera, son algunos de los factores que hay que tener en cuenta en la comercialización y la planificación.

No pueden compararse los objetivos de la religión con los clásicos objetivos de una empresa; es decir, máximo beneficio durante determinado período de tiempo. Es mucho más utilizable, por el contrario, el llamado modelo de satisfacción; uno completa ciertos requisitos mínimos respecto a coste, producción, aumento de la demanda, desarrollo de un producto y estabilidad.

Es de vital importancia que el producto se planifique en el sentido de hacerlo lo más comercializable que se pueda, y que no se inviertan los fondos en una iglesia basada en puntos de vista tradicionales. Por el contrario debemos examinar de un modo científico las actitudes y preferencias del consumidor. Entre los temas esenciales han de figurar los siguientes:

1. - La planificación de los servicios; normas alternativas.
2. - Servicios secundarios: anfitrionas, un enfoque más popular, etcétera.
3. - Los puntos de vista del consumidor respecto a más actividades relacionadas con los servicios.
4. - Los puntos de vista del consumidor sobre una comercialización más agresiva.
5. - La sensibilidad del consumidor a los costes.

Naturalmente los costes de la iglesia individual se elevarán con objetivos y directrices más estrictos, según las normas económicas tradicionales del mundo de los negocios. Los salarios de los sacerdotes, ejecutivos y demás empleados se elevarán considerablemente. Al mismo tiempo, la Oficina Fiscal Interna podría reconsiderar sus normas e imponer impuestos a la iglesia, si ésta deja el plano idealista y se plantea la obtención de beneficios. Los beneficios deben crecer con el aumento de las inversiones y la elevación de los costes. A medida que los objetivos sean una producción creciente con un pago completo de los costes, y ningún beneficio máximo a corto plazo, a la larga esta evolución ha de ser

favorable.

A largo plazo, el negocio debe autofinanciarse; pero en una etapa inicial ha de ser factible la cooperación a largo plazo con el gobierno y las autoridades municipales. Además, los grupos externos interesados deberían tener la posibilidad de invertir en el negocio. Quizás se viesen impulsados a hacerlo por ciertos aspectos marginales de la religión que pudieran resultarles provechosos. Cuando se producen grandes acontecimientos religiosos crece la venta de periódicos y revistas; al aumentar la piedad los titulares de licencias ganan dinero; también tienen un interés natural en el caso la radio y la televisión. Y así sucesivamente.

Pese a la situación actual, estoy seguro de que la religión sueca cuenta con grandes posibilidades comerciales; podemos recuperar parte del mercado que perdimos. Podemos también aprovechar el creciente consumo de tiempo de ocio que hay en los hogares suecos, gracias a los mayores ingresos de las clases medias, la disminución de las horas de trabajo y la creciente necesidad de huir de lo real; éste es un resultado de las crecientes demandas de eficiencia en el comercio y en la industria y la consiguiente tensión a que se somete a los trabajadores. Lo que necesitamos es una autocrítica a todos los niveles, desde los ejecutivos más altos a los trabajadores más humildes. Los economistas y los ejecutivos de mercado tendrían que aportar también sus criterios a todos los niveles. Es hora de que la iglesia baje el puente levadizo y cruce el foso. La cartera sigue a su amo hasta la tumba, pero no más allá.

El canto del coro se elevaba hacia el techo, majestuoso, sobrecogedor, ahogando las débiles voces de la congregación. Doscientas mujeres estaban allí de pie, con vestiduras cegadoramente blancas, las manos unidas, bajo la cruz que resplandecía suavemente. Sus voces llegaban al techo, se hundían lentamente y se convertían en un murmullo suave y tranquilizador. Arriba, en alguna parte, una batería de focos entró en acción, maniobrada por la computadora del sótano. Cayó la oscuridad sobre el coro. Una suave luz dorada brilló sobre la plataforma que había frente a ellas. El hombre que había allí alzó las manos; su cálida y vibrante voz brotó de centenares de ocultos altavoces.

Anniki caminó repiqueteante por el vestíbulo. Le dolían los pies a causa de los zapatos; le dolía el cuerpo apretado por la ropa ceñida. Se sentó en el vestuario de empleados, apoyando los pies en la mesa, y escuchó perezosamente la charla. Los «conejitos» hablaban de chicos, de dinero, de preservativos, de comida (dónde conseguirla y cómo) y apartamentos (de su precio), de maquillajes, del nuevo predicador (antiguo campeón de fútbol con un hambre insaciable de «conejitos»). Circuló una botella, acompañada de jadeos satisfechos; siguió luego el olor del humo de porros de amargo sabor. Arriba, la sobrecogedora voz continuaba atronando. Anniki fumó, bebió y dijo algunas cosas. Examinó sus medias de malla. Demonios, otra carrera. La paga de otro día perdida. Demonios. ¡Demonios!

XII

ARCHIVO CONFIDENCIAL DE PERSONAL.
EXTRACTO DEL BANCO NACIONAL PRIVADO ESCANDINAVO DE SUECIA. 12 DE JUNIO DE 2018.

NOMBRE: JONSON, JOHAN ERIK DECKER.

NUMERO DE REGISTRO NACIONAL: 7012183377.
PROFESIÓN/OFICIO: ASESOR DE VENTAS.
DIRECCIÓN: NORDBERGSGATAN 26,147 12 ESTOCOLMO (InNo).

MARCO SOCIAL
2014 2015 2016 2017 2018
CONTRIBUCIÓN FISCAL
52.30049.60040.10032.30027.100

COSTES SOCIALES
8.150 6.200 21.95023.40025.600
CONTRIBUCIÓN AL PAGO
44.15043.40018.150 8.900 1.500

LA PROGNOSIS MUESTRA QUE PROBABLEMENTE JONSON SEA UN OBJETO PERDIDO EN 2019. JONSON FUE ADVERTIDO EN 2016 POR PRIMERA VEZ POR COSTES EXCESIVAMENTE ALTOS.

SITUACIÓN FINANCIERA

CUENTAS BANCARIAS	3.335,40	Coronas
TÍTULOS, ACCIONES	5.660,00	“
APARTAMENTO COOPERATIVO	35.004,67	“
VALORES EN METÁLICO (EST)	45,00	“
DEUDAS HIPOTECARIAS	29.440,40	“
DEUDAS DE TARJETA DE CRÉDITO	8.300,10	“
DEUDAS AL SISTEMA INTERALIMENTARIO	122,05	”
DEUDAS ALQUILER-COMPRA INTERAUTO	900,50	“
FACTURAS DE TELÉFONO Y TELEVISIÓN	1.110,30	“
SUMA TOTAL	39.873,35	“
VALOR DEL INGRESO NACIONAL (DEUDAS EXCLUIDAS)	4.171,72	”

DATOS PERSONALES
CERTIFICADO DE ESTUDIOS SECUNDARIOS NÚMERO 900525. NOTAS MEDIAS 3,4. SERVICIO MILITAR 1991. CALIFICACIÓN 6-7-6. DESCRIPCIÓN DE LA PERSONALIDAD 3 22 O O 4 12 9. EL ANÁLISIS DE LOS VALORES ANTERIORES MUESTRA UNA TENDENCIA DESCENDENTE DEL ÍNDICE MORAL CON FIRMES EFECTOS SOCIOECONÓMICOS. EL ÍNDICE MORAL MEDIO DE SUS AMIGOS Y CONOCIDOS ES INFERIOR A LA MEDIA DEL GRUPO DE POBLACIÓN.

CONCLUSIÓN: EL EQUIPO DE VALORACIÓN LOCAL DEBE REEXAMINAR LAS CIFRAS DE IMPUESTOS CORRESPONDIENTES.

EL DEPARTAMENTO DE ANTECEDENTES PENALES MUESTRA 8 INFRACCIONES QUE LLEVARON A PROCESAMIENTO. QUIERE USTED DETALLES. SI.

FECHA	**NATURALEZA DEL DELITO**	**PENA**
841106	ANDAR EN BICICLETA CON UN PASAJERO	ADVERTENCIA
850215	VISTO EN UNA MANIFESTACIÓN DE PROTESTA	ADVERTENCIA
851015	CONDUCIR SIN CARNET	MULTA DE 25 CORONAS
860310	OLVIDÓ RELLENAR LOS FORMULARIOS DE IMPUESTOS	MULTA DE 300 CORONAS
860422	VISTO EN MANIFESTACIÓN ILEGAL	ADVERTENCIA
860520	ANDAR EN BICICLETA SIN LUCES	MULTA DE 25 CORONAS
860810	CONDUCIR BAJO LA INFLUENCIA DE LA BEBIDA	MULTA DE 800 CORONAS

CONCLUSIÓN: LOS ANTECEDENTES PENALES DE JONSON MUESTRAN CIERTA MEJORA DURANTE LOS AÑOS 1986-2018. SIN EMBARGO, DADAS LAS TENDENCIAS ASOCIALES PREVIAS, ESTO NO PUEDE CONSIDERARSE IMPORTANTE.

CIRCUNSTANCIAS FAMILIARES

CASADO 900810 CON KARIN EMILIA 720620-3122. CIRCUNSTANCIAS FAMILIARES Y ESPACIO DE VIVIENDA DE ACUERDO CON LAS NORMAS 24-1169. MATRIMONIO SIN HIJOS DESPUÉS DE DOS ABORTOS.

ANÁLISIS DE CONDUCTA

COTEJANDO EL MODELO DE CONDUCTA DE JONSON CON LOS ARCHIVOS CENTRALES DE REGISTRO, HAY UNA SOSPECHOSA COINCIDENCIA CON EL EXPEDIENTE 000101-0029 NORIJN, ANNIKI MAGDALENA INGRID, SOLTERA, KUNGSGATAN 28,111 35 ESTOCOLMO. LA COMPROBACIÓN DE LAS CUENTAS DE GIRO POSTAL MUESTRA QUE LA RENTA DE LA SEÑORITA NORIJN HA SIDO ENVIADA DE LA CUENTA DEL SEÑOR JONSON. LAS SALIDAS DE LA CUENTA BANCARIA DEL SEÑOR JONSON SE CORRESPONDEN CON LOS DEPÓSITOS DE LA SEÑORITA NORIJN DESDE 141103, CON UN GRADO DE PROBABILIDAD DEL 93 POR CIENTO. QUIERE USTED DETALLES.

SÍ.

DURANTE LAS COMPROBACIONES DE LAS ACTIVIDADES DE JONSON EN EL ÚLTIMO MES SE HAN HALLADO LAS SIGUIENTES ANOMALÍAS.

FECHA	**HECHOS**	**COMENTARIO**
180618	EL SEÑOR Y LA SEÑORA JONSON PASAN LA NOCHE EN UNA HABITACIÓN DOBLE DEL HOTEL RITZ.	LA SEÑORA JONSON HABÍA SIDO ENVIADA EL DÍA ANTERIOR AL HOSPITAL REGIONAL PARA UNA OPERACIÓN DE VESÍCULA.
180624	EL SEÑOR JONSON COMPRA UN ABRIGO DE PIEL TALLA 38 EN INTERPIEL AB.	LA SEÑORA JONSON GASTA LA TALLA 43 .
180625	EL SEÑOR JONSON ENTREGA UN CHEQUE PERSONAL DE 800 CORONAS AL SEÑOR GOTFRIDA PERSSON.	EL EXPEDIENTE PERSONAL DEL SEÑOR DE PERSSON INDICA QUE ESTE TIENE DEBILIDAD POR EL JUEGO.
180703	EL SEÑOR JONSON COMPRA QUINCE ROSAS ROJAS EN INTERFLOR AB, A LAS 17,06.	HAY UN 87% DE PROBABILIDADES DE QUE EL SEÑOR JONSON SALIESE DE SU TRABAJO ANTES DE LAS 17,00 .
180707	EL SEÑOR JONSON QUEDO ATRAPADO EN UNA TRAMPA CONTRA VELOCIDAD A LA SALIDA DE DROTTNINGHOLE. EL ÚNICO PASAJERO, SEGÚN EL INFORME DE LA POLICÍA, ERA UNA JOVEN.	EL SEÑOR JONSON NOTIFICÓ ESTAR ENFERMO ESTE DÍA.

MAS DETALLES.

NO.

CORTO. 9575869007-46357. FIN.

Erik Lenning se echó hacia atrás, dejando sobre la mesa el papel de la computadora. Allí estaba limpiamente escrito, todo, hasta la dirección de la chica. Elemental, querido Watson. Miró por la ventana de su cubículo del Edificio MultiCo. El marcador de su terminal de la computadora resplandecía suavemente bajo la gris claridad de la mañana. Acababa de terminar la investigación; le había bastado con un nombre que guardase alguna relación con Anniki Norijn, luego formular la pregunta correcta y esperar todas las respuestas correctas. Muy fácil, en realidad. Suspiró, sintiendo una vaga desilusión.

En realidad, la computadorización había empezado hacia 1820 cuando Charles Babbage, un maravilloso matemático inglés, ingeniero, y una especie de genio que ideó el guardarrieles y el velocímetro, construyó un Motor Analítico que podía realizar todas las funciones aritméticas simples sin ninguna guía humana, salvo la de introducir en él los datos y accionar la palanca. Como la mayoría de las computadoras modernas, estaba diseñada de forma que disponía de cuatro piezas interrelacionadas: un banco de memoria, un sector de computación, un

sector de control y lo que podríamos llamar un sistema de entrada y salida. Estaba programado con tarjetas perforadas, método ideado por el tejedor francés Bouchon para controlar los telares de alfombras.

La máquina de Babbage se adelantaba notablemente a su época; lo que en realidad necesitaba para hacer que su máquina fuese eficiente era el tubo de vacío, que no se inventó hasta 1906, y el circuito de cambio brusco, que no se inventó hasta 1919. Aun así, la primera computadora, la ENIAC I, no apareció hasta 1946, y la primera computadora comercial UNIVAC no salió hasta 1954. Tras esto, las computadoras se propagaron como el cólera. En 1970, el total mundial superaba las cien mil (dos tercios de ellas estaban en los Estados Unidos); en 2018, el total se aproximaba a las cuatrocientas mil, de las cuales había menos de un tercio en los Estados Unidos. Los principios aún seguían siendo los mismos que los del motor analítico original o UNIVAC: los dos números uno y cero en secuencias controladas; pero las nuevas máquinas gigantes lograban velocidades de cerca de diez mil millones de pulsaciones por segundo, un millón de veces más rápidas que la UNIVAC. La miniaturización había permitido a las máquinas almacenar cantidades increíbles de información en pequeños discos magnéticos o cintas. Una técnica de almacenaje-láser desarrollada en principio por Honeywell, Inc. permitía grabar en una cinta magnética de mil trescientos metros el equivalente a doce páginas de información completa sobre cada uno y todos los habitantes de Europa, incluyendo la Unión Soviética.

Esto era importantísimo, sobre todo para las empresas de crédito. No tenían más que insertar un nombre para obtener información completa sobre cualquier persona. Esto incluía antecedentes penales, ingresos anuales e ideología política. La oficina de datos de crédito sueca de la AB tenía, en 2018, expedientes completos de todo escandinavo que hubiese solicitado en alguna ocasión crédito. La Oficina de Venta a Plazos AB de Estocolmo, que se dedicaba primordialmente a suministrar informes confidenciales a patronos y compañías de seguros, tenía un archivo de once millones de expedientes sobre ciudadanos suecos. La Oficina Larson, que se centraba sin excepción en los informes negativos, poseía dos millones de expedientes.

Grandes negocios, gran información. Pero el Centro Nacional de Datos sueco tenía un grueso expediente de cada hombre, mujer y niño que viviese en Suecia desde 1935. Es decir, con la excepción de los que habían desaparecido al estropearse cintas y por las acciones del movimiento Septiembre Rojo. Todos estos expedientes se vendían. En 1971, la compañía norteamericana Servicio de Datos ITT, compró toda la información disponible sobre los seres humanos que vivían en Suecia por la mísera suma de sesenta mil coronas. En 2018, el gobierno había empezado a comprender el verdadero valor de los expedientes. Estos expedientes eran completos y estaban al día, pues la información llegaba de todos los departamentos del gobierno, incluidos policía y ejército, de las compañías de seguros, etcétera. También la oficina del censo enviaba cuestionarios que abordaban todos los aspectos de las vidas privadas de los ciudadanos y lo hacía anualmente; estos cuestionarios había que rellenarlos y remitirlos de nuevo a la oficina, so pena de graves castigos. Todas las grandes empresas privadas de Suecia, incluida Multi-Co, por supuesto, tenían libre acceso a los archivos de la Oficina Nacional de Datos sueca en régimen de arrendamiento.

Varios departamentos del gobierno llevaban también archivos sobre posibles alteradores de la paz declarados; según la ley sueca, la Sapo, la policía de seguridad sueca, no podía llevar archivos sobre las opiniones políticas de los

ciudadanos, pero cualquier otra agencia privada o gubernamental podía hacerlo. Muchas lo hacían. La Oficina de Coordinación, agencia de seguridad del gobierno, financiada por quince grandes corporaciones privadas, llevaba en sus oficinas de Storkyrkobrinken 11 de la Ciudad Vieja de Estocolmo, expedientes de más de dos millones de personas que, en un momento u otro, se habían opuesto activamente a la política del gobierno. Un organismo de Estocolmo, llamado el Consejo de Seguridad Sueco, llevaba un archivo de tres millones de nombres, incluyendo «pacifistas, desertores, y seudointelectuales»; de acuerdo con su lema, era la «colección privada mayor sobre actividades revolucionarias de Escandinavia». Quizás lo fuese, quizás no: la Liga Eclesiástica de Escandinavia, con sede en Jonköping, decía tener un millón más de nombres en archivo que el CSS, en el que se incluía a todo el que en alguna ocasión hubiese «escrito un artículo atacando y ridiculizando alguna doctrina básica de la fe cristiana, o el modo de vida sueco».

Charles Babbage debería haber visto aquello.

Erik Lenning se frotó la dolorida cabeza. Pasaba el menor tiempo posible en su cubículo del Edificio MultiCo; prefería estar en la planta más baja o, mejor aún, fuera del edificio. Curiosamente, siempre tenía jaqueca cuando estaba allí dentro; más intensa cuanto más alto era el piso del edificio en que se encontraba. Cabeceó, accionando el tablero indicador. Pulsó varias veces el mando equivocado, maldiciendo entre dientes.

No era el único que tenía dolor de cabeza. En aquel edificio, todos, de la planta doce en adelante, habían sufrido jaqueca al menos una vez. En algunos departamentos había individuos acosados constantemente por violentas jaquecas y depresiones, que tenían que trasladarse a otra parte. Nadie sabía el porqué; nadie, salvo la empresa constructora, y ésta procuraba guardar el secreto. No podían hacer nada para remediar la situación, y no querían perjudicar su reputación admitiendo errores que, de cualquier modo, no tenían remedio. Sabían que todo edificio de más de treinta pisos de altura planteaba el mismo problema; el problema de los infrasonidos.

Los infrasonidos son ondas sónicas de frecuencia tan baja (normalmente de 6 a 19 ciclos por segundo) que quedan por debajo del umbral de audición humano. Son diversas las causas que los producen: tormentas, tornados, destellos solares, terremotos, vientos fuertes, lanzamientos de cohetes y deficiencias de las máquinas. Una vez originados, recorren largas distancias, dando a veces la vuelta al mundo (las ballenas utilizan infrasonidos para comunicarse de un lado a otro del mundo. Es un sistema de comunicación que funciona maravillosamente). El infrasonido provoca serias jaquecas y depresiones; en consecuencia, se utilizaban para el control de disturbios en todas las grandes ciudades. Los infrasonidos se originaban también en los edificios de gran altura balanceados imperceptiblemente por el viento. Cuanto más alto era el edificio, más intensos eran los infrasonidos.

Erik Lenning tenía problemas de jaqueca y depresiones periódicas; su cubículo estaba situado en la planta doce del edificio MultiCo. El director general de la MultiCo sueca AB tenía sus oficinas en la decimo-octava planta, donde los infrasonidos no eran tan intensos; la frecuencia a partir de allí era demasiado elevada para que perjudicase realmente. Pero en la sección de computadoras, donde se realizaban todas las operaciones de ficheo, en las plantas veintiuno a veintiséis, los infrasonidos alcanzaban su nivel más peligroso. Como la mayoría de los operadores eran mujeres jóvenes, nadie se preocupaba de sus frecuentes

jaquecas y depresiones. Todos sabían de las quejas de estas mujeres.

Y ellas seguían trabajando con sus tarjetas perforadas, acosadas por constantes jaquecas y depresiones; realizando su trabajo, claro está, con un margen de error en constante aumento. Perforaban sus tarjetas y las introducían en las computadoras, donde las informaciones afectaban a millones y millones de decisiones en todo el país.

Una vez dentro de las computadoras, nadie podía localizar la fuente exacta del problema. Nadie.

XIII

Anniki recibió, como siempre, el regalo de Eulenspiegel de manos de un mensajero. Un par de individuos taciturnos llamaron a su puerta y entraron, vacilando y gruñendo bajo el peso de un aparato audiovisual estéreo de seis canales alta fidelidad Scenji con todos los extras posibles, incluyendo una unidad grabadora video de cuatro canales introducida en un *liseuse* Luis XVI de imitación, con inserciones de plástico PVC imitando porcelana de Sevrés. Esto era perfectamente adecuado, pues el resto del equipo iba envasado en un *bureau á cylindre* Luis XVI y una *poudreuse* de marquetería Luis XVI en plástico Styratron y barnizada hasta hacer brillar la falsa caoba. Las tres piezas resultaban horribles en aquella habitación, lo cual no dejaba de ser razonable, pues Anniki carecía por completo de gusto.

Los tres escritorios eran copias exquisita y costosamente labradas de los auténticos muebles antiguos de Versailles, asequibles sólo a los más ricos y a los especialistas más selectos. Eulenspiegel todo lo hacía con estilo, aun cuando careciese de gusto o de comprensión. Además, el equipamiento interno era tan hermoso como el exterior; auténticos aparatos japoneses, no las imitaciones baratas norteamericanas que se veía obligada a usar la gente común. Anniki corrió alegremente el fuelle del *bureau á cylindre,* dejando al descubierto resplandecientes botones, mandos y bobinas de cintas. La *poudreuse* ocultaba un tocadiscos Scenji de seis canales con un fonocaptor Houng; el último modelo estaba equipado con un dispositivo giro-estabilizado y un motor DC Jojuku con control de velocidad integrado.

Si Anniki hubiese revisado las explicaciones técnicas, cosa que no había hecho, se habría enterado de que la platina del magnetófono estaba equipada con un preamplificador Sentec con sensibilidad sintonizador/cinta de cuarenta mV y una separación de canal superior a 90 dBA (respecto a una señal de entrada de 120 mV).

Además, el amplificador de potencia de segunda etapa que estaba colocado en el *bureau á cylindre* suministraba 80 W por canal a seis altavoces alta fidelidad Scenji con una amplitud de frecuencia de 18-26.000 Hz. El manual mencionaba también que una amplitud de frecuencia de 50-12.500 Hz se consideraba nivel de alta fidelidad entre fabricantes menos exigentes. Otro detalle importante para el goce musical, indicaba el manual, era la silla de audición especialmente diseñada incluida en el equipo: una *voyelle* Luis XVI de imitación con respaldo en forma de lira, también conocida como «silla de pelea de gallos»; una silla en la que uno puede sentarse al revés apoyando el brazo en el respaldo tapizado. En principio, se utilizaba para presenciar juegos de cartas, pero había pasado a ser indispensable para los amantes de la música más escogidos, que tenían que acomodarse precisamente en aquella silla para disfrutar plenamente su música

en seis canales.

Esta silla, como el resto del equipo, era copia de las obras del brillante ebanista francés Jean Henri Riesener (1734-1806); Jean Henri, uno de los mejores artesanos de muebles de Francia, construyó maravillosas piezas para el castillo de Saint-Cloud de María Antonieta. Los seis *nécessaires* que albergaban los altavoces eran sin embargo copia de cierto *nécessaire* de pro que hizo el famoso ebanista francés Adam Weisweiler y que había pasado a ser propiedad de la Colección Wangtse de Pekín.

Anniki colocaba todo esto en lugares adecuados de su habitación como perdurable, aunque odioso, recuerdo de un breve encuentro en una cierta calleja. Conectó el aparato, puso un grupo de discos y se sentó en la silla. Cuando los primeros sonidos atronadores brotaron de los seis altavoces, su vecino del otro lado de la delgada pared despertó aullando de su siesta; siguió un breve duelo. Puñetazos y gritos histéricos combatieron a una inmensa orquesta pop, amplificada por centenares de diligentes transistores y circuitos integrados. Perdió el vecino, como era de esperar, y huyó a la relativa tranquilidad de la calle. Anniki no se inquietó gran cosa por el incidente.

Cuando era una ambiciosa candidata a actriz en InterFilm, Anniki había trabado amistad con algunos productores discográficos de la División Discográfica; dos de ellos, que eran aries, se convirtieron en fugaces pero muy apasionados amantes. InterFilm tenía uno de los estudios de grabación mayores del país, y lanzaba innumerables discos pop dirigidos al mercado de los adolescentes ricos y de ciudadanos maduros también ricos. El material de los ciudadanos maduros era bastante monótono: todos los éxitos que habían sido populares treinta o cuarenta años atrás; pero la música pop era magnífica. InterRec AB era la dueña del mercado y tenía atrapados con diabólicos contratos a los triunfadores absolutos del momento. Así, Anniki tenía una maravillosa colección de pop rojo proletario revolucionario; centenares de discos en los que agudas voces adolescentes lanzaban su mensaje de unidad, de poder para el pueblo y muerte a la burguesía, acompañadas de pulidas y atronadoras orquestas y aullantes coros compuestos por *groupies* de bellos ojos y largas cabelleras ataviadas según la moda existencialista más reciente.

El pop proletario revolucionario había sido *el asunto* durante décadas. Un pasatiempo favorito para estudiantes y graduados universitarios que jamás habían visto una fábrica por dentro, pero que sin embargo gozaban pensando que tenían conciencia social y que estaban decididos a propagar su mensaje al pueblo. Al pueblo, por otra parte, le importaba un comino. Había compañías de teatro progresistas en gira por el país (ganaban salarios tres o cuatro veces superiores a los medios del trabajador industrial) que explicaban al público (inevitablemente compuesto de estudiantes que rebosaban de celo revolucionario) cómo había que aplastar y destruir el orden establecido y edificar un mundo nuevo basado en la unidad y la fraternidad. El público escuchaba entusiasmado, todos se creían revolucionarios; luego volvían a sus universidades a prepararse para sus bien pagadas carreras.

A sus revolucionarias espaldas, productores y patronos hacían mucho dinero con esta provechosa industria, lanzando millones de discos con todos los cantos revolucionarios en boga. Así todo el mundo estaba contento, todos los cantantes y las compañías de teatro revolucionarios y progresistas ganaban fantásticas cantidades de dinero. En otros tiempos, las canciones y las obras de teatro revolucionarias realmente habían significado algo; pero cuando la revolución se convirtió en una moda entre los adolescentes, degeneró enseguida, pasando a ser

sólo otro gran negocio, uno de los más provechosos del país. Este género seductor, absurdo y soso se convirtió inevitablemente en éxito rentabilísimo, pues afectaba a los adolescentes en su punto más débil: el deseo de hacer algo meritorio sin riesgo, y el deseo de rebelarse contra la autoridad paterna. Así, escuchaban los discos y veían las obras revolucionarias, financiadas por el mismo orden establecido que afirmaban odiar y que obtenía de ellas cuantiosos beneficios. Se tragaban las atrocidades tan habilidosamente descritas por los autores y actores más de moda, que jamás habían visto un obrero, y que se sentirían sumamente desilusionados si por casualidad viesen uno. Hablaban de propagar el mensaje entre las masas, pero distribuían su música en discos y cassettes que exigían un equipo que ningún trabajador podía permitirse comprar. Todo lo cual significaba que en realidad nada había cambiado desde la primera aparición de los medios de comunicación de masas.

Por supuesto, el mercado juvenil no se limitaba a esta moda revolucionaria. La astrología, el budismo, las películas de horror y la ciencia ficción eran inmensamente populares; lo mismo que el culto al diablo, los exorcismos, el neopuritanismo y diversos deportes. En general la generación mayor menospreciaba todo esto, señalando que era perfectamente asequible el arte, el verdadero arte; los clásicos de la literatura como el indescriptible *Zettels Traum* de Arno Schmidt y las obras del gran artista moderno Chris Burden de Venice, California, Estados Unidos. Conocido por sus obras de arte instantáneas, que incluían al público, su obra cumbre, «220», representada por primera vez en 1974, seguía siendo una de las mejores del buen arte del espectáculo. Situó a los espectadores en escalerillas de cuatro metros en una habitación llena de agua, luego cargó el líquido con electricidad, atrapando a los desprevenidos espectadores (y atrapándose a sí mismo) durante períodos que variaban de seis a veinticuatro horas. La generación más vieja, que recibía únicamente las respuestas más descorazonadoras a sus bien intencionadas sugerencias, frunció de nuevo el ceño, retirándose a sus propios pasatiempos, maduros y sobrios. Por ejemplo, pedían la última novedad del año, un hermoso ataúd de pino de la Likkistfabriken Svenska AB. Según los anuncios, podía utilizarse como mueble bar, arca para el ajuar, estantería de libros, armario para tacos de billar, armero o mesita de café. El modelo usual, en pino y abeto de dos centímetros con dos tapas y clavos de madera, podía adquirirse por el módico precio de dos mil coronas. Añadiendo doscientas cincuenta coronas más, el ataúd de pino incluía dos estanterías para botellas y cuatro para vasos. Este ataúd fue uno de los mayores éxitos del año en Escandinavia, y podía encontrarse en todas las residencias de ejecutivos.

Es fácil imaginar la actitud de los jóvenes respecto a este insólito mueble, y también sus comentarios. La guerra entre generaciones seguía igual, considerándose cada una de ellas liberada y progresista; y siendo todas ellas timadas y engañadas en sus respectivos campos. Los verdaderos revolucionarios estaban demasiado ocupados volando centros de computación y aviones para participar de este absurdo; y los obreros estaban demasiado ocupados trabajando e intentando sobrevivir para molestarse en protestas, o almacenaban botellas en los ataúdes con la suficiente rapidez como para que resultasen enseguida familiares. Como Anniki, simplemente no se preocupaban lo más mínimo por estos asuntos.

Anniki seguía sentada en su silla, rodeada de sonidos ensordecedores, siguiendo el ritmo con las manos sobre el respaldo tapizado; cantaba las alabanzas de la última sociedad del *laissez-faire:*

La calle brilla de sudor,
Alrededor se alzan oscuras casas
Y la orquesta toca
Y María gira y gira
Sobre una cama que es como betún
Y la pálida luna brilla
Y ella besa tu boca
Y sueña que tú eres King Kong.

XIV

El jeque Yarasin, auténtico propietario del mundo, estaba de pie a la puerta de su destartalada cabaña, contemplando el misterioso desierto; su plácido rostro rivalizaba con el resplandor de la luna llena que colgaba en el cielo. Formaban un hermoso trío: el jeque Yarasin, la luna y el desierto. Los tres eran sosegados, pacientes y misteriosos; hablaban poco y pensaban mucho. Lo mismo que el desierto crecía irresistible con el paso de los años, devorando valles y campos que habían sido fértiles y convirtiendo en páramo países enteros, el poder del jeque Yarasin había ido haciéndose irresistible; era un poder que afectaba al mundo entero, lo mismo que la luna afectaba al mundo entero con sus mareas. El jeque Yarasin contemplaba el antiguo desierto donde sus antepasados, desde tiempo inmemorial, habían hecho buen uso de sus fusiles, sus camellos, sus tiendas y sus mujeres, por ese orden. En otros tiempos, aquel desierto había sido todo su mundo; aquella interminable llanura suavemente ondulada de arena salpicada de oasis era base de una antigua sociedad nómada. En aquellos tiempos felices suministraban la energía, el camello, la mujer y gran número de rudos esclavos. Ahora las cosas eran distintas.

Todo era cuestión de energía. El hombre antiguo podía arreglárselas con esclavos y un buen suministro de látigos. Cuando el geómetro e inventor griego Herón de Alejandría inventó, en el siglo primero d. C., el primer motor a vapor del mundo, una turbina a reacción. Era sólo un juguete en el que una bola llena de agua se calentaba en una caldera; cuando salía el chorro de la bola, que estaba montada sobre pivotes, ésta giraba. Algo divertido, pero poco más. Herón inventó también una máquina de aire caliente, destinada a abrir las puertas de los templos; probablemente asustó muchísimo a sus contemporáneos, pero ése fue su único resultado. ¿Qué necesidad había de máquinas disponiendo de abundante mano de obra esclava? Los diablos blancos no reprodujeron la turbina a reacción de Herón hasta 1615. Lo hizo una especie de ingeniero francés, Salomón de Caus. James Watt proyectó el primer motor a vapor moderno en 1769. Este invento fue el principio de la industrialización del mundo occidental, y echó las bases del poder occidental con un chorro al parecer interminable de instrumentos de transporte y de ahorro de trabajo. En 1882, el volumen de energía procedente del vapor significaba en la Gran Bretaña unas diez veces el poder de trabajo de toda la población laboral. Como el carbón era barato, la industrialización adquirió un notable ritmo, haciendo innecesario el empleo de trabajadores humanos. La gente, cientos de miles de individuos, pasaban hambre, mientras las máquinas de vapor traqueteaban felices. Mientras hubiese carbón en abundancia, la situación podía prolongarse eternamente.

Se depositó gran confianza en el uso de la electricidad, olvidando el hecho

evidente de que ésta procedía en su mayor parte de máquinas de vapor. Ciertos países, como Suecia y Noruega, hicieron buen uso de la energía hidráulica, pero en realidad constituían una pequeña minoría. En 1889, un escritor francés sugirió que se desviase el eje de la Tierra en veintitrés grados veintiocho minutos, para fundir los hielos perpetuos del Polo Norte y dejar al descubierto los gigantescos yacimientos carboníferos que sin duda alguna esperaban allí. El experimento no se llevó a cabo, aunque tampoco habría resuelto las necesidades energéticas. El carbón era excesivamente voluminoso, sucio y problemático. A mediados del siglo diecinueve, llegó el petróleo a revolucionar la industrialización.

El petróleo crudo llevaba miles de años utilizándose (según la tradición, Noé utilizó asfalto para calafatear su Arca) y se dice que los fenicios lo utilizaban también en sus naves. Pero los indios séneca de la Pennsylvania Occidental fueron los primeros en vender petróleo en crudo por un beneficio. Lo extraían de pozos excavados junto al río Alleghany y lo vendían en las ferias rurales de los estados del Este como «aceite séneca», medicina milagrosa especialmente útil como laxante. Fue cerca de los viejos pozos de los indios séneca, en Titusville, Oil Creek, donde Edwin Drake instaló su primera perforadora y encontró el primer gran campo petrolífero en 1859. El petróleo brotaba en negros chorros; durante veinte años, los precios de este nuevo producto básico se determinaron en Titusville y en la nueva Oil City, rodeada de bosques de torres petrolíferas.

En principio el petróleo se utilizaba sólo para la extracción de keroseno, pero al inventarse el motor de combustión interna se abrió un nuevo mercado gigantesco para la gasolina, subproducto hasta entonces desechado. Empezaron a rodar los automóviles y ni siquiera los nuevos campos petrolíferos gigantescos de Oklahoma bastaron para saciar la creciente sed de petróleo. Este proporcionaba ya a las naciones industrializadas, no sólo gasolina para los automóviles, sino gas, keroseno, medicinas, pinturas, aceite pesado, asfalto y miles de productos químicos más o menos complicados, incluyendo plásticos. El petróleo pasó a ser la mercancía básica más importante del mundo, tanto en volumen como en valor. Se utilizaba para todo; pero en especial como combustible calefactor y para alimentar a millones de automóviles.

Hacia el año 2000, el petróleo desapareció, salvo en campos aislados de pizarras petrolíferas de los Estados Unidos, la Unión Soviética, el Brasil y Suecia; y unos cuantos campos petrolíferos aislados como el campo de Ekofisk del Mar del Norte noruego, los campos petrolíferos indonesios de Irán Occidental... y los gigantescos campos petrolíferos del emirato de Juri. La producción del campo de Ekofisk se calculaba en los doce mil millones de barriles, lo suficiente para que Noruega siguiera funcionando por lo menos veinte años, pues este país vendía muy poco del precioso líquido. Respecto a los campos petrolíferos de Juri, se calculaba que había en ellos más de seiscientos mil millones de barriles de alta calidad, y con escaso contenido de azufre.

Sin duda existían otras fuentes de energía, muchas en realidad; pero una de las paradojas de la crisis energética era que el carbón y el gas natural, de los que había abundancia en diversas partes del mundo, no podían utilizarse por las dificultades tecnológicas que planteaba su extracción de la corteza terrestre. A principios de la década de los ochenta, los Estados Unidos hicieron un esfuerzo en gran escala para obtener uno de estos depósitos enterrados de recursos: el millón de metros cúbicos de gas natural atrapados bajo las Montañas Rocosas. El método: la explosión subterránea simultánea de quince bombas de hidrógeno. Lo lograron, y consiguieron hacerse con el gas... equivalente a cuatro días de

consumo en los Estados Unidos. Esto no sólo era insuficiente. Era un chiste. Así que el mundo occidental acudió a otras fuentes de energía (la zona subdesarrollada del planeta, unas tres cuartas partes del género humano, seguían pasando hambre como antes. Jamás habían disfrutado de las ventajas de la energía barata, y, en consecuencia, tampoco se habían visto afectados nunca por la crisis energética. La crisis energética no era más que un problema local, que afectaba básicamente a los Estados Unidos, la Unión Soviética y Europa; en particular a países como Holanda y Bélgica, que seguían obstinándose en ser las naciones más superpobladas del mundo).

Para los usuarios individuales, la vieja Casa Solar Uno, en un principio proyectaba por la universidad de Delaware, fue una especie de bendición temporal. La Casa Solar Uno concentraba el calor del sol en placas de cristal instaladas sobre el techo inclinado del edificio. La energía solar se canalizaba luego hasta depósitos químicos, resistentes al calor, Instalados en el sótano. Los días de frío estos depósitos calentaban el aire que circulaba por la casa; en el verano, el sistema podía modificarse para activar una unidad de aire acondicionado. Además, otras células solares instaladas en el techo convertían una parte del calor del sol en electricidad, y proporcionaban la energía necesaria para iluminar la casa y para los aparatos eléctricos. Este tipo de casa era, claro, prohibitivo para los obreros y empleados de baja graduación; gran número de altos ejecutivos de naciones muy industrializadas como Suecia y Noruega vivían, sin embargo, en casas de este tipo.

Las personas menos afortunadas, pero aun así ricas, que vivían en el campo podían adquirir el llamado Sistema Regenerativo Algal, ideado por dos científicos de la universidad de California. Era una casa circular completada con cuadras destinadas a albergar un suministro constante de alimentos de alto valor proteínico a sus habitantes. Incluía también un alambique situado en lo alto del tejado, que purificaba el agua de lluvia; generaba su propio gas y su propia electricidad de los desechos de los seres humanos y de los animales, y permitía cultivar algas en el tejado para alimentar a estos últimos. Unida a una parcela donde se cultivaban verduras y a algunos otros instrumentos que trabajaban sólo con energía humana, era lo más próximo a la autosuficiencia.

Este tipo de vida, sin embargo, quedaba reservado a los ricos o casi ricos; grupo que se hacía cada vez más pequeño en número, a medida que aumentaba la crisis energética mundial. Los ciudadanos normales de las naciones industrializadas tenían que arreglárselas con la escasa energía que les dejaba la industria. Con las escasas reservas de petróleo canalizadas casi exclusivamente a las industrias químicas y del plástico y a la agricultura, las demás industrias y las viviendas tenían que obtener su energía de otras fuentes más complicadas. La energía geotérmica había pasado a ser más importante que nunca. Esta energía procede del agua caliente y del vapor de agua que existen a relativamente poca profundidad en diversas partes del mundo; Islandia, Italia, Nueva Zelanda, Suecia, Noruega y la Unión Soviética llevaban mucho tiempo explotando esta energía natural. En los Estados Unidos, la Compañía de Gas y Electricidad del Pacífico utilizaba desde 1968 vapor geotérmico del campo de géiseres próximo a San Francisco para activar algunos de sus generadores eléctricos. En 2018, la planta producía cuatrocientos ochenta mil kilovatios de electricidad, equivalente más o menos al cincuenta por ciento de las necesidades energéticas de San Francisco.

La energía atómica tradicional suministraba aproximadamente el cuarenta por ciento de las necesidades de las naciones industrializadas. El viejo tipo de

centrales nucleares quedó descartado en la década de los ochenta, cuando el tipo de uranio que utilizaban como combustible resultó imposible de obtener. En lugar de ellas pasaron a utilizarse reactores de alta aceleración, resolviéndose en parte la situación energética porque, en aparente desafío a todas las leyes de la física, producían más combustible atómico (plutonio) del que consumían. El plutonio es también el material con que se fabrican las armas nucleares. Es también el material más ponzoñoso de la Tierra. Constituía pues, por decir poco, una solución peligrosa. La Atomenergi AB sueca invertía dinero en otra forma de energía atómica; la fusión nuclear. Los reactores de fusión debían utilizar litio y deuterio, tan abundantes en la corteza terrestre y en los océanos que el suministro duraría millones de años aunque todo el mundo elevase su consumo de energía al nivel escandinavo.

Aparte de esto, la fuente de energía más prometedora quizás fuese el hidrógeno, que podía producirse por la simple electrólisis del agua. Es un sustituto potencial del gas natural, y en forma líquida podría ser un combustible extremadamente limpio para los aviones y los vehículos de motor. Pero la producción de hidrógeno exige grandes cantidades de electricidad; tanto, que las inversiones fantásticamente grandes necesarias para las plantas generadoras podrían muy bien resultar prohibitivas. Además, con la crisis hidráulica que siguió a la crisis energética, que trajo como consecuencia el control de los escasos pozos de agua pura que quedaban, no parecía ser una gran idea.

Así pues, con las reservas de gas y de petróleo disminuyendo y ante la imposibilidad de que las demás formas de energía proporcionasen a las naciones industriales los combustibles necesarios, los escasos productores de petróleo que quedaban se hallaron en condiciones de dictar sus propios términos. En 1998, Holanda devolvió a Venezuela las Antillas holandesas a cambio de un riguroso tratado en el que los venezolanos garantizaban un suministro ininterrumpido de petróleo a la Royal Dutch Shell. En 1982, Brasil aceptó aumentar su cuota de venta de petróleo a los Estados Unidos a cambio de la intervención militar de éstos en un país vecino; intervención que pronto se convirtió en una guerra de guerrillas a gran escala que acabó extendiéndose a toda la América Latina. Y los Estados Unidos hicieron esto de buen grado por sólo veinte mil barriles de crudo al día.

La crisis petrolífera y energética fue provechosa no sólo para las naciones productoras de petróleo. En las décadas de los sesenta y los setenta, la industria petrolífera había superado ya a cualquier otra por su tamaño. En 2018, siete de las quince mayores empresas de los Estados Unidos eran empresas petrolíferas. Aunque para el público la General Motors simbolizaba la empresa gigante, en realidad Exxon tenía más valores; y durante las dos últimas décadas, el coloso petrolífero ganó más dinero que ninguna otra empresa de la historia. Las siete inmensas empresas internacionales del petróleo no sólo lo producían sino que controlaban también su transporte, su tratamiento y su comercialización; controlaban el noventa y cuatro por ciento de las reservas de crudo de América del Norte, el setenta de su producción de crudo, el ochenta y nueve de su capacidad de transformación y diversificación de derivados y el setenta y nueve por ciento de sus ventas de gasolina. Controlaban también vastas reservas carboníferas, más de la mitad de las reservas de uranio del continente y la mayor parte de su producción de gas natural. «A escala mundial», dijo en una ocasión el especialista en petróleo de Washington, Martin Lobel, a James Bishop, hijo de *Newsweek,* «las grandes compañías petrolíferas disponen de un capital sólo inferior al de los Estados Unidos, la Unión Soviética y el Mercado Común».

Las siete grandes petroleras que mantenían prácticamente un monopolio energético en las naciones industrializadas eran Exxon, Texaco, Gulf Oil, Mobil Oil, Standard Oil, Shell Oil y Atlantic Richfield. Sin lugar a dudas, constituían una superpotencia mundial y no tenían por qué doblegarse ante nadie... exceptuando a dos estados productores de petróleo. El emir de Juri era propietario, a título personal, de unos seiscientos mil millones de barriles de petróleo de elevada calidad y escasa proporción de azufre. Con esta carta todopoderosa en la manga, no podía evitar convertirse en dictador extraoficial del mundo, ante quien se inclinaban todos los que necesitaban petróleo. Las siete empresas petroleras controlaban el mundo, pero el jeque Yarasin controlaba a las petroleras; al principio, por medio de la Compañía Petrolera Arabeamericana de la Arabia Saudí (empresa conjunta formada por el gobierno saudí, Exxon, Texaco, Mobil Oil y Standard Oil) y más tarde a través del control de las propias empresas. A través de estas empresas, no sólo controlaba el jeque a todas las demás empresas occidentales necesitadas de energía, sino también a miles de grandes empresas que eran propiedad directa o indirecta de las Siete Grandes.

Si el mundo occidental hubiese sido capaz, por una vez, de trabajar unido en una causa común, el emirato de Juri habría sido un recuerdo casi olvidado en cuestión de horas, lo mismo que todos sus leales súbditos; pero siempre habían sido incapaces de cooperar entre sí, y continuaban siéndolo, al igual que lo había sido el león de tenderse tranquilamente junto al cordero tras dos semanas de ayuno. Al cabo de unos meses de comprender su poder potencial, el jeque Yarasin tenía a todas las potencias que buscaban desesperadamente fuentes de energía bien controladas, enzarzándolas entre sí, invirtiendo billones en industrias clave y actuando en líneas generales como el fantasma de la pesadilla de un bolchevique. El jeque Yarasin (o, más exactamente, el emir Umir ar-Rechehidd, misericordioso señor de veintidós mil ignorantes y absolutamente fieles beduinos) era dueño del mundo entero a través de una diabólica red de conglomerados industriales multinacionales, ligados entre sí por invisibles hilos de poder que llevaban a una pequeña y destartalada cabaña de los frondosos jardines del emir Umir ar-Rechehidd. Desde aquel cobertizo, con sus hileras de libros de contabilidad, en los que se encerraban los secretos de las finanzas mundiales, una línea telefónica única comunicaba directamente con un edificio de oficinas de Zurich. Obedientes ejecutivos se inclinaban allí con reverencia ante la suave voz de pronunciado acento semítico surooccidental. El jeque había construido su imperio mundial en dieciséis años de duro y paciente trabajo, con la ayuda de unos fondos casi ilimitados y el poder que sólo seis billones de barriles de crudo podían proporcionar. Ahora era propietario del mundo entero, de todo. Y contemplando el desierto de sus antepasados, que se extendía ante él soñoliento bajo la indiferente y vieja, viejísima luna, comprendió de pronto que estaba aburrido.

XV

Hay muchas tribus polinesias en las que el jefe jamás pronuncia una palabra en público: habla en su nombre el «orador jefe», especialista en la historia de la tribu. MultiCo y sus numerosas empresas subsidiarias habían adoptado una costumbre similar, sólo que a mayor escala. En este caso, los «oradores jefes» recibían el nombre de relaciones públicas. Los escalones más altos tenían terminantemente prohibido expresar en público sus puntos de vista sobre

cualquier materia; prudente decisión, pero muy difícil de aceptar para un individuo tan charlatán como Leonard W. Kockenbergh, hijo, que, en consecuencia, compensaba la limitación hablando sonora, incesante y elocuentemente a sus subordinados cuando tenía el más leve motivo. A menudo sin ningún motivo. Ahora hablaba, paseando arriba y abajo tras su majestuoso escritorio de caoba, contemplando a Erik Lenning con ojos como huevos cocidos.

—...Y, ¿qué he hecho yo mientras usted se dedicaba a haraganear a costa de la empresa? —preguntó, e inmediatamente se contestó a sí mismo—: He estado trabajando... *trabajando,* diligentemente. ¿Y qué he descubierto? He descubierto nada menos que la solución al problema que debería haber resuelto usted sin mi ayuda. —Se detuvo y cogió un papel de la mesa—: ¡El nombre y la dirección del padre de Anniki Norijn!

Lenning lanzó un sordo gruñido.

—¿Vive ella con él? —preguntó.

—¿Cómo iba yo a saberlo? —chilló Leonard W. Kockenbergh; arrojó el papel a Lenning—: ¡Ahora vaya usted y haga algo!

Wilhelm Kroyer, padre de Anniki, vivía en la parte trasera de la inmensa fábrica L. M. Ericsson, en Hagersten, al sur de Estocolmo; en algo que él llamaba una casa pero que en realidad era bastante menos: una caja de madera cuadrada de un metro de lado enterrada entre grandes montañas de chatarra. Lenning no podía creerlo, hasta que el viejo le demostró que era cierto escalando hasta ella y demostrando así una insólita agilidad.

—Llevo diez años viviendo aquí —explicó a Lenning—. No es tan malo en realidad, en cuanto te acostumbras. En tiempos tuve un apartamento, pero no conseguí conservarlo. Esto es más fácil.

—Dios mío —dijo Lenning, contemplando la caja.

—Lo cierto es que tengo unas cuantas debilidades —le dijo Wilhelm Kroyer—. Recibo mensualmente mi pensión de jubilado, pero se me va en un par de días.

—Comprendo —dijo Lenning, que no dejaba de mirar la caja.

—Uno acaba acostumbrándose —dijo filosóficamente Kroyer.

—Vine a preguntarle por su hija, Anniki Norijn...

—No recibe dinero mío, se lo aseguro —dijo Kroyer hoscamente—. No tengo ni un céntimo. Hasta la caja pertenece a la fábrica.

Lenning le explicó su problema.

—Oh —dijo Kroyer.

—¿Sabe usted dónde está?

Kroyer encendió un cigarrillo, mirándole de reojo a través del humo.

—Se lo aseguro —dijo—. Yo era un honrado trabajador en otros tiempos, un técnico en pirólisis, tenía mi propia «casa sobre ruedas» Travco y viajaba por toda Suecia reparando depósitos pirolíticos. —Empezó a caminar alrededor de la inmensa pila de chatarra, echando humo mientras caminaba—. Ya sabe, las plantas donde fabrican gas y otras cosas con algas y microorganismos. Y luego gané aquella chica en una lotería. Podía utilizarla durante una semana sin ninguna limitación. Ya sabe, la cosa habitual —sonrió lascivamente—. ¡Creían que era demasiado viejo y que no iba a hacer nada, pero les di una lección!

—¿Se refiere usted a la madre de Anniki Norijn?

—Eso es —dijo Kroyer—. Después intentaron ponerme un pleito; me decían que tenía que pagar los gastos de manutención de la niña, pero yo no quise pagar nada. Era problema suyo, les dije, no mío. Controlaba aquella lotería una gran empresa, y durante algún tiempo me estuvieron siguiendo agentes de su servicio

secreto privado; pero acabaron cansándose. Y no volví a verles.

—¿Nada más? —preguntó Lenning, un poco aturdido.

—¿Qué esperaba usted? ¿Qué me casara? —Kroyer escupió despectivamente—. Gané aquel premio y eso fue todo, para mí.

—¿Sabe usted qué fue de la chica y de la niña después?

—¿Cómo iba a saberlo? Ya le he dicho que las dejé, ¿no?

Lenning murmuró algo.

—No fue ningún romance —dijo Kroyer—. Pero hicimos un par de cosas interesantes.

—¿Por eso empezó usted a andar por ahí sin rumbo fijo? —dijo Lenning.

Habían rodeado la montaña de chatarra. Kroyer se sentó sobre su caja, agitando en el aire sus cortas piernas.

—Bueno, simplemente estaba harto de todo —dijo—. ¿De qué sirve trabajar, en realidad? Trabajé como un loco en esos depósitos pirolíticos, haciendo combustible para que algún idiota pudiese gastarlo con un *dragster, o* un tren de juguete o algo parecido. Eso hice. ¿Qué gané con ello? Comida, ropa y chismes que no necesitaba en absoluto. Y aquella vaca estúpida que gané en la lotería no era ni la mitad de buena de lo que habían prometido. —Escupió otra vez despectivamente.

—Comprendo —dijo Lenning.

—¡Qué va a comprender! —replicó Kroyer.

—Pero, dígame, ¿no se perdió nada viviendo de este modo? —preguntó Lenning—. No es vida para un ser humano. Ni siquiera parece usted preocuparse por su hija. Yo, por ejemplo, tengo un par de críos…

—Espero que se rompa la crisma —dijo Kroyer—. Y no echo de menos nada.

Se retrepó en la montaña de chatarra mirando hacia el cielo.

—Lo único que me fastidia es que gané un premio fantástico y luego no tuve más que problemas, y aquella vaca en realidad no servía para nada.

XVI

Anniki tenía los recortes de prensa en un sobre marrón de papel manila y a veces los miraba. Le daban una identidad, una prueba irrefutable de que ella existía. Al menos en cuanto a Suecia. Había sido durante un tiempo una especie de celebridad; una maravilla de siete días que periódicos y semanarios habían utilizado hasta el límite en grandes fotos en color hasta que perdió el encanto de la novedad y volvió a hundirse en el olvido. E inevitablemente, sólo días después de su nacimiento, empezaron a aparecer tipos listos que explicaban a todo el mundo que el nuevo milenio no se iniciaría en realidad hasta el uno de enero del 2001. Por la época en que empezó a hablarse de esto, sin embargo, se había desvanecido ya todo interés por ella. Un año más tarde, algunas revistas publicaron artículos sobre la persona, que había nacido justo al iniciarse el nuevo milenio, pero el breve interés por el caso murió aún más deprisa que la vez anterior. Para el público, Anniki Norijn aún seguía siendo la hija primogénita del nuevo milenio glorioso. No siempre había resultado esto beneficioso para ella. Los artículos trajeron consigo algún dinero, que su madre gastó con presteza, y algunas ropas infantiles, y algunos juguetes, que vendió con la misma presteza. Cuando realmente importaba, nunca gozó de ningún beneficio de su breve fama. A los trece años, hubo de empezar a trabajar en la fábrica de Hemfosa. Si el movimiento Septiembre Rojo no hubiese deshecho la computadora central de la

zona, aún seguiría allí.

Pero al suceder esto, pudo escapar a InterFilm AB y luego a la Andersson Escort AB. Su carrera como aprendiz de estrella en InterFilm había sido todo lo contrario de lo que habían prometido miles de atractivas revistas; era trabajo, trabajo, trabajo y gente que suponía que las aprendizas de estrellas debían estar disponibles siempre. La Andersson Escort AB al menos era honesta en cuento a esto; proporcionaban compañía femenina a los ejecutivos de la empresa, en bailes y cosas parecidas. No estaba mal del todo; siempre que se procurase evitar a los clientes «raros». Compró su libertad, rescindiendo el contrato, con dinero que le proporcionó Johan Erik Jonson, y luego acudió a la Segunda Iglesia Verdadera de Suecia AB, cuando dejaron de aparecer los cheques mensuales de Johan. Esto no podía continuar eternamente tampoco, pues la iglesia no quería «conejitos» mayores de veintiún años. Anniki recordaba aquel día con mezclados sentimientos, pero sin miedo. De un modo u otro, sabría arreglárselas.

Anniki era Capricornio, signo al que suele representarse como una cabra con cola de pez. En la oficina de Astroflash de Estocolmo, una computadora programada por el destacado astrólogo francés André Barbault para la elaboración de horóscopos y previsiones astrológicas, se había enterado de que aquella cabra representaba una de las formas que adoptaba el dios babilónico Ea, del que se contaban las más extrañas historias. También se había enterado en Astroflash de que los Capricornio destacaban en actividades que exigían disciplina, dureza y capacidad de resistencia; que ella podría destacar como miembro de la tripulación de un bote salvavidas, de un equipo montañero de rescate, o en una unidad de la policía. Poseía también (así lo había dicho la computadora de Astroflash) una tremenda capacidad para el trabajo duro y lograría llegar a la cima por pura constancia, sorprendiendo a los que se sintieran inclinados a menospreciarla por su excesiva laboriosidad. Además, la computadora Cupid-O-Math le había dicho (en un papel de un rosa pálido con olor a lavanda) que las chicas Capricornio «son industriosas y frugales y tienen gran capacidad de resistencia. Si has nacido cuando el sol estaba en capricornio, podrás ser un socio muy valioso en cualquier negocio». La computadora Cupid-O-Math (programada por la ilustre dama Agda Svensson, adivinadora del futuro de reyes y reinos) le dijo también: «No podrías adecuarte a los hombres de temperamento apasionado. Eres poco expresiva en cuestiones de amor, aunque tus sentimientos hacia un hombre puedan ser muy profundos... El amante «torbellino» no tiene ninguna posibilidad contigo».

Por otra parte, la Oficina de Datos Astrológicos Svenska AB le había dicho con firmeza, en papel gris claro, serio y práctico, (tras una breve mención a la cabra Capricornio, la cabra montes, la cabra marina y la ballena cabra) que, aunque el signo Capricornio significase autoridad, el Capricornio solía ser orgulloso, independiente y egoísta, y además demasiado ambicioso para su propio bien.

Volviendo a la fabulosa sabiduría de la Pascua Misteriosa, Anniki se enteró en el Centro de Previsión de Datos I Ching AB de que había nacido bajo el signo chino de la liebre, un signo *Yin* famoso por la sensibilidad y la imaginación de las gentes que nacían bajo él. Los del signo liebre (según le dijo el centro de previsión de datos I Ching AB en fluyentes y negros caracteres escritos sobre papel de arroz) evitaban las calles de una sola dirección, los callejones sin salida y los trabajos infructuosos. La computadora la ilustró también con un antiguo proverbio chino relacionado con la complicada naturaleza de los nacidos bajo el signo de la liebre: «Una liebre lista tiene tres salidas en su madriguera, y eso le

permite evitar cualquier tragedia». Añadía maliciosamente que ella no era la primogénita del nuevo milenio pues, en realidad, el nuevo año chino empieza en febrero.

Estas asombrosas máquinas, que con tanto ingenio combinaban la sabiduría oriental con la ciencia occidental, le dijeron esto cuando ella buscaba aclaraciones respecto a su alma, y una respuesta simple a la vieja pregunta de por qué y dónde. Aún insatisfecha, penetró más profundamente en las doctrinas secretas del antiguo Oriente, desenterradas y explicadas por San Churchward, San Hubbard, San Däniken y San Kjellson. De los discípulos de estos hombres santos, aprendió que todas las máquinas de inventos modernos tenían en realidad miles de años de antigüedad; pero, por muy asombroso que pudiese parecer, poco contribuyó a tranquilizar su alma este conocimiento. Se dirigió entonces a los miembros de la secta Hare Krishna: los bien alimentados vástagos de prósperos ejecutivos, que, vistiendo flotantes túnicas y con las cabezas afeitadas hablaban con gran elocuencia de los pecados del hombre moderno. Estos jóvenes de ambos sexos le hablaron con gran seriedad de las doctrinas del Swani Bhaktivedanta Prabhupada, que no resultaron de la menor utilidad ni le proporcionaron el menor consuelo.

Acudiendo a los recortes de prensa, Anniki descubrió que era hija de madre soltera, nacida bajo el signo de Capricornio, el signo de la fama, el honor y la autoridad; signo regido por Saturno, planeta de la muerte (o, según el astrólogo Carl Payne Tobey, por Marte, planeta de la autoridad, la policía, las fuerzas armadas, etcétera). Aprendió también que había sido proclamada la Niña del Año por un semanario femenino y que había sido declarada también regalo de soltero del mes en una revista masculina. Había aparecido también en una serie de espectáculos de televisión y en por lo menos dos películas, una de las cuales no había llegado a pasarse nunca ante el público. Eso era todo.

Su habitación reflejaba perfectamente la desorganización que caracterizaba su vida, con sus montones de artilugios inútiles, entre los que destacaba una majestuosa cama, llena de adornos y ornamentos, que parecían proceder de la pesadilla de un decorador de interiores. Allí pasaba la mayoría de su tiempo libre, preferiblemente con un aries, o un géminis o un escorpio si no había nada mejor a mano. El televisor estaba encendido siempre, destilando ruidos alentadores y visiones de las alturas de la pasión y la penumbra. Las grandes ventanas dejaban penetrar una claridad vacilante; las delgadísimas paredes admitían sin la menor discriminación todos los ruidos que producían sus vecinos. Anniki tenía comida, dinero, vivienda y los consuelos de la modernas astrología para satisfacer sus necesidades espirituales, así como compañía masculina siempre que se le despertaba la necesidad de ello. ¿Qué más podía desear?

—Que todo esto tuviese algún significado —decía ella, contemplando el encapotado cielo, claramente indiferente. Al no recibir ninguna respuesta y, en realidad, no esperándola, estuvo cavilando un rato y luego bajó al Centro de Autoacción Sri Aurobindo de la esquina donde podía obtener consejo y consuelo espirituales por un precio bastante módico, de una computadora supuestamente programada por la propia Madre Divina en la dorada ciudad de Auroville. Tras pagar a la puerta por una sesión, la condujeron a un pequeño cubículo decorado con grandes carteles en los que aparecían Sri Aurobindo y la Madre Divina, Mira Richard; había numerosas citas del poema de veintitrés mil versos de Sri Aurobindo, *Satitri,* que describía la lucha por la unión de la conciencia divina con los procesos de la historia. Al sentarse en la silla, una pantalla de la pared de enfrente se iluminó con una imagen a todo color de la Madre Divina, que movía

sus labios en una sincronización no del todo perfecta con los huecos sonidos que emitían los altavoces ocultos.

—Bienvenida a este ashran, querida señora, señorita o caballero —dijo la voz, acompañada de un leve ronroneo electrónico—. Formule, por favor, sus preguntas con voz alta y clara en el micrófono que tiene a su derecha, gracias.

Se encendieron varias luces indicando que estaba conectada ya a la computadora.

—No entiendo cuál es el significado del... bueno, de la vida —dijo Anniki, contemplando la helada imagen de la Madre Divina.

La computadora ronroneó lúgubremente para sí, en algún punto situado detrás de la pared. Por último, la Madre Divina se estremeció levemente y dijo:

—Sri Aurobindo luchó por alcanzar la unión espiritual con Brahama y logró por fin dominar el nuevo sistema de yoga puma. No lo hizo solo, pero... —la voz hueca se interrumpió bruscamente; se oyeron traqueteos y roces—. Sé que vivirás feliz con tu hijito —dijo la voz tras una pausa—. Simplemente tranquilízate y piensa en las bendiciones de la maternidad que te aguardan. Sé que puede resultar duro ser una madre soltera, pero Sri Aurobindo nos dice que incluso...

La voz cesó bruscamente. En el súbito silencio, el rumor de los engranajes atravesaba los finos tabiques de separación. A lo lejos, sonó un timbre de alarma. La Madre Divina se estremeció de nuevo y volvió a su discurso titubeante.

—No temas, hija mía; ésta es la segunda enfermedad más común y no tienes por qué avergonzarte de ello. Sin embargo, he de decirte, querida mía, que...

La voz volvió a interrumpirse, y la imagen de la Madre Divina quedó congelada en una inmovilidad total. Anniki pulsó varios botones de la pequeña consola, pero no pasó nada.

—Mierda —murmuró.

Era el tercer apagón que le había tocado en aquel lugar en las últimas semanas. Los centros de autoacción Sri Aurobindo eran famosos por su equipo barato y sus pésimos servicios de manutención.

Se abrió la puerta y apareció un joven técnico, rascándose la barbuda barbilla.

—Volvió a estropearse la máquina —le dijo—. ¿Sobre qué preguntabas?

—Sobre el significado de la vida —dijo Anniki, levantándose.

—Ah, ya.

El técnico la condujo al oscuro vestíbulo en el que colgaban grandes cuadros de Sri Aurobindo y Mira Richard y Udar Pinto II, entre carteles de viajes que reflejaban las maravillas de la India y las fabulosas ciudades de Pondicherry y Auroville, sede central de la iglesia aurobindiana. Una joven que vestía un sari azul pálido inspeccionaba, sentada en una silla, sus uñas rojo sangre.

—No puedo darte la respuesta a esa pregunta sin utilizar la máquina —dijo el técnico tras investigar en una pequeña estantería de libros—. Nos plantean eso por lo menos un par de veces al día. Vamos a ver aquí...

Cogió un gran archivador y empezó a revisarlo.

—Déjalo —dijo Anniki—. Ya volveré.

El técnico se encogió de hombros y volvió a colocar el archivador en su sitio.

—Bueno, en realidad no podría ayudarte —dijo—. Está escrito en un lenguaje que sólo podía entender Sri Aurobindo.

XVII

—¿Kungsgatan 28? —dijo el alto y sardónico Norgren—. ¿No está eso en

Squatter City?

Erik Lenning lo pensó un momento. Así era.

—¿Qué, entonces? —dijo.

—¿Va usted a ese lugar?

—No hay teléfono —dijo Lenning—. Tengo que ir.

—Está usted loco —le dijo Norgren—. ¿Acaso esperaba que hubiese teléfonos en Ciudad Ocupada?

Se encogió de hombros, mostrando unos sardónicos dientes. Luego prosiguió:

—En fin, será su funeral. ¡Squatter City, nada menos!

Salió de la habitación, sonriendo gélidamente. Lenning se retrepó en su silla y contempló la ciudad por la ventana. ¿Por qué no lo habría pensado antes? Kungsgatan 28 estaba precisamente en el centro de Ciudad Ocupada, la más terrible de todas las colmenas humanas de Estocolmo. Un lugar donde podían ir algunos en busca de determinadas clases de diversiones, pero por ningún otro motivo. Se estremeció.

Las ocupaciones eran bastante frecuentes en Europa donde, en general, adoptaban la forma de ciudades míseras que rodeaban a las grandes ciudades. En España, los campesinos en busca de trabajo en la industria de Madrid, se asentaban en los límites de la ciudad y se construían *chabolas* de ladrillo y adobes mientras esperaban que el gobierno les proporcionase viviendas. En las afueras de Roma, hileras de barracas seguían los terraplenes del ferrocarril y los acueductos como tentáculos de un pulpo. En Inglaterra, millones de británicos sin trabajo vivían en miserables ciudades de chozas construidas alrededor de las grandes ciudades.

Pero en Suecia, donde vivían casi dos millones de individuos en condiciones suburbiales, la ocupación de terrenos y viviendas se había convertido en un movimiento social. En los últimos veinte años, casi un millón de viviendas suecas habían sido declaradas impropias para el uso humano; un millón setecientas mil más necesitaban reparación urgente. Y agravaba el problema el hecho irónico de que miles de viviendas (sesenta y dos mil en todo el país, catorce mil sólo en Estocolmo) habían sido desalojadas por los propietarios privados o compradas por los departamentos de remodelación del gobierno. Y permanecían vacías (a veces hasta tres años) esperando el derribo. Entre tanto, casi cuarenta mil suecos se veían obligados a vivir en míseras viviendas provisionales del gobierno; otros se limitaban a pasar de cobijo en cobijo.

—Yo no vivo en ninguna parte —explicaba uno de los «ocupadores» a un entrevistador de una emisora de radio sueca—. Por eso estoy aquí.

Cuando la gente estaba lo bastante desesperada se trasladaba a los edificios vacíos, resistiéndose por todos los medios a las tentativas de desalojo. Algunos propietarios no se molestaban en acudir a la justicia, sino que enviaban ejércitos privados para expulsar a la gente. Otros procuraban pagar a los ocupantes para que se fueran, o conseguirles vivienda en otra parte. Un grupo llegó incluso a derribar las viviendas para impedir la ocupación. Pero ciertos sectores del centro de Estocolmo eran desde hacía mucho feudo de los ocupadores, y no había medio de expulsarles. Sucedía esto en las Torres Kungstornen, dos elevados edificios de oficinas construidos a principios del siglo veinte.

Tras permanecer vacíos casi doce años, la primera familia de ocupadores se instaló en uno de ellos en vísperas de la Navidad de 2006. Siguieron otras familias, y en el 2008 los dos edificios estaban atestados de gente que huía de la ley, intentaba zafarse de la supervisión gubernamental o simplemente buscaba un lugar donde vivir. Los resultados eran de prever. Mafiosos, traficantes de

drogas y hombres de negocios de dudosas actividades pronto pasaron a controlarlo todo, cobrando la renta a los que se habían instalado allí e introduciendo a su propia gente. En 2018 se decía que habitaban las Torres Kungstornen y los edificios contiguos más de tres mil personas. Nadie conocía exactamente el número, en realidad, pues los funcionarios del gobierno se mantenían a prudente distancia. Además, los prófugos y perseguidos daban habitualmente como dirección una de las Torres Kingstornen; lo que traía como consecuencia que oficialmente se registrasen como habitantes de los edificios individuos que jamás habían puesto un pie en el lugar. Era un lío que el gobierno procuraba ignorar. Lenning pensó en la posibilidad de visitar el lugar, pero decidió no hacerlo. Había estado allí un par de veces siendo más joven, para visitar ciertos clubs famosos por su sólida y vigorosa heterosexualidad; pero jamás se había aventurado más allá de las alcobas difusamente iluminadas que quedaban al mismo nivel de la calle. Y además, aquella chica quizás no viviese allí. Quizás fuese mejor comprobar con aquel Jonson; al menos él vivía en un barrio decente.

Por otra parte…

Norgren volvió.

—Oye —dijo—, ¿no pensarás ir a ese sitio, verdad?

—No sé —dijo Lenning, revolviendo los papeles que tenía en su mesa—. No me gusta la idea, pero claro…

—Ese lugar es puro veneno —dijo Norgren—. Basta con que respires una vez allí para que cojas todas las enfermedades venéreas que hay en la ciudad. Y eso no es todo. He oído cosas de esas chicas…

—En realidad no iba a ir a esa parte de Ciudad Ocupada —dijo Lenning—. En realidad…

—Será tu propio funeral —dijo Norgren desaprobatoriamente—. Pero pensaba en lo que diría tu mujer si…

Salió sin terminar la frase y cerró la puerta. Lenning contempló por la ventana la ciudad, frunciendo el ceño.

La puerta se abrió, apareció de nuevo la cara huesuda de Norgren.

—Allí todo el mundo es propiedad del Mob —dijo con naturalidad—. Desde luego, no aconsejaría a nadie que fuese allí solo. Hasta los polis van en grupo, o por lo menos en parejas; ¿cómo puede ocurrírsete la idea de ir solo? ¡No lo entiendo!

—Bueno —dijo Lenning, contemplando el cielo de Estocolmo— lo cierto es que yo planeaba echar un vistazo y…

Norgren silbó burlonamente.

—No lo conseguirás —dijo—. Nadie debe ir allí solo, te lo aseguro. En fin —se encogió de hombros significativamente—, haz lo que te parezca. No quiero preocuparte con mis buenos consejos.

—Pero bueno —dijo Lenning—, aún no he tomado la decisión de ir allí.

—No quiero saber nada de este asunto —dijo Norgren, volviendo a salir.

Lenning se quedó allí sentado un rato, cavilando, y luego decidió que era hora de comer. Norgren le alcanzó en el pasillo.

—Sé adonde vas —le dijo—. Vas directamente a ese barrio miserable, en contra de todos los consejos que te he dado.

Siguió caminando con Lenning, tarareando alegremente.

—Escucha —dijo Lenning—, yo sólo…

—No tienes que explicarme nada —le atajó Norgren—. Soy un hombre discreto, siempre dispuesto a ayudar a un amigo. Veamos… creo que lo mejor será

empezar por Harry's; es un buen sitio para iniciar la búsqueda.

Guió a Lenning a un ascensor.

—Deberías dar las gracias por tener un amigo como yo —dijo a Lenning mientras bajaban—. Dejo mi trabajo para ayudarte. Eso es lo que yo llamo verdadera amistad.

Tiró de Lenning a lo largo del vestíbulo, y una vez fuera llamó a un taxi.

—Tú sígueme —dijo alegremente— y todo irá bien.

Lenning no decía nada. Se sentía como una de aquellas famosas heroínas de antaño, arrastradas por un destino sólo insinuado en círculos respetables. Cerró los ojos, preguntándose cómo acabaría la cosa y si se despreciaría a sí mismo después.

—Este es el límite, no pasaremos de aquí —les dijo el conductor, a través del sistema de intercomunicación desde el otro lado de la plancha de cristal a prueba de balas que separaba los asientos traseros de los delanteros.

—¿Quiere decir que no se atreve usted a entrar más en Ciudad Ocupada? —preguntó Lenning, mientras recuerdos de las sesiones matinales de cine infantiles de Humphrey Bogart giraban en su mente a veinticuatro imágenes por segundo.

—Ustedes están chiflados —les dijo el conductor—. No iremos más allá porque aquí es donde ustedes quieren ir. Son ochenta y cinco coronas propina incluida. No acepto cheques.

Se abrió una ranura que esperaba ávida tarjetas de crédito.

Contemplaron una sucia pared, decorada con algunas fotografías descoloridas por el sol en las que aparecían hombres y mujeres indiferentes en posiciones inimaginables.

—¿Está usted seguro de que éste es el lugar correcto? —preguntó Lenning, mientras introducía su tarjeta InterCredit en la ranura.

—Correcto o no, éste es el final —dijo el conductor, contemplando a una joven que pasaba ondulando suavemente sus caderas—. Se acabó —añadió, mientras la intensa luz relumbraba sobre el taxímetro—. Salgan, amigos.

La ranura escupió la tarjeta de crédito de Lenning, se abrieron las puertas y de pronto se vieron en la acera, ásperamente empujados por empleados de enrojecidos ojos que corrían tras las tentadoras promesas de placeres ilícitos y prohibidos; constantemente emplazados en el Scilla y Caribdis de la virtud y la depravación pero sin entregarse por completo a ninguna de ambas, siendo únicamente débiles vasijas humanas.

—¿Es aquí donde hemos de empezar a buscar? —preguntó Lenning, intentando sin éxito esquivar a los rudos transeúntes.

—Tú sígueme —dijo Norgren, caminando con paso decidido hacia la puerta más próxima.

Lenning le siguió receloso, descendieron unos escalones y entraron en una pequeña habitación oscura donde máquinas tragaperras relumbraban alineadas a lo largo de las paredes. Al fondo, una aburrida trigueña inspeccionaba sus uñas; tenía las largas piernas cruzadas de una forma que se pretendía casual pero que sólo lograba transmitir una impresión de estudiado absurdo. Norgren dio un codazo a Lenning.

—¿Ves aquella puerta de allí? —preguntó—. Ese es el espectáculo. —Hizo una pausa significativa—. En vivo.

—¿Y qué? —dijo Lenning.

Norgren se inclinó hacia él y murmuró confidencialmente:

—Lo hacen francés.

—¿Francés? —Lenning contempló la chica y luego volvió a mirar a Norgren—. ¿Qué quieres decir con eso?

Norgren pareció sorprendido. Miró rápidamente a su alrededor, carraspeando.

—Francés, bueno... ya sabes, el tipo se tiende de espaldas y... bueno el viejo sesenta y nueve, ya sabes... —su voz se apagó en un embarazado silencio.

—Ah, *eso* —dijo Lenning, súbitamente indiferente—. ¿Qué tiene eso de nuevo? Lo he hecho muchas veces.

—No con una tipa como ésta —dijo Norgren un poco alicaído—. ¡Vamos!

Entraron, después de pagar una suma exorbitante a la rubia de acrobáticas piernas, para ver con variables grados de interés una serie de actos ejecutados por unos individuos que parecían mortalmente aburridos. Norgren observaba el espectáculo con creciente entusiasmo, mientras Lenning se dio cuenta enseguida de que sus pensamientos vagaban. ¿Eran aquéllas realmente las sórdidas profundidades de la degradación y la depravación humanas características de Ciudad Ocupada? Al parecer lo eran; sin embargo parecía faltar algo, parecía haber algo que no podía tocar. Estaba allí el equipo completo: botas, cuero, goma, látigos; pero parecía todo ritualizado, como una versión escénica de Krafft-Ebing con todos los elementos adecuados. No resultaba en absoluto excitante, era algo casi virginal, en un sentido moderno. ¿Dónde estaban las emociones baratas tan ardientemente descritas en las revistas sólo para hombres?

Sí, ¿dónde?

El maestro de ceremonias anunció un nuevo acto, realizado por un hermano y una hermana. Mostró un par de certificados de nacimiento que agitó en el humoso aire saludado con grandes aplausos. Lenning se levantó y cautelosamente avanzó por el pasillo hacia la salida.

—¿Pero a dónde vas, por amor de Dios? —preguntó Norgren que había salido tras él—. Pero es que no sabes que esto...

Lenning murmuró algo incomprensible y salió fuera, donde mostró a la chica rubia la foto de Anniki Norijn. La chica nunca la había visto, pero indicó que ella estaría disponible a partir de las tres. La encargada de los lavabos tampoco la había visto, e intentó sin éxito venderle unas fotografías pornográficas. Lenning gastó un par de cientos de coronas en las máquinas tragaperras esperando a Norgren.

Norgren salió al fin, con una pulcra sonrisa en su flaco rostro.

—Amigo, te perdiste algo bueno —dijo a Lenning—. Si vieras qué cosas hicieron. ¡Increíble! —chasqueó los labios, perdido en lujuriosos recuerdos.

—Aquí nadie sabe nada de Anniki Norijn —dijo Lenning—. Lo comprobé.

—Tú estás chiflado —dijo Norgren—. En fin, tampoco actúa ahí dentro, te aseguro que me fijé muy bien —suspiró—. ¡Qué globos! ¡Fantástico!

—¿A dónde vas ahora? —preguntó Lenning.

—Lo consiguen con hormonas o con silicona... con cosas así —dijo Norgren soñadoramente—. ¿A dónde? ¡Hay millones de sitios! ¿Qué quieres ver?

—Quiero ver a Anniki Norijn —dijo Lenning.

—Si hay algo que detesto —dijo con acritud Norgren—, es la impaciencia. Escucha, chicas como ésa dan trece por docena. Pero nunca tendrás otra vez una oportunidad como ésta. Estoy enseñándote Ciudad Ocupada. ¿De qué te quejas? Conozco este sitio perfectamente y me tomo la molestia de enseñártelo, gratis. Dedícate a disfrutar en vez de fastidiarme con esa tía. —De pronto percibió las hileras de ronroneantes y parpadeantes máquinas tragaperras—. Oye, ¿aceptan estas máquinas tarjetas InterCredit?

—Sí —dijo Lenning.

—¿Has perdido dinero, verdad? —dijo Norgren sonriendo condescendiente—. Muchacho, permíteme que te diga una cosa... yo he corrido mucho, sé muchas cosas; también sé algo sobre estas máquinas. El truco está en echar abajo la palanca exactamente en el momento justo.

Se acercó a la máquina más próxima y metió su tarjeta de crédito en la ranura correspondiente. Si ganaba, la máquina acreditaría automáticamente en su cuenta bancaria las ganancias, y también registraría el débito en el caso, más probable, de que perdiera.

—Conozco estas máquinas —dijo, mientras empezaba a accionar la palanca.

—Seguro —dijo Lenning, que por entonces sabía ya también muchas cosas sobre aquellas máquinas, y que había pagado muy caro su conocimiento.

Norgren volvió después de diez minutos de traqueteos y parpadeos de luces guardándose irritado la tarjeta de InterCredit en el bolsillo.

—Todo arreglado —murmuró—. Robar a manos llenas, ésa es la consigna del lugar. ¡Dios mío, perdí más de ochocientas coronas en esa máquina en diez minutos! ¡Es más que la paga de un día! —agitó su mano en un gesto de condena—. ¡Gangsters! —dijo—. ¡Hienas!

La rubia de la puerta alzó los ojos.

—¿Alguna queja? —preguntó.

Norgren empezó a tartamudear.

—Bueno... no... qué va...

Se volvió y cogió a Lenning por el brazo.

—Salgamos de aquí —murmuró, arrastrándole a la calle.

Una vez fuera, agitó su puño contra la puerta cerrada.

—Nunca confíes en esta gente —dijo sombrío—. Una queja contra este establecimiento de la mafia y puedes volver a casa con un puñal clavado en la espalda. No se andan con bromas.

Miró a su alrededor, sintiéndose al parecer más tranquilo al ver que la gente pasaba a su lado sin hacerle caso.

—Hagamos algo —dijo, volviendo a coger a Lenning del brazo y empujándole hacia el río humano que inundaba la calle.

Se detuvieron frente a una inmensa puerta de cristal con luces de neón. El portero no les dejó entrar hasta que no comprobó sus tarjetas de crédito en un terminal de computadoras. Dentro, «conejitos» escasamente vestidos paseaban sin objetivo, exhibiendo resplandecientes, limpias, inocentes y dentonas sonrisas a los patronos, conduciéndoles a las mesas y procurando hacer el lugar acogedor y agradable. Norgren pidió dos copas y casi le da un ataque al ver la suma que le cargaron en cuenta.

—Esto es un asalto a mano armada —dijo, procurando no alzar mucho la voz—. Y además, probablemente esté aguada la bebida.

Contempló su copa con grandes y tristes ojos.

—Estoy aquí sólo para enseñarte el lugar —dijo a Lenning—. Si te digo la verdad, a mí estas cosas más bien me cansan. He estado en miles de sitios como éste...

Bebió, haciendo sonidos gorgoteantes.

—¿Qué te parece? —dijo, abarcando con un gran gesto el lujoso local—. ¿Bueno, verdad?

Lenning admitió que lo era.

La voz de Norgren se volvió conspiratoria.

—Y sin embargo —dijo— detrás de estas mismas paredes están pasando cosas

en estos momentos que no pueden soportar la luz del día. Trata de blancas. Cocaína, opio. Heroína. Bellas jóvenes forzadas a hacer actos inmencionables. Asesinatos, torturas. Cualquier cosa que pienses, ahí está.

Se interrumpió, mirando fijamente a uno de los «conejitos» que pasaba a su lado.

—Dios mío, ¿viste esos globos? ¡Qué cuerpo! —rió entre dientes como un lobo, bebiéndose la copa de un trago—. ¡Me gustaría enseñarle un par de cosas a esa chica!

Siguió mirándola lascivamente hasta que ella se volvió y le sonrió; entonces le invadió el nerviosismo, casi tiró la copa e inmediatamente pidió otra ronda.

—¿Viste qué sonrisa? —musitó, inclinándose sobre la mesa—. Te lo aseguro, podría tirármela aquí mismo, encima de esta mesa; lo único que tendría que hacer sería una seña y vendría inmediatamente...

Rió entre dientes con ojos vidriosos, haciendo sugestivos movimientos de caderas bajo la mesa.

Lenning había estado examinando el restaurante.

—No la veo tampoco —comentó, bebiendo su copa. (Whisky escocés auténtico; se preguntó cómo habría quedado la cuenta bancaria de Norgren).

Norgren afloró con dificultad de su ensueño.

—¿Quién? —preguntó embobado.

—La chica que estoy buscando.

—Tú estás loco de remate —dijo Norgren exasperado—. Estoy proporcionándote la mayor juerga de tu vida y tú no haces más que hablar de esa estúpida. ¿Es que no te gustan éstas? Dime cuál te gusta más y te la conseguiré—. Tiró sobre la mesa su tarjeta de crédito—. ¡No tienes más que decirlo, amigo!

Al ver la tarjeta de crédito sobre la mesa, uno de los «conejitos» sirvió otro trago a Norgren y luego reseñó la deuda en la terminal de computadoras instalada en una columna de falso mármol situada entre ellos y una orquesta latinoamericana que desgranaba ritmos provocativos. Norgren sonrió cordialmente tras el ondulante trasero del «conejito» mientras éste se alejaba de ellos.

—¿Viste qué brillo hay en sus ojos? —preguntó, con voz algo torpe—. Aquí me conocen, sabes. No tengo siquiera que pedir que me sirvan. Ya ves... no hace falta que diga nada; yo sé y ella sabe que yo sé... —eructó suavemente—. El asunto es dejar bien claro quién es el que manda. Tratarlas con dureza, eso es lo que yo digo...

Bebió ávidamente sin dejar de mirar a los «conejitos» que pasaban. Lenning advirtió que un tipo que estaba sentado en una mesa próxima miraba calculadoramente a Norgren.

Norgren había acabado su copa y pidió otra ronda. Lenning se levantó.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó torpemente Norgren—. ¿Es qué no te parece bastante buena para ti la compañía?

—Voy al lavabo —dijo Lenning—. Ahora vuelvo.

—Claro, claro —murmuró Norgren; luego alzó la voz—: ¡Eh, dónde está mi bebida!

Lenning salió al vestíbulo y enseñó al portero y a un par de «conejitos» desocupados la foto. Sin resultado.

—Si actuó en ese tipo de películas —dijo uno de los «conejitos»— no podría estar aquí de todos modos.

—No comprendo...

—Desde luego que no —dijo ella, mirándole—. Sin embargo, si quieres

compañía...

Lenning la dejó y entró en los servicios de caballeros. El encargado, un hombre alto y canoso de imponentes ademanes y resplandeciente uniforme, estaba un poco borracho y más que un poco sentimental.

—Yo tenía una hija parecida a ésa —dijo lastimosamente a Lenning y siguió luego contando una historia más sórdida de lo habitual que terminaba en una zanja sin nombre de los suburbios.

—Yo creía que Ciudad Ocupada era lo último —dijo Lenning.

—Eso es lo que ellos quieren que se crea —dijo el empleado, frotando con aire ausente uno de los resplandecientes botones de metal de su traje—. Supongo que en otros tiempos lo era; antes de que la mafia invadiese esto y lo convirtiese en un negocio. Ahora no permitirían nada parecido; en cuanto permitiesen la entrada de criminales aquí, empezarían a asaltar a los clientes y eso acabaría con el negocio. Esto —dijo, abarcando con un gesto toda la zona— no es más que una farsa, destinada a hacer creer a los idiotas que están visitando un antro del hampa en el que puede pasar cualquier cosa. Lo que ellos buscan es peligro; pero en realidad no quieren verse metidos en líos. Por eso han hecho todo este montaje, para que vengan los imbéciles que buscan emociones. Las chicas pasan revisiones médicas todas las semanas —miró a Lenning, apretando las mandíbulas—. Si usted quiere cosas auténticas, señor, es mejor que vaya a los suburbios.

—Oh —dijo Lenning.

—Esté usted seguro, si les da usted la menor oportunidad los de la mafia le sacarán hasta el último céntimo. Pero sin violencia. La violencia es mala para el negocio. —Agitó un gordo dedo frente a la cara de Lenning.

Lenning abandonó pensativo el servicio de caballeros y volvió a la mesa del restaurante. O intentó hacerlo. Allí estaba Norgren rodeado por lo menos de una docena de jóvenes «conejitos» y delgados individuos de trajes oscuros y fríos ojos; todos ellos bebían, hablaban y cantaban. Cantaban canciones estudiantiles que Norgren dirigía con grandiosos gestos. Al ver a Lenning se echó a reír estruendosamente.

—Ese es el tipo de quien os he hablado —dijo a sus nuevos amigos—. ¡Miradle!

Todos se volvieron y miraron a Lenning. Ojos fríos e impersonales le revisaron y volvieron luego, satisfechos, a Norgren. Este había olvidado ya a Lenning, e iniciaba una nueva canción. Estaba retrepado en su silla, gozando de la firme atención de sus invitados, agitando en el aire su tarjeta InterCredit. Mientras Lenning contemplaba la escena, un «conejito» extrajo diestramente la tarjeta de entre los dedos de Norgren y la introdujo en la terminal de la computadora. Parpadearon luces y giraron discos. Norgren debía haber sobrepasado hacía mucho su tasa de crédito, pero la tarjeta estaba respaldada por MultiCo. Ellos pagarían. En cuanto a Norgren... en fin, ese era otro asunto. MultiCo cobraría a Norgren, de un modo u otro, aquel dinero más intereses y multas; y ése sería el fin de la insignificante carrera de Norgren como ejecutivo. Con suerte, podría acabar de verdad en Ciudad Ocupada; sin trabajo, ni vivienda, ni dinero ni futuro.

Lenning contemplaba a aquel grupo que rodeaba la mesa, todos cantando y riendo, consciente de un par de hombres que habían ido tomando posiciones entre él y el grupo. Se encogió de hombros y salió al vestíbulo, donde el portero le había abierto ya la puerta.

Salió silenciosamente, y paseó sin objetivo un par de veces ante la puerta y luego se fue. Tras él fueron perdiéndose en la penumbra unas cuantas palabras

desconectadas de una vieja canción estudiantil.

XVIII

En sus ocultas madrigueras, las ruedas de cambio giraban perezosamente, aumentando poco a poco su velocidad a medida que miles de ignorantes pero obedientes ejecutivos añadían al conjunto su modesta cuota de energía. Entre las altas cimas de los Alpes Suizos, los míticos gnomos de Zurich salían parpadeando a la luz del sol, asaltándose mutuamente con acusaciones infundadas.

—No sé quién empezó esto —decían—, pero no me gusta.

Dicho esto, volvían a guardar su oro y sus malas conciencias, murmurando coléricos entre sí.

Las ruedas del cambio giraban ayudadas por una voz suave y sumamente persuasiva que hablaba con un marcado acento semita suroccidental. En Londres, el honorable Bert Rockingham Lowchester-Harris, Lord Howarth, sexto conde de Madrigham, presidente del consejo de administración de Rolls Royce Británica Ltd., abrió una carta personal. Quedó fulminado sobre su elegante escritorio de caoba al saber que tanto él como toda la empresa y sus filiales, unas treinta fábricas y más de trescientos veinte mil empleados, sin contar sus familias, serían trasladados a Ambartjik, un lugar pintorescamente situado en el estuario del río Kolyma, en el norte de Siberia.

En Detroit, Estados Unidos, trece ejecutivos de alto nivel intentaron sin éxito dimitir cuando les informaron de que tanto la General Motors como la Ford pasarían a emplazarse en la ciudad de Ust-Aldan, en las montañas Verchojansk, en el norte de Siberia. Ust-Aldan es famosa por sus manantiales de aguas medicinales, usados hasta entonces sólo por unos cuantos pastores; en esta región montañosa puede encontrarse también un excelente queso de cabra. En el plazo de una semana, más de un millón de personas relacionadas con la fabricación de automóviles gozarían de estas bendiciones, pues el traslado se iniciaría al día siguiente con transporte aéreo de hombres y máquinas, en una operación sin precedentes en la historia.

En Inglaterra, Alemania, Holanda, Bélgica, Finlandia, Suecia, Italia, Canadá, Estados Unidos, España, Brasil, Grecia, Yugoeslavia y una serie de naciones industriales menos distinguidas, obreros y ejecutivos empezaron a desmayarse al recibir la noticia de que habrían de trasladarse a Novaja Zemlja, Cabo Tjeljuskin, Turuchansk, Russkoje-Uste, Verchojansk y otras madrigueras de ratas del norte de Siberia. Nadie había oído hablar nunca de aquellos lugares, ni había deseado visitarlos, no digamos ya vivir en ellos. Las órdenes eran no rechistar y empezar a hacer las maletas, pues iba a iniciarse de un momento a otro la operación transporte aéreo mayor de la historia, y los alborotadores irían los primeros. Tendrían que hacer los primeros trabajos, como instalar fábricas prefabricadas en un clima que nunca superaba los veinticinco grados Fahrenheit bajo cero.

—¿Pero y la Guerra Fría? —gritó un técnico en computadoras de Aix, en el Sur de Francia, al enterarse de que toda la población de Aix sería trasladada a la insignificante ciudad de Ojmjakon, en las montañas Tjerskij, en el norte de Siberia; lugar famoso por la ferocidad de sus lobos y por una especie de licor que hacían con leche de yegua fermentada—. ¿Y el Telón de Acero?

—La Guerra Fría se suspende de momento —le dijeron los funcionarios de la empresa—. Ahora, dése prisa.

—¡Pero no pueden hacerme esto! —gritaba con patética furia el técnico. Esto

evidentemente no precisaba respuesta, pues ya se lo habían hecho; y el funcionario de la empresa continuó con gálico espíritu con la persona siguiente de la lista. Se encontró con que él mismo sería trasladado a una oscura aldea de una de las islas de Svernaja Zemlja, lo que inspiró a sus colegas muchos chistes, hasta que descubrieron que todos habrían de hacerle compañía.

Por toda Europa y por toda América millones de personas se enteraron de que las empresas en que trabajaban serían trasladadas a Siberia, y que la transferencia de hombres y de equipo se iniciaría en una semana o en un mes; o, como máximo, en seis meses. Los que quisieran seguir a la empresa a su nuevo emplazamiento en las profundidades de Asia se veían alentados a hacerlo con promesas de saludables aumentos de salario y transportes gratuitos para toda la familia, incluyendo las personas de edad avanzada que dependiesen de ella. Pero no tenían obligación de ir. Si querían podían quedarse y morirse de hambre, pues jamás conseguirían otro trabajo. Todo era limpio, democrático y honrado, y la gente chilló un rato y luego empezó a comprar ropas de abrigo. En Siberia hacía mucho frío.

—No es que en realidad me preocupe —dijo el emir Umir ar-Rechehidd—, pero, ¿por qué trasladas a toda esa gente y esas fábricas?

El jeque Yarasin se encogió de hombros y no dijo nada. Caminaban por el borde del Oasis de Ado, contemplando el desierto interminable. Un lúgubre viento se arrastraba lentamente sobre las dunas, gimiendo una antigua protesta por el destino del hombre y de la naturaleza.

—Ese traslado de las fábricas de automóviles al norte de Siberia, por ejemplo —continuó el emir—. ¿Por qué molestarse en eso? Y además, ¿qué va a hacer esa gente allí?

—Supongo que podrían hacer tractores o algo así —dijo el jeque—. Pero en fin, de todos modos ésa no es la cuestión.

—Comprendo —dijo el emir, sin comprender nada.

—Soy propietario del mundo —dijo el jeque, y luego añadió precipitadamente, al ver un brillo peligroso en los ojos de su hermano—: Quiero decir, soy dueño del mundo entero excepto de Juri. Llevo ya mucho tiempo siéndolo, y hace un par de días me di cuenta de que empezaba a resultarme aburrido. Soy el dueño del mundo, muy bien, ¿pero qué puedo *hacer* con él?

El emir tenía algunas buenas ideas; pero se limitó a cabecear secamente.

—La omnipotencia —dijo pensativo el jeque Yarasin— engendra tedio. Es una verdad que he comprobado.

—El Corán nos dice... —alegó con firmeza el emir.

—Desde luego —cortó rápidamente el jeque— comprendo que la omnipotencia es una carga demasiado pesada para un simple ser humano. Así que me pregunté qué debería hacer con el mundo, ahora que es mío.

Siguió caminando sin dejar de contemplar ni un instante el inalterable e inmenso desierto.

—Así que —continuó— decidí cambiar un poco las cosas.

—¿Por qué? —preguntó el emir.

—Bueno, algo tengo que hacer, ¿no? Además esto es bueno para los diablos blancos. Nuevos escenarios, un nuevo principio... Europa está superpoblada. Estoy haciéndoles un gran favor, en realidad. Escucha —dijo, hallando una vía de razonamiento—, trasladando a esos millones de personas de Europa y América les doy la posibilidad de empezar una nueva vida, de un cambio que de otro modo nunca podrían realizar. Quiero empezar con seis o siete millones de personas;

trasladarlas al norte de Siberia. Esto podrá realizarse en dos meses. Después, trasladaré a más gente, mucha más. Asia es gigantesca; hay sitio allí para muchos millones.

Al emir la idea le pareció ridícula y así lo manifestó, añadiendo algunos acres comentarios sobre el disparate que era hacer favores a los diablos blancos, y jugar a ser Dios con ignorantes extranjeros. Además, dijo, no resultaría. Debía encontrar un medio mejor de pasar el tiempo; por ejemplo, con su camello, su rifle y su mujer, cosas que últimamente tenía muy olvidadas.

—El sistema occidental no es el nuestro —le dijo el jeque Yarasin—. Si yo fuese simplemente un gobierno, esta tarea quedaría sin duda fuera de mi alcance, pues nadie dejaría voluntariamente las tierras de sus antepasados para iniciar una nueva vida en un país lejano. Tendría que contarles muchas mentiras sobre las maravillas de esa nueva vida y prometerles muchas cosas para poder atraer a unos miles de crédulos al otro extremo del mundo. Pero no soy un gobierno, y me limito a dar órdenes para que se trasladen industrias claves a esos lugares lejanos. Al ser propietario de esas industrias, nadie pone en entredicho mi derecho a hacer con ellas lo que me plazca; y todos esos millones de empleados seguirán voluntariamente a las industrias porque no tienen más alternativa que eso o morirse de hambre. En realidad es muy fácil.

—Pero, *¿por qué?* —preguntó de nuevo el emir.

El jeque caviló unos instantes.

—No lo sé —contestó al fin—. Supongo que es sólo porque últimamente me aburro mucho. Esto me mantendrá ocupado durante un año o dos. Con el traslado de esos miles de fábricas e industrias claves de Europa a Asia, tendré bastantes cosas que hacer, puesto que sólo yo sé exactamente lo que va a pasar. De momento, sólo siguen funcionando más o menos como siempre en el mundo los centros de MultiCo; y no pueden hacer nada a menos que yo dé las órdenes. Significa, por tanto, que voy a estar muy ocupado.

El emir se volvió para contemplar el destartalado cobertizo de su hermano, lúgubremente iluminado por la luna. Frunció el ceño, pensativo.

—¿Y qué pasaría si dejases de dar esas órdenes? —preguntó.

—¿Qué pasa —contestó el jeque— si el camello que dirige el rebaño lo abandona de pronto? Que el rebaño se dispersa —cabeceó—. No sé, aunque tengo una idea.

El emir también tenía algunas ideas, pero de nuevo prefirió prudentemente no exponerlas. Contempló el desierto de sus antepasados, plácido y silencioso bajo la fría y blanca luz de la eterna luna. En otros tiempos, orgullosos beduinos habían recorrido el desierto, tomando en él lo que deseaban y conservando lo que tomaban. Eso había sido antes de los demonios blancos; cuando la palabra de Alá era la única ley que un hombre libre necesitaba, suplementada a veces con el poder del camello y el rifle.

—Este traslado de la gente, aunque sean sólo diablos blancos, me repugna —declaró—. Un beduino nunca lo admitiría.

—Un beduino no —aceptó el jeque—. Pero se trata de gentes civilizadas; gentes que hacen simplemente lo que les mandan hacer.

XIX

Johan Erik Decker Jonson era un hombre de estatura mediana, edad mediana, temperamento un tanto irritable, pelo rubio a cepillo, y que intentaba sin éxito

aparentar veinticinco años. El inmenso cristal transparente que formaba el tablero de su mesa de despacho dejaba ver largas piernas huesudas y unas perneras ligeramente rozadas. Los zapatos eran de vivo color, brillantes como faros multicolores en contraste con la moqueta oscura. La brillante extensión de la mesa de cristal estaba vacía, salvo por un pequeño dictáfono y un solitario papel colocado en su centro geométrico exacto. Tras él, inmensos planos enmarcados indicaban provechosas transacciones comerciales con curvas siempre ascendentes. Un cartel junto a una gran ventana que daba al Castillo Real decía: «Agua sueca... de insuperable calidad», con un fondo de olas verde-azules en las que se reflejaba una bandera sueca.

—Si pretende usted chantajearme, olvídelo —dijo—. A mi mujer le da igual.

—Sólo quiero localizarla, nada más —dijo Lenning—. Trabajo para InterAd.

—Yo trabajo para InterAgua —dijo Jonson—. Eso significa que casi somos colegas, ¿no? Los dos trabajamos para MultiCo.

Percibiendo que Jonson no estaba particularmente interesado en hablar de Anniki Norijn por el momento, Lenning dijo:

—¿Y qué es lo que venden aquí?

—Agua —dijo Jonson—. Magnífica agua sueca, principalmente para los países de la Asociación Europea de Libre Comercio, la AELC. Agua de gran calidad; casi potable. —Hizo un gesto indicando el cartel.

—Pues me parece que nunca había oído hablar de ustedes —dijo Lenning.

—No me sorprendería. Como le dije somos exportadores. Quizás usted no lo sepa, pero el agua es el tercer artículo de exportación de Suecia, después de la pulpa de madera y el acero selecto. Y si las cosas siguen como hasta ahora, será la industria de exportación número uno de aquí a una década como máximo.

—Nadie usa tanta agua —dijo Lenning.

—Piénselo —dijo Jonson—. Usted desayuna, ¿no? Probablemente coma un par de bocadillos, un huevo y se beba una taza de café. Sólo para producir ese desayuno se necesita más de una tonelada de agua pura. Y si lee usted el periódico de la mañana también, piense que cuesta otra media tonelada de agua. En un día probablemente consuma usted un total de alimentos que han costado diez toneladas de agua. Y no le digo nada de la hidroenergía que gasta usted en un día, o de todas las otras cosas que utiliza usted en un día; todas necesitan toneladas y toneladas de agua para su producción. Sólo la comida de un individuo exige unas diez toneladas de agua pura por día. Y eso es mucho comparado con otros países. Los alemanes gastan sólo la mitad. Los indios sólo un quinto. Y aunque reciclen el agua veinte o treinta veces antes de contaminar el mar con ella, resulta cara.

—Pero el agua es el elemento más común que existe en la naturaleza —protestó Lenning.

—Sin duda. Pero sólo un tres por ciento de ella es agua fresca, y estamos utilizándola muchísimo. Para fabricar un kilo de carne de buey de primera se necesitan treinta y cinco toneladas de agua; por eso hay buey en todas partes hoy en día. La carne de soja es más barata, en cuanto a consumo de agua. No quiero ni decirle la cantidad de agua que se gasta para hacer una tonelada de acero inoxidable o de pasta de madera; no lo creería usted.

—Bueno, ¿y por qué no perforan pozos o hacen cosas así? —preguntó Lenning.

—Sí, claro. Bastaría perforar a una profundidad de cuatrocientos metros en el lugar correcto, para encontrar agua subterránea. Las capas de agua han estado descendiendo constantemente durante el siglo pasado. Y al descender se mezclan con agua salada y destruyen las tierras de cultivo dejándolas inservibles para la

agricultura. —Suspiró, contemplando sus inmaculadas rodillas—. He oído que están inundando ahora Zuider Zee. El agua del subsuelo ha desaparecido y el agua marina empieza a filtrarse, con lo que la mayoría de Holanda se quedará sin terrenos aptos para la agricultura. Al parecer esperan conseguir así algo de pesca. Tienen pocas posibilidades con esas aguas contaminadas.

—¿Y qué hacen ustedes? —preguntó Lenning.

—Vendemos agua de los lagos Vänern, Vattern y Mälaren —contestó Jonson—. Magnífica agua sueca. Desde luego, tal como está no es potable; pero no se imagina el agua que tienen en el Continente. La poca que queda es basura sólida. El agua que vendemos va en tuberías directamente al Continente. Sólo en este año he vendido unos cien millones de toneladas de agua del Mälaren a Alemania. Por supuesto, eso no es nada comparado con nuestras ventas de agua del Wätern y del Vänern, pero estamos empezando. Y a cincuenta eurodólares por tonelada, significa dinero.

—Nadie puede permitirse una cosa así —dijo Lenning.

—Cuando se tiene suficiente sed, se paga lo que sea por el agua —dijo Jonson—. De cualquier modo, es sólo un tercio de lo que cuesta el petróleo crudo. Y el agua es más importante. Además, ya tienen lluvia gratis, ¿no? Y no fui *yo* quien contaminó su agua. Si no les agradan nuestros precios, que no compren. Hay muchos otros clientes esperando, pidiéndonos que elevemos sus cuotas de agua.

—Pero no puede negárseles el agua —dijo Lenning.

—No —convino Jonson—. Hace un par de años la Alianza Norteamericana del Agua y la Energía intentó salvar a Los Angeles llevando agua del Canadá, y los canadienses se negaron a permitir a Estados Unidos extraer agua de los grandes lagos. Ahora hay una guerra del agua por toda la frontera canadiense. ¡Una auténtica guerra amigo mío! Los Angeles no es más que una ciudad fantasma. Alemania y Holanda, por no mencionar otros estados, saltarían sobre nosotros inmediatamente si intentásemos paralizar el suministro de agua, y desde luego entiendo perfectamente su postura. Así que seguimos suministrándosela y haciéndoles pagar por cada gota. Como dije, no somos responsables de su contaminación, pero somos amables y les suministramos agua a precios decentes.

—Esta mañana me bañé —dijo Lenning, sintiéndose vagamente culpable.

—Cuéntele eso a un alemán —dijo Jonson—. Seguro que no se ha dado un baño decente en un año. Allí el agua es demasiado cara para bañarse. ¡Y debería usted ver lo que pasa en algunos de esos estados árabes! ¡Debería usted verlo si cree que la situación de los alemanes es mala! Allí hay guerras de agua constantemente.

—Yo creía que el agua era lo único que pertenecía a todo el género humano —dijo Lenning—. No comprendo cómo...

—Cuando yo era niño —dijo Jonson— esos cochinos árabes decidieron de pronto no vendernos más petróleo. Y entonces necesitábamos realmente petróleo para seguir funcionando. ¿Qué hicimos? Se lo diré. Nos pusimos de rodillas, lamimos sus botas y borramos Israel del mapa, sólo para contentarles y conseguir un poco de petróleo. Ahora ya no les queda petróleo, al menos a la mayoría; y nos llaman bandidos por no venderles agua. —Escupió—. Que beban arena esos malditos.

Hizo una larga pausa y contempló pensativo el techo. Luego añadió:

—En fin, por aquel entonces nosotros podíamos pagar el petróleo. Pero a esos árabes no les queda ni un céntimo para pagar el agua, y no tienen petróleo para

sus plantas de desalinización. Transformaron algunos de los viejos barcos petroleros para poder transportar en ellos agua, pero eso no soluciona nada; empeora aún más las cosas. Significa agua para un par de jeques y para sus sicarios; pero el resto... —se pasó un dedo por el cuello.

Lenning no dijo nada.

—En fin —dijo Jonson—, no es que nosotros estemos mucho mejor, desde luego. Podemos exportar agua y aún nos queda suficiente para la industria y para tomar un baño decente una vez por semana. Pero también aquí el agua del subsuelo está bajando rápidamente; y si no fuese porque un par de millones de alemanes, belgas y holandeses nos saltarían al cuello si no les suministrásemos agua, la guardaríamos para nosotros. ¿Sabe usted que el nivel del agua descendió un metro sólo en el último año en el lago Mälaren? Quizás no le parezca mucho, pero significa que no podemos permitir que entre en el lago un barco con más de 2,64 metros de calado. No quiero ni decirle lo que eso significa para el comercio naval. Yo lo sé muy bien; les tengo constantemente encima. Exportamos ese agua de alcantarilla a los países de la AELC porque su agua es aún peor que la nuestra. La poca que tienen. Pero tenemos que importar mucha agua potable para beber también nosotros... ¿y de dónde supone que la importamos? ¡De Noruega! Esos noruegos tienen petróleo y agua y cobran precios increíbles por ellos. Ahora piden ocho coronas por un litro de agua, empaquetada en cubos de papel. Esto significa un precio dieciséis veces mayor que el que cobramos nosotros por nuestra agua. Le aseguro que, comparados con ellos, no somos más que un puñado de buenos samaritanos. ¡Estamos dándola prácticamente regalada!

Hizo una pausa y luego murmuró lentamente:

—¡Y pensar que hace cien años ese cochino país pertenecía a Suecia!

—¿De veras? No lo sabía —dijo Lenning.

—No es que sea algo como para que nos pongamos a proclamarlo a voces desde los tejados —dijo Jonson—. Es un negocio delicado, muy delicado. Lo lógico sería pensar que con unos dieciséis millones de toneladas de maravillosa agua pura cayendo del cielo cada segundo, a lo largo del año, no tendría que haber crisis de agua. Pero sólo una cuarta parte de ella cae en la tierra y la mayor parte se evapora. Sencillamente no hay bastante para todos. Hasta hace cuarenta o cincuenta años, la mayoría de las naciones vivían principalmente del agua del subsuelo, agua fósil, pozos artesianos y cosas por el estilo; pero ahora el agua del subsuelo se encuentra a mil metros por debajo de la superficie en algunos puntos. El agua fósil se ha agotado, y la mayoría de los pozos artesianos no podemos utilizarlos ya si queremos seguir por encima del océano. Australia tuvo que cerrar su último pozo artesiano hace quince años. La perspectiva era o ésa o dejar que todo el Continente se hundiera. Sin duda todavía hay sitios como Islandia, con sus géiseres, pero apenas sí tienen para sus propias necesidades, bastante frugales por otra parte. Tal como están las cosas, algunas naciones, como Escandinavia, Canadá y un par más tienen agua, lo cual significa que aún seguimos viviendo como seres humanos. Y utilizamos gran parte de ella para impedir que nuestros vecinos nos la arrebaten por la fuerza.

»Esto desde luego significa un gran negocio. Las empresas hidráulicas figuran entre las más importantes del mundo en estos tiempos; pero hacer negocios con el agua es como caminar sobre cáscaras de huevo. No hay aquí un solo asesor de ventas que no tenga úlceras permanentes. —Lanzó un suspiro, contemplando sus pulidos zapatos—. Disculpe por todas estas disquisiciones, pero hoy en día todo son problemas. Hay delegaciones de todas partes fastidiándome y asediándome,

día tras día; y ahora, encima esto —se levantó—. Permítame que le convide a beber algo en algún sitio donde podamos hablar tranquilamente.

Bajaron en el ascensor y cruzaron el vestíbulo, decorado de suelo a techo con carteles que ensalzaban las maravillas del agua sueca («¡El setenta por ciento de su cuerpo es agua! ¡Una rebanada de pan cuesta ciento cuarenta litros de agua! ¡Un huevo cuesta cuatrocientos litros de agua! ¡Un litro de leche cuesta cuatro mil quinientos litros de agua! ¡El consumo diario de agua! ¡El consumo diario de agua per cápita sólo para la producción de alimentos es en Australia de 16,5 toneladas, en los Estados Unidos 9, en Escandinavia 10, en Alemania 4, en el Japón 3, en la India 1,6 y en la Arabia Saudita 0,8!»).

El Gran Hotel de Estocolmo estaba al lado del Edificio de InterAgua, antigua sede central de la Confederación de Empresarios Suecos. Se sentaron en una mesa de la cafetería, y Jonson pidió whisky con agua.

—Y no traiga esa mierda de agua sueca, ¿me oye? —dijo al camarero—. De vez en cuando intentan darte agua local reciclada —explicó a Lenning—. A otro podrían engañarle, pero yo aprecio la diferencia. Es muy triste que uno no pueda beber en estos tiempos más que agua noruega envasada.

—Respecto a esa chica —dijo Lenning, procurando no mirar al individuo que se sentaba al lado y que estaba comiendo algo que parecía casi un auténtico filete de buey.

—Explíqueme usted primero —dijo Jonson—. ¿Por qué se molesta tanto por esa chica con tantas como hay en el mundo?

Lenning se lo explicó todo.

—Comprendo —dijo Jonson.

Estuvo cavilando un rato, saliendo de sus cavilaciones únicamente cuando llegaron las bebidas. Con aire ausente entregó a la camarera su tarjeta de InterCredit y alzó su vaso.

—Skal —dijo; luego añadió—: No sabía que fuese la primogénita del milenario. En realidad sé muy poco de ella.

Bebió un trago de whisky y chasqueó los labios. Luego continuó:

—En realidad, no sé nada de ella. Incluso esa dirección que me dio, en Ciudad Ocupada, es falsa. Ella nunca vivió allí; me lo confesó. Sólo utilizaba aquella dirección como buzón de correos y parecía conocer a alguna gente importante bastante bien. Eso es todo lo que sé.

—¿Cómo llegó usted a conocerla? —preguntó Lenning.

—¿Qué tiene que ver eso? Se trata de algo personal, ¿no cree?

—Sólo intento encontrarla —dijo Lenning—. Y si usted no sabe su paradero, quizás algún otro pudiera...

Jonson vaciló.

—En mi trabajo se hacen toda clase de contactos —dijo por fin—. Ya sabe, se presentan tratos irregulares; gente que compra y vende agua. Esas cosas. Así que de vez en cuando veo a ese tipo, ese tal Eulenspiegel... así dice llamarse, aunque sea un nombre bastante curioso. Probablemente pertenezca a la Mafia, aunque nunca hice comprobaciones. En fin, lo cierto es que proporciona compañía femenina algunas veces a los clientes que están aquí de visita. Le llamamos y él proporciona las chicas, a precios bastante decentes, además. Y así la conocí a ella; era por entonces una especie de aspirante a estrella en InterFilm. Empecé a verla más o menos regularmente. Lo habitual, yo le pagaba algunas de sus facturas remitiendo el dinero a esa dirección y ella a cambio era cariñosa conmigo.

—¿Se convirtió en su amante?

—Bueno —dijo Jonson—, si quiere usted usar esa palabra. Pero no había nada personal. Quiero decir que en realidad no sé nada de ella. Simplemente soltaba un poco de vapor y la llevaba conmigo a algunas fiestas a las que hubiese sido imposible llevar a mi mujer. —Hizo un guiño conspiratorio—. Ya sabe, una especie de servicio de escolta con beneficios adicionales.

—Ya —dijo Lenning.

—Cuando llegue usted a mis años —dijo Jonson— hará lo mismo. Una vez pasados los cuarenta uno descubre que las chicas dejan de ser gratis, sobre todo las jóvenes. Así que la solución está en llamar a una de éstas y...

—Yo no podría hacer una cosa así —dijo Lenning, sintiendo que su sangre puritana empezaba a bullir—. Eso me parece... me parece... —empezó a tartamudear.

—Le parezco a usted un viejo verde —dijo Jonson—. Por supuesto, lo soy. Pero dentro de diez años descubrirá que ya no es usted un Don Juan y entonces tendrá que pagar por ello, como los demás.

Se inclinó hacia él sobre la mesa y añadió:

—Me parece usted un joven agradable, y le cuento esto porque yo fui también en otros tiempos un joven agradable, y eso no me dio más que dolores de cabeza. Como le dije, anduve un tiempo con esa chica, le di algún dinero y disfruté lo que ella me ofrecía por ese dinero y nada más. Hace ya tiempo que no la veo; y además no quiero volver a verla. Para mí ese asunto está liquidado.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con ese tal Eulenspiegel?

Jonson lanzó un suspiro. Luego dijo:

—De acuerdo —buscó en su agenda un número de teléfono—. Llame a este número y no diga una palabra de su conversación conmigo ni que yo le di información. Diga simplemente que alguien le sugirió que llamara a ese número y llegara a un acuerdo con él sobre esa chica. Él sabrá dónde está. Tenga cuidado cuando empiece a hablar de dinero. Puede intentar aprovecharse de un muchacho inocente como usted.

Lenning se levantó.

—¿Quiere usted decir que me cobrará por hablar con ella? ¿Como si fuese un pedazo de carne?

—Si fuese carne no podría usted permitírsela —dijo Jonson alzando su vaso—. Digamos un postre de fruta de soja reciclada; con aroma artificial, y con devolución después del uso.

Lenning salió de allí, colorado hasta las orejas, seguido por la sonora risa de Jonson.

XX

La chica de hermoso pelo se bajó de la silla y retrocedió unos pasos, contemplando su obra. La soga colgaba del techo, asegurada a un gancho por un firme nudo y concluía en un lazo corredizo diestramente atado. La chica subió de nuevo a la silla, agarró la soga con ambas manos y se colgó en el aire, comprobando su firmeza. Convencida de lo perfecto de su obra, bajó de nuevo y encendió un cigarrillo, se sentó en la silla y dejó vagar una mirada vacía por el aire. El lazo corredizo se balanceaba lentamente sobre su cabeza.

Concluido el cigarrillo, lo tiró al suelo y lo aplastó cuidadosamente con el tacón. Miró a su alrededor con viveza y contempló todos los objetos y símbolos propios de una adolescente que la miraban cavilosos desde las paredes. Hubo un

desmayado susurro de música de cuerda en el aire; cosa harto extraña pues la radio, el televisor y el magnetófono estaban desconectados. Subió de nuevo a la silla, equilibrándose torpemente en sus zapatos de tacón alto, metió la cabeza en el lazo corredizo, lo ajustó cuidadosamente a su cuello, cerró los ojos y tiró de una patada la silla.

Quizás cambiase de idea al caer; dio igual. Sus ojos se desorbitaron bruscamente, se abrió su boca en un grito mudo, volaron sus manos al cuello tirando desesperadamente del lazo estrangulados. Parecía bailar en el aire, parecía como si su cuerpo se tambalease en el vacío manipulado por hilos invisibles. La cámara se aproximó a su rostro, ya hinchado; la lengua salía de entre los labios, amoratada y mordida. La cámara registró amorosamente todos estos detalles exquisitos y luego pasó a un breve primer plano de esbeltas piernas pateando en el aire; volvió tras ellos a la cara, aproximándose lentamente, hasta que los desorbitados ojos y la boca llenaron la pantalla. Tardó casi cinco minutos en relajarse al fin y, con un último estertor convulsivo, colgar inerte de la soga como una muñeca de trapo. El largo pelo rubio cubría su rostro, ocultando en parte los deformados y descoloridos rasgos. La cámara enfocó la habitación con el cadáver balanceándose lentamente en el centro. Al elevarse la música de fondo parpadeó un mensaje en la pantalla:

INTERRUMPIMOS AHORA PARA DAR LAS NOTICIAS, PERO VOLVEREMOS DENTRO DE CINCO MINUTOS. NO DESCONECTEN, POR FAVOR; NO SE PIERDAN ESTE EMOCIONANTE DESARROLLO DE NUESTRA SERIE «UNA FAMILIA SUECA», RETRANSMITIDA EN DIRECTO PARA USTED POR SM5X, LA EMISORA QUE SIEMPRE LE DA...

—Vaya —dijo Anniki. Se relajó en su silla, apagando un cigarrillo momentáneamente olvidado. Miró al techo, y ante sus ojos aún seguía la imagen de la ahorcada. *¡Vaya éxito!* pensó admirada. *¡Y además en el momento justo!*

Ella sabía, como todo el mundo, que el número de seguidores de *Una familia sueca* había descendido peligrosamente en los últimos seis meses, quedando reducido al nivel más bajo, a un treinta y ocho por ciento, frente al fantástico setenta y uno por ciento de que había gozado en sus momentos de mayor apogeo. Que, dicho sea de paso, había sido cuando Karl Andersson, el marido, tenía aquel asunto con su secretaria; las infracámaras lo recogían todo en la penumbra del dormitorio extramarital. Anniki se preguntó unos instantes cómo habría lograda la emisora convencer a Lisa Andersson para prestarse a aquello, y luego se encogió de hombros rechazando el pensamiento. Lo habían conseguido, ¿no? Eso bastaba.

La SM5X tenía una consigna famosa: «La emisora que siempre le da lo mejor». Esta vez no había duda de que lo habían conseguido. Y además en directo.

El breve noticiario terminó y súbitamente volvió a aparecer en la pantalla la misma habitación con el cadáver balanceándose lentamente. Alguien llamó a la puerta y, al no recibir respuesta, giró la manilla. La cámara se acercó lentamente. Se abrió la puerta y apareció allí Ingegerd Andersson, la madre, conocida, amada y compadecida por millones de devotos seguidores del programa. La cámara la captó en un hermoso ángulo, con la cara hinchada de su hija como primer plano, ocultando parcialmente la suya propia. Lentamente, el desconcierto dejó paso a la incredulidad y luego al desnudo y crudo horror. Se llevó las manos a las sienes y comenzó a gritar, a gritar, a gritar.

Anniki lo estaba grabando todo en su grabador video Scenji.

Todo empezó a finales del siglo diecinueve, cuando fotógrafos como Jakob Rus empezaron a realizar crónicas de los horrores de los Estados Unidos; trabajadores emigrantes, trabajo infantil, barrios pobres, etcétera. Él y otros como él se trasladaron con su voluminoso equipo a los barrios pobres y sacaron fotografías que habrían de causar horror a las clases superiores y medias y que se convirtieron en clásicos del arte fotográfico. Durante la década de 1930, con la llegada de películas más rápidas y cámaras más pequeñas, apareció la fotografía real. Era un nuevo medio de hacer fotografía documental; las pequeñas cámaras podían llevarse ocultas y podían hacerse tomas de situaciones en las que sería imposible obtener buenos resultados según el medio antiguo. Además, las películas más rápidas permitían trabajar sin utilizar luz extra. La fotografía real se utilizaba tanto para las fotos fijas como para las películas documentales y demostró ser inmensamente popular y productiva, tanto desde el punto de vista artístico como del monetario; allí estaba al fin lo definitivo en chismografía visual.

La televisión apareció en la década de 1930, llevando al público transmisiones en directo; se daba así la posibilidad de ver un acontecimiento en el momento en que sucedía. Pero las cámaras de televisión eran tan imperfectas que aún no era posible la retransmisión real en directo. Las emisoras aún tenían que utilizar material filmado. Lo hicieron en toda una serie de espectáculos de gran éxito; uno de los cuales, «Una familia norteamericana», era una historia semanal de las vidas auténticas de Bill y Pat Loud y sus cinco hijos. Todo lo que hacían aparecía en colores en una televisión nacional, primero en los Estados Unidos, luego en muchos otros países. Era real, en cierto modo. Todo lo que pasaba se filmaba, y luego se adaptaba a programas de una hora. Millones de espectadores seguían emocionados las circunstancias reales e íntimas de la vida familiar de los Loud, viendo que uno de sus hijos resultaba ser homosexual y luego cómo se divorciaban Bill y Pat Loud. Esto lo vieron en doce episodios, extraídos de todo lo filmado a lo largo de un período de siete meses. Fue algo espléndido, pero ¿era todo? Claro que no.

El inevitable paso siguiente era la retransmisión absolutamente en vivo, toda ella, a través de cámaras de televisión hipersensibles que pudiesen ver incluso en la oscuridad de un dormitorio. Este triunfo, este paso adelante en el mundo del espectáculo, fue obra del Servicio Público de Retransmisión de los Estados Unidos; la misma empresa que había hecho «Una familia norteamericana». Las demás empresas no tardaron en recoger la idea.

En 2015 la emisora SM5X de Suecia inició su correspondiente «Una familia sueca»; eligieron una familia de ingresos medios lo bastante estable para soportar la presión de la continua vigilancia, y también lo bastante neurótica para aportar algo interesante a la serie. Se instalaron en las paredes de su apartamento y en lugares estratégicos de su entorno, en el supermercado, en la oficina de Karl Andersson (el marido), etcétera, cámaras de televisión sensibles al color y equipo de sonido. Un apartamento próximo se convirtió en sala de control con monitores, mesas de mezclado y otros aparatos y equipos necesarios. Desde esta sala de control, millones de espectadores de toda Escandinavia podían seguir la vida de la familia Andersson las veinticuatro horas del día, con sólo breves interrupciones para dar noticias. Así, espectadores de todas partes tuvieron la posibilidad de seguir las vidas de Karl, Ingegerd, Kurt, Maja y Lisa Andersson durante más de tres años; pudieron seguir sus esperanzas y frustraciones, sus éxitos y fracasos, todo lo que hacían. Cuando Karl y su mujer Ingegerd hacían el amor en la cama, las cámaras lo registraban todo; y lo mismo hicieron cuando Maja Andersson, a

los trece años de edad, pasó por la experiencia de su primer beso y su primer contacto amoroso en rápida sucesión. Vieron, en bellos primeros planos, cómo Karl Andersson era expulsado de su trabajo, cómo volvía borracho a casa y pegaba a su esposa Ingegerd Andersson, la favorita de un millón de amas de casa. Pudieron seguir también el lento y firme deterioro de la salud mental de Lisa Andersson, causada por aquella constante vigilancia, que culminó al fin en su suicidio; suicidio que resultó extremadamente oportuno pues se produjo en un momento en que el número de espectadores del programa empezaba a descender. Lógicamente, «Una familia sueca» y sus varios imitadores eran los programas más populares del país. En todos aparecían familias normales haciendo cosas normales, con tensiones cuidadosamente introducidas que al final, normalmente, culminaron en acontecimientos calculados para elevar el número de espectadores. Un ejemplo de ello fue la infidelidad de Karl Andersson; o un incestuoso drama representado ante tres millones de espectadores en la serie «Los Johnsson», de la competencia; o el suicidio que acababa de salvar a la serie «Una familia sueca» del desastre. Con esto, la SM5X había superado todo lo hecho hasta entonces. ¿Qué proyectarían ahora?

La muerte violenta es sin duda un medio infalible de elevar el número de espectadores de un programa; todo el que está relacionado con la televisión lo sabe. El hombre normal ama la muerte y la violencia, siempre que no tenga que arriesgar su propia y querida piel; como testimoniaron la fascinación producida por las viejas películas de televisión que muestran el asesinato del presidente Kennedy, o la que muestra el asesinato de su asesino, todo en directo ante las cámaras. Las imágenes de monjes vietnamitas ardiendo siempre atrajeron espectadores. En julio de 1974, la emisora de televisión WXLT de Sarasota, Florida, alcanzó un inesperado éxito cuando el reportero de televisión Chris Chubbusk se suicidio pegándose un tiro mientras estaba en antena. Fue ésta la primera vez que un individuo se suicidó intencionadamente en directo por televisión; lógicamente, era algo que tenía que suceder alguna vez. Lo interesante fue, sin embargo, la reacción de los espectadores. La emisora recibió inmediatamente un diluvio de llamadas telefónicas. ¿Y qué querían todos aquellos miles de espectadores? ¿Se sentían conmocionados y ultrajados? ¿Expresaban su pésame? ¿Se preguntaban el *porqué*? En modo alguno. Pedían una repetición.

Los ejecutivos de las emisoras de televisión del mundo no echaron en saco roto la lección. Tenían al fin un medio perfecto de asegurarse un número creciente de espectadores. Los espectadores querían divertirse, entretenerse, y ellos les daban precisamente eso; se lo habían dado, en realidad, desde el inicio de las retransmisiones públicas. Las series de guerra y del salvaje oeste habían figurado siempre entre los programas más populares; pero nadie hasta entonces había comprendido cuánto deseaba el público y, en realidad cuánto necesitaba de cruda y desnuda violencia. Chris Chubbusk dio una lección que jamás se olvidaría. Jamás.

Este tipo de programa sin duda habría sido imposible en cualquier otro tipo de entorno cultural; pero para el hombre moderno, habituado a la violencia cotidiana, habituado al control y a la vigilancia en todas partes, las frías y resplandecientes cámaras eran un espectáculo familiar, igual que los omnipresentes aparatos de grabación. El primer urinario público controlado por televisión de Suecia se inauguró en 1970; en 2017 todos los urinarios y servicios públicos estaban controlados por cámaras de televisión, y no digamos nada de supermercados, bancos, lugares públicos, oficinas, estaciones de metro, etcétera.

Además, cualquier ciudadano podía adquirir perfeccionados artilugios de grabación e instalarlos en cualquier parte con un mínimo de conocimientos técnicos. Los vecinos se controlaban y espiaban entre sí, sólo por divertirse, y diversas agencias gubernamentales y privadas lo hacían por interés propio. No había lugar alguno libre de espionaje; era algo que uno acababa por aceptar y con lo cual había que convivir. Había el noventa por ciento de posibilidades de que alguien escuchase o viese lo que estabas haciendo en un momento dado; en definitiva, daba igual. Como decían las empresas gubernamentales y privadas que trabajaban en esta tarea de espionaje, sólo los criminales podían tener algo que temer. Si uno era un hombre honrado, no tenía por qué preocuparse. Lo mejor era olvidarlo.

Y así, por supuesto, la gente olvidaba el espionaje a que estaba sometida. Pero, una vez logrado que el espionaje se aceptara socialmente, los programas «reales» de televisión tenían que ser inevitablemente muy populares. Últimamente se había hablado incluso en los espacios culturales de instalar cámaras de televisión en todas las viviendas, conectadas en circuito cerrado a los televisores de todo el edificio, dando así a cada uno la posibilidad de conocer mucho mejor a sus vecinos. Esto, decían los autores del comentario, constituiría un medio definitivo de hermandad y comprensión. La idea fue encarnizadamente combatida por todos los fabricantes y vendedores de artilugios de espionaje, que obtuvieron inesperado apoyo de la izquierda revolucionaria, que desató sus actuales temores paranoicos, pregonando el asalto a la integridad personal que la idea significaba. Esto, decían, era exactamente lo que podía esperarse del orden capitalista establecido, plutócrata y fascista. Exponían luego vívidos paralelos con la Alemania nazi y subrayaron su postura enviando bombas postales a unos cuantos de los autores de la aborrecible propuesta. La gente sensible desechó sus argumentos y sugirió que lo que deberían hacer era trasladarse a Rusia.

Naturalmente, el ciudadano medio no leía las páginas culturales, ni se habría preocupado gran cosa aunque las hubiese leído. Si se instalaban cámaras de televisión por todas partes, acabarían acostumbrándose a ellas. Uno podía acostumbrarse a todo. Además, la intimidad era ya un lujo que sólo muy pocos podían permitirse. Difícilmente podría controlarse y espiarse más a mucha gente de lo que se hacía; el vecino de Anniki, por ejemplo, llevaba sin saberlo un transmisor subminiaturizado oculto en un empaste, cortesía de su dentista; devoto chismoso que cargaba de nuevo la batería subminiaturizada cada vez que el vecino acudía a solicitar sus servicios. Pasaba sus veladas saboreando los sonidos íntimos de treinta y seis de sus pacientes, recogidos por un receptor ultrasensible de canales múltiples. Sabía que el señor Erik Lundmark, el contable, era pederasta, y que corría constante peligro de verse descubierto; y que la pequeña y delicada Eva Goransson era puta profesional con especialidades bastante insólitas. Sabía todos los detalles del desfalco de la señora Jonna Frebman, y los detalles más sórdidos sobre las borracheras del señor Lars Linddohm. Sabía todo esto, sí, pero era un caballero y no lo revelaba.

Anniki nunca había hecho uso de sus múltiples servicios, lo que en cierto modo era una lástima; le hubiese proporcionado horas y horas de lascivo entretenimiento. Una dieta azucarada y una higiene oral satisfactoria habían tenido sus consecuencia, en este caso como en el caso de un sesenta y dos por ciento de la población. Anniki poseía una hermosa dentadura de plástico Styrotron; más fuerte, mejor y, a la larga, más barata que la dentadura natural.

En la pantalla de la televisión, Ingegerd Andersson, acuclillada en posición

fetal, lloraba histérica. Otros miembros de la familia Andersson paseaban por la habitación, evitando mirar el cadáver que se balanceaba lentamente en el extremo de la soga; nadie se atrevía a tocarlo ni a bajarlo. Alguien gritaba al teléfono. Anniki se hizo otro emparedado de pan de soja y se acomodó perezosamente en su sillón.

—¡Oh! —dijo de nuevo, sin dejar de masticar.

XXI

Tim Eulenspiegel era noruego. Lenning, por supuesto, era hombre de criterios liberales y no guardaba rencor a nadie por su raza su color o su religión; pero los noruegos eran algo especial, con sus ridículos jerseys, sus viajes en esquí, su petróleo y su repugnante agua de manantial. Pocos suecos podían estimar a un noruego en aquellos tiempos. Sólo un siglo atrás, Noruega había pertenecido a Suecia, había sido un pariente pobre que dependía para todo de su poderoso vecino. Cuando se deshizo la unión en 1905, Noruega siguió siendo un país pobre, que fue lentamente adquiriendo riqueza, pero que iba siempre por detrás de Suecia en todos los aspectos. Luego, en 1970, los noruegos descubrieron gigantescos campos petrolíferos y de gas natural en el Mar del Norte y de pronto se hicieron ricos. Suecia se ofreció amablemente a adquirir grandes cantidades de petróleo y gas natural a precios especiales, pero su oferta fue rechazada. Los asombrados suecos se encontraron con que podían comprar petróleo, agua y gas, pero a precios de mercado. Se encontraron también con el argumento de que Suecia jamás había ofrecido nada a Noruega a precios especiales. Al final, los suecos tuvieron que pagar.

Lo de tener un vecino pobre, algo extraño pero en realidad inofensivo, es agradable; proporciona una reconfortante sensación de superioridad. Pero ver que este vecino pobre se vuelve de pronto una nación rica, poderosa y desagradecida, es algo completamente distinto. Noruega se transformó en una de las naciones más poderosas del mundo, y esto era algo que ningún sueco podía perdonarles. Lenning odiaba a Eulenspiegel con todas sus fuerzas, era un odio instantáneo y absoluto.

Eulenspiegel dijo, con el típico acento cantarín de los noruegos:

—Sí, claro, puedo conseguírsela. Pero le costará dinero.

Lenning contempló su teléfono.

—Sólo quiero hablar con ella —dijo secamente.

—No soy un chulo, si es eso lo que piensa —dijo Eulenspiegel—. Usted quiere la dirección de esa chica; yo se la proporciono... por un precio. Lo demás es cuestión de ustedes dos.

—Tengo que hacerle una proposición —dijo, exasperado, Lenning.

—Oiga, amigo, esto no es una agencia de alquiler de chicas —dijo Eulenspiegel—. Yo proporciono información, eso es todo. No es que me guste mucho, pero puedo hacerlo si me apetece. Y me parece adecuado. ¿Qué me dice?

—¿Cuánto? —preguntó Lenning.

Eulenspiegel dio una cifra que puso los pelos de punta a Lenning.

—¡Está usted loco! —dijo.

—No es usted el que paga —dijo suavemente Eulenspiegel—. Es su empresa. Decídase. Tengo otras cosas que hacer.

Lenning miró el teléfono y sintió un vahído en el estómago. Por último, tragó saliva y murmuró:

—Vale. De acuerdo.

Se preguntó brevemente lo que Leonard W. Kockenberg diría del trato y si aquello le costaría su trabajo.

Eulenspiegel adoptó inmediatamente un tono de hombre de negocios:

—Su empresa va a comprar un escrito que trata de la frecuencia con que aparecen ciertas palabras clave en la obra de Arno Schmidt —dijo—. Esa cantidad se depositará en mi cuenta. El escrito será entregado en su oficina esta tarde. La dirección que usted busca irá escrita al dorso de la portada del libro. ¿Está claro?

—Claro —murmuró Lenning, con odio.

—Es un placer hacer negocios con usted —dijo Eulenspiegel, y colgó.

Lenning se quedó sentado un rato con el teléfono en la mano, murmurando inútiles y vanos comentarios con voz baja y monótona. Ya tenía bastantes problemas sin encontrarse con aquel codicioso noruego. Los costes se disparaban, los niños eran cada vez más ingobernables, su mujer seguía haciendo desfavorables comparaciones entre él y otros ejecutivos de más éxito; necesitaba un aumento de sueldo, pero aquel pago a Eulenspiegel probablemente bloquease toda posibilidad de aumento. Si conseguía dar con la chica, quizás pudiese arreglárselas para seguir con su salario actual. Suspiró, colgó el teléfono, y contempló melancólicamente el horizonte. Sonó el teléfono y tuvo una breve conversación con Norgren, a quien acababan de echar de la empresa y que le pidió prestado algún dinero en nombre de su vieja amistad. Lenning le dijo que se fuera al diablo y colgó. Luego hizo una temblorosa llamada a uno de sus numerosos jefes que le chilló, le dijo que se fuese al diablo y le colgó también, después de haber aprobado el desembolso. Lenning se quedó allí sentado otra vez, inmóvil, mirando por la ventana; luego se levantó y se fue.

—Verá usted, señor... señor Lenning —dijo, consultando su cuaderno de notas, la áspera ejecutiva astutamente—. No puede usted pretender que hagamos todo eso con su hija. Hemos hecho ya todo lo posible, todo lo que teníamos obligación de hacer... más de lo que teníamos obligación, se lo aseguro. Pero no ha valido de nada. Ella está rebajando el índice de toda la clase, y esto nos duele, comprenda.

Lenning estaba seguro de ello. En realidad, entendía muy bien por qué la escuela quería deshacerse de su hija; podía aceptar incluso que las razones eran buenas. Pero el que le gustase o no era cuestión completamente distinta.

Debería haberlo supuesto. Todas las escuelas elementales de Suecia estaban en manos de empresas privadas que trabajaban con «contratos de ejecución», y el problema tenía que plantearse. La empresa recibía determinada cuota por hacerse cargo de la enseñanza de algunos o de todos los cursos de una escuela, y garantizaba el que los alumnos aprobasen el curso. Si no lo hacían, la empresa perdía su cuota. El sistema, en conjunto, funcionaba a las mil maravillas; las empresas se veían menos obstaculizadas por la democracia y eran más proclives a las nuevas ideas pedagógicas que los organismos del gobierno. Utilizaban sistemas computados asombrosos y unos instrumentos audiovisuales de lo más perfectos, y sólo admitían a los profesores y técnicos mejor cualificados. Una de las mayores empresas de este campo, Svenka Skol AB, controlaba más de doscientos centros de tutelaje en Suecia, a los que los padres podían llevar a sus hijos para educación privada a doscientas coronas la hora. La base de su método era un sistema computado de increíble complicación, en el que se establecían programas individualizados para cada estudiante bajo el control de la computadora. InterSkol AB, la principal empresa de enseñanza, controlaba más

de seiscientas escuelas, en un campo que abarcaba desde la enseñanza básica a la secundaria. La empresa empezaba ya a introducirse en las universidades y en un año, como máximo, conseguiría un contrato de ejecución en la universidad de Estocolmo.

Pero los contratos se basaban en el nivel del alumno medio. Uno o dos alumnos insólitamente ingobernables, e incluso moderadamente retrasados, bastaban para descontrolarlo todo. La enseñanza era más lenta, el nivel medio más bajo, no se satisfacían las condiciones del contrato y la empresa perdía dinero. En consecuencia, los alumnos poco inteligentes o excesivamente díscolos no eran bien percibidos en las aulas.

—Hay clases sanitarias, ya sabe usted —dijo la mujer.

—Ya, ya lo sé —dijo Lenning.

Conocía este tipo de clases. Desde luego no llevaban a las carreras de ejecutivo que había previsto para sus hijos.

—Podría llevar también usted a su hija a uno de los dos centros de tutelaje —dijo.

—¿A doscientas coronas por hora? No podría permitírmelo.

—¿No vale más que eso el futuro de sus hijos?

—Seis horas al día, durante seis meses —dijo Lenning—. No gano ese dinero.

—En tal caso… —dijo ella.

Comprendiendo que la audiencia había terminado, Lenning se levantó. Se detuvo a la puerta y se volvió.

—¿Se da cuenta de lo que esto significa para la niña, verdad? —preguntó.

—No es nada vergonzoso ser trabajador manual —dijo ella, sin alzar la vista—. Además siempre puede ser una buena ama de casa.

—Sí, claro —dijo Lenning. Salió, sintiéndose muy viejo y muy cansado.

En aquellos tiempos de eficacia, unas cuantas travesuras infantiles podían bastar para destrozar toda una vida.

XXII

Leonard W. Kockenbergh, hijo, estaba sentado, mascando un grueso y negro puro, en la sala de juntas del Edificio MultiCo, rodeado de ejecutivos de las secciones de comercialización y publicidad. Lo mismo hacían sus colegas y sus ayudantes en los edificios que MultiCo tenía en París, Frankfurt, Milan, Londres y Nueva York; todos ellos veían un anuncio de la televisión italiana que describía las maravillas de la Crema de Sobaco Yonston, regalo de MultiCo a la humanidad. Jóvenes y despreocupadas mujeres cabrioleaban cantando las alabanzas de aquel milagroso producto del ingenio humano; las acompañaba una rústica orquesta cuyos instrumentos eran sonoras latas de Crema de Sobaco Yonston. Después del anuncio, aparecieron en las mismas pantallas muestras de anuncios en letra impresa, que fueron reemplazadas más tarde por gráficos de todos los planes de publicidad a través de los medios de difusión y de las asignaciones de fondos. Todo esto les llegaba a través de un circuito cerrado de televisión, por medio de las diversas computadoras de las ciudades claves en aquella campaña concreta. Leonard W. Kockenbergh sonrió benevolente ante aquel ejemplo de modernas técnicas de comercialización, aunque en su interior sintiese un odio sordo. Estas conferencias multinacionales ayudaban sin duda a elevar las ventas, pero socavaban también su posición, pues no le permitían siquiera manejar por sí mismo la campaña sueca. Ejecutivos de Alemania, Italia,

Francia y Norteamérica llevaban años vetando sus ideas más brillantes. Sólo podían intimidarles sus propios jefes y por tanto no se preocupaban lo más mínimo por los sentimientos de Leonard W. Kockenbergh.

Este odiaba todo aquello, pero guardaba para sí sus sentimientos porque sabía también que no tenía más remedio que someterse. Leonard W. Kockenbergh era muchas cosas, pero sobre todo era un individuo muy realista.

—Respecto a esta prognosis —decía un ejecutivo de Londres—, no estoy seguro de que resulte. Veamos, les mostraré *mis cifras...*

Aparecieron en la pantalla imágenes y curvas. Leonard W. Kockenbergh frunció el ceño, pero nada dijo. En Milan se formulaba una pregunta. En la pantalla más cifras, planos y curvas aparecieron. Un especialista en investigación de Nueva York ofreció una hipótesis sobre su significado. Con atronador acento teutónico, un especialista en comercialización de Frankfurt discutió uno de los puntos propuestos. Aparecieron en la pantalla proporciones publicidad-venta. Se indicaron las características demográficas de los compradores. Se ilustraron los cambios en la cuota de mercados. Se relacionaron unos factores y otros. Se acudió a datos y trabajos publicitarios de otros países, o de otros productos, y se compararon.

Mierda, pensó Leonard W. Kockenbergh, mordiendo furioso su puro. Si pudiese hacer *eso* a mi manera...

Pero, inevitablemente, no podría, nunca podría. Contempló furioso la pantalla mientras aquellos hombres y mujeres analizaban causa y efecto, examinaban alternativas, verificaban juicios y determinaban vías de actuación. Y, mientras ellos trabajaban, las pantallas que había ante ellos desplegaban la información que necesitaban, los resultados de los cálculos que habían pedido. Se hacían bosquejos de los nuevos anuncios propuestos. Un especialista de una ciudad apareció en la pantalla sugiriendo alternativas y modificaciones, que luego fueron completadas y perfeccionadas por un director artístico de otra. Se desplegaron y analizaron propuestas y datos de investigación. Se introdujeron nuevos cambios en el trabajo de creación y en las tácticas de mercado.

En cada sala de conferencias existía la posibilidad de controlar y modificar lo que aparecía simultáneamente en todas las pantallas, a través de imperativos computadores que ronroneaban pacíficamente en los edificios de MultiCo, y al computador monstruo de Chartres, Francia, donde se recogía y valoraba la información de los centros MultiCo de todo el mundo.

La computadora de Chartres comunicó los expedientes completos de las primogénitas del nuevo milenio de sesenta y tres países; las candidatas, aún no informadas, del propuesto concurso Mis Sobaco Universal, que habría de organizarse con la campaña internacional de la Crema de Sobaco Yonston en cuanto la campaña experimental de Suecia hubiese aportado datos suficientes. Ocho muchachas negras quedaron inmediatamente descartadas y las substituyeron jóvenes rubias y de ojos azules; fueron descartadas también doce muchachas que no eran lo bastante hermosas y otras seis con deficiencias morales y de educación (todo organizador de concursos de belleza del mundo recordaba con un escalofrío la primera Mis Mundo Norteamericana, Marjorie Wallace, cuya vida privada era de tal naturaleza que los patrocinadores británicos tuvieron que destronarla alegando que no proyectaba una «imagen pública de primera clase»). Una chica resultó tener ideas políticas izquierdistas y fue substituida por la ambiciosa hija del director de comercialización de Milan. Por último, quedaron seleccionadas veintiséis candidatas y sobrevino una acalorada discusión sobre cuál de ellas debería ganar el concurso. Ganó la candidata

francesa *¡Ese pato!* masculló entre dientes Leonard W. Kockenbergh) y la reunión concluyó con muchas felicitaciones insinceras al director de comercialización francés.

Leonard W. Kockenbergh escupió su puro y salió de la sala, totalmente disgustado con la conferencia. Le fastidiaba además el haber oído algunos comentarios irónicos sobre su incapacidad para localizar a la Miss Sobaco sueca. ¿Qué esperaban que hiciera? ¿Buscar él mismo a aquella maldita chica? Entró en su suite y se sentó detrás de su majestuoso escritorio de caoba, bufando impotente. Caviloso contempló el horizonte de Estocolmo, y luego apretó varios botones de su intercomunicador, recibiendo una inmediata y áspera respuesta. Cinco minutos después había enviado a tres jefes de departamento tras el señor Erik Lenning, decidido a que éste localizase a la señorita Anniki Norijn o a cualquier otra. Gracias a las demoníacas manipulaciones de Leonard W. Kockenbergh, aquel idiota de Lenning pronto se enteraría de que iba a ser trasladado a la oficina regional de Servernaja Zemlja, recién inaugurada; era un lugar notoriamente frío de la costa siberiana. Pero primero tenía que localizar a aquella chica. Leonard Kockenbergh se levantó de su silla y se acercó a la ventana, imaginándose la cara que pondría Lenning cuando se enterase de su nuevo trabajo.

A sus pies se extendía Estocolmo, una selva de altos edificios de oficinas y torres de apartamentos, interrumpidos de cuando en cuando por frondosos parques. A sólo un kilómetro de distancia, empezaba lo que en realidad no era sino el mayor parque de Estocolmo, el cementerio de Haga, superpoblado ahora como lo estaba todo; un sector de arbolado salpicado de lo que parecían modernos hoteles de muchas plantas. Severos, sólidos y funcionales, con miles de ventanas de color azul resplandeciendo bajo la luz del sol. Aquellos eran, sin embargo, hoteles cuyos usuarios jamás se quejaban. Eran la versión moderna de las antiguas pirámides. Cementerios.

Las Vigotorres de treinta pisos eran la respuesta de la era espacial al hacinamiento urbano. Al aumentar la población vertiginosamente y ocupar más espacio vivo, sencillamente dejó de haber espacio para los muertos. La solución obvia habría sido la cremación, pero la cremación nunca llegó a ser práctica generalizada. Llegó un momento en que se hizo necesario tomar medidas.

Todo empezó a mediados de los años sesenta en el pueblo de Rozzano, a doce kilómetros del centro de Milan, que triplicó su población en cinco años al acudir masivamente emigrantes procedentes del sur. Esto era bueno, pero los recién llegados no sólo parecieron decididos a quedarse en Rozzano durante el resto de su vida, sino eternamente; lo que planteó al pueblo un grave problema. Su pequeño cementerio estaba lleno a rebosar, y no podía encontrarse terreno para ampliarlo.

Entonces el ayuntamiento escribió a la arquitecto Nanda Vigo de Milan, famosa por su ingenio. Esta propuso una solución obvia: si no pueden meterse los cadáveres debajo, habrá que colocarlos encima. En consecuencia, diseñó dos rascacielos de veinte plantas con capacidad para albergar catorce mil cuatrocientas ochenta tumbas entre los dos. Las plantas de cada torre tenían tres metros de altura y cien de superficie, con un ascensor central para subir y bajar los visitantes. Todas las «habitaciones» de estas Vigotorres eran idénticas y median dos metros por uno. Giovanni Foglia, alcalde socialista de Rozzano, consideró la idea práctica y democrática; comentó que una plaza perpetua en una Vigotorre sólo costaría la paga de un mes de un obrero industrial, mientras que la

fosa más barata de Milán costaba diez veces más.

La idea cuajó enseguida, (no podía ser de otro modo dado el continuo aumento del valor de los terrenos) y los rascacielos fúnebres, hoy llamados Vigotorres en honor de su ingeniosa creadora la arquitecto Nanda Vigo, empezaron a aparecer en todas las zonas densamente pobladas; primero en África y Sudamérica, luego en Holanda, Bélgica, Tokio y en zonas metropolitanas de todo el mundo. La primera Vigotorre de Suecia se construyó en Malmö en 1986, y a ella siguieron rápidamente tres torres de cromo y cristal en el cementerio de Haga, en Estocolmo, donde luego se construyeron nuevas Vigotorres a un ritmo de dos por año, cada una de ellas más alta que la anterior. Estas torres, firmemente agrupadas, habían pasado a ser muestra característica de toda gran ciudad; la prueba definitiva de que una población había alcanzado el nivel de gran ciudad.

Leonard W. Kockenbergh las detestaba. Aquellas torres quizás bastasen al hombre común que se contentaba con evaporarse lentamente en una de aquellas celdillas funcionales, esperando una resurrección de la carne que podría llegar o no. Kockenbergh tenía otras ideas. Se consideraba un hombre importante, un hombre de gran visión, un hombre digno de una resurrección garantizada. Era también, detalle clave, un hombre rico. Cuando llegase la muerte, como que llegaría incluso para el señor Leonard W. Kockenbergh, le encontraría preparado con todo cuanto la técnica pudiese proporcionar.

Cuando Leonard W. Kockenbergh muriese, diestros técnicos de Svenska Cryonics AB le llevarían rápidamente a su sede central de Estocolmo, iniciando un tratamiento en la ambulancia, inyectando en su organismo glicerol o DMSO (sulfato dimetílico); productos químicos similares al alcohol, que mantendrían en su lugar las moléculas de agua y permitirían la congelación sin formación de cristales. Esto garantizaría una congelación que no amenazaría en absoluto la integridad del valioso cuerpo del señor Kockenbergh.

Las células, congeladas según el procedimiento biológicamente correcto, y descongeladas del mismo modo, no sufrirían daño alguno; y la congelación impediría la descomposición. Tras esto, en la misma sede de la empresa, se colocaría el cuerpo a temperatura de menos trescientos veintiún grados Fahrenheit, es decir, a la temperatura del nitrógeno líquido, lo cual aseguraría la posibilidad de almacenar el cuerpo sin cambios significativos ni deterioro alguno durante un período mínimo de años y probablemente de siglos. Sin embargo, Leonard W. Kockenberg era un hombre rico que no descuidaba el futuro y había pagado por el procedimiento más seguro (y mucho más caro) que utilizaba helio líquido a una temperatura de menos cuatrocientos cuarenta y nueve grados Farenheit, lo cual, a todos los efectos prácticos, conservaría el cuerpo eternamente. Esto lo hacía la Societé Cryonics de Francia, con sede en las afueras de París, el servicio mejor y más importante de toda Europa en este campo; Leonard W. Kockenbergh quedaría depositado en un gigantesco recipiente en el que se habría hecho el vacío, construido según el mismo principio de los termos, lo suficientemente grande para contener un cuerpo humano en el gas líquido adecuado. Y allí estaría esperando a que la ciencia aprendiese a resucitar a los muertos.

Era al menos una leve esperanza, y, desde luego, la mejor que el mercado podía ofrecer a un individuo de sus ingresos. Los que eran aún más ricos que Leonard W. Kockenbergh daban un paso más en esta materia, asegurándose de que las alteraciones sociales y las averías mecánicas no frustrasen sus esperanzas. Reservaban un espacio de almacenaje en la base Cryolunar, situada en el pico central del cráter Clavius D de la Luna, acomodado para guardar

1.437.696 cadáveres para siempre. Esto era caro, por decir poco; además los clientes tenían que ir a la base Cryolunar aún con vida, pues era imposible transportar los voluminosos y pesados recipientes hasta la Luna. Muy pocos tenían el temple o la previsión necesarios para hacerlo, y en la base Cryolunar aún había 1.437.429 espacios vacantes. Pero las doscientas sesenta y siete personas que ya estaban allí, podían esperar el futuro con plena confianza.

El pensar en la muerte siempre deprimía a Leonard W. Kockenbergh. Suspiró, se sentó a su mesa de despacho, advirtió por primera vez que había allí una carta con la indicación «personal», la abrió y se enteró de su traslado a una oficina de MultiCo recién inaugurada en el pequeño pueblo de Kazatje, en el norte de Siberia, pueblo pequeño pero, gracias al capricho del jeque Yarasin, en rápido crecimiento.

XXIII

El viejo caminaba tambaleante calle abajo; se apoyó pesadamente en una gran lata. Erik Lenning le vio desde lejos cuando doblaba una esquina, camino de la dirección que le había proporcionado Eulenspiegel. Estaba de muy mal humor, tras volver a casa de la entrevista con la ejecutiva de la escuela, justo a tiempo de recibir tres furiosas llamadas de tres jefes de departamento distintos; éstos le dijeron que localizase inmediatamente a la chica y él se había lanzado a la ciudad sin comer siquiera. Maldita chica, pensaba al cruzar la calle. Maldito Kockenbergh, maldito Eulenspiegel, malditos sean todos. Entró en una calleja lateral y se detuvo al oír tras sí un agudo silbido. Se volvió lentamente y vio al viejo al fondo de la calle, apoyado en su lata. Le miró largo rato y luego dio la vuelta y continuó en dirección opuesta. Al otro extremo de la calle había varias formas oscuras. Cerró un instante los ojos.

Jubilados.

En otros tiempos los jubilados o «ciudadanos de edad provecta» habían sido viejos agradables que retirados en sus casas, esperaban pacientes la muerte. Eran seres tranquilos y razonablemente satisfechos... y además eran pocos. En los antiguos y felices tiempos de los vikingos, aún eran menos; los viejos que se negaban tercamente a morir eran arrastrados a la cima de una montaña y despeñados sumariamente. Pero tal práctica había desaparecido. Al aumentar la esperanza de vida, pese a la omnipresente contaminación, el número de jubilados, de individuos mayores de sesenta y cinco años, aumentó inevitablemente; y al crecer el grupo, sus miembros pasaron a ser menos pacientes y a sentirse menos felices. Aún conservaban mucha energía, así como el volumen habitual de necesidades humanas; pero una sociedad asolada por un desempleo masivo, no podía proporcionarles puestos de trabajo ni salarios superiores a las pensiones de jubilación habituales. Los resultados fueron los previsibles: como los grupos de delincuentes juveniles de los años sesenta y setenta, los jubilados ociosos formaron bandas armadas de navajas automáticas y revólveres que se dedicaban a robar, e incluso a matar, a quienes eran lo bastante estúpidos para ofrecer resistencia. Con más de cuatro millones (el 18,2 por ciento de la población) de jubilados, había el suficiente número de bandas en las grandes ciudades para que los paseos vespertinos resultasen pasatiempo sumamente peligroso. En general, los jubilados no eran fuertes físicamente: pero revólveres y bastones al igual que su gran número, suplían con creces esta deficiencia. Los jubilados eran además astutos y malévolos, endurecidos

supervivientes de toda una vida en la moderna selva liberal; no tenían miedo a nada («¿qué tenemos que perder?») y poseían una astucia infernal. Pocas veces les molestaba la policía, que prefería enfrentarse a las bandas de delincuentes juveniles en las que la fuerza y las armas quedaban compensadas por su ingenuidad juvenil. Lenning contempló a los dos grupos de jubilados que se aproximaban, gruñendo lúgubremente.

El viejo se acercó jadeante a él. Le miró con ojillos miopes, apoyándose en su bastón.

—Ha salido a dar un paseo, ¿verdad? —comentó, contemplando el inmaculado traje gris de Lenning—. ¿No sabe usted que eso puede ser peligroso?

Lenning murmuró algo, mirando por encima del hombro a los otros jubilados que formaban un compacto grupo y murmuraban entre sí.

El viejo escupió diestramente y el escupitajo cayó a un par de milímetros del pie izquierdo de Lenning.

—Deberías dar gracias a Dios, hijo mío, de que te encontramos nosotros y que no te asaltaran otros —dijo.

—¿Qué quiere usted? —preguntó Lenning.

—Yo no quiero nada, hijo mío —dijo el viejo—. Nosotros los ancianos nunca queremos nada; sólo queremos sentarnos a esperar a la muerte mientras vosotros os divertís. Sin embargo, al verle pasear por aquí así, consideré que yo y mis amigos teníamos que hacer la buena acción del día. Le escoltaremos a donde vaya —escupió otra vez y el escupitajo rozó el zapato de Lenning—. Nos pagará usted por ese servicio, claro.

—No tengo dinero —dijo Lenning.

—Claro que —prosiguió tranquilamente el anciano— podría usted decidir no pagar nuestros servicios. En ese caso, quizás mis amigos se enfadaran y decidieran romperle un brazo o una pierna... allá usted, hijo mío.

Miró a Lenning y sonrió diabólicamente poniendo al descubierto unos descoloridos colmillos.

—No tengo dinero —repitió Lenning, sintiendo que la garra del miedo estrujaba su corazón.

—No se preocupe —dijo el viejo—. Basta que nos dé su tarjeta de crédito. Siempre puede cancelarla mañana.

—Para entonces —dijo amargamente Lenning—, estaré arruinado.

—Pues elija: o eso, o unos huesos rotos —dijo el anciano—. Y de todos modos nos llevaremos la tarjeta. ¿Qué me dice?

Lenning suspiró y entregó la tarjeta.

—Es usted un joven muy razonable —dijo satisfecho el anciano—. Eso me gusta. A cambio seremos amables y le llevaremos a donde vaya; sólo le daremos una patada en el culo por contestar. —Empujó a Lenning hacia el fondo de la calle—. ¡Vamos, hijo mío!

—Esto me parece repugnante —masculló Lenning mientras se alejaban, seguidos por el oscuro grupo sin rostro de jubilados que no cesaban de murmurar entre sí.

—Tiene que dar gracias a Dios por habernos encontrado a nosotros —decía el anciano—. Otra banda podría haberle roto a usted todos los huesos del cuerpo sólo por divertirse. Nosotros somos simplemente hombres de negocios; lo hacemos sólo por dinero.

Anniki abrió con cautela la puerta atisbando.

—¿Sí? —preguntó hoscamente, con voz apenas audible por el estruendo del

televisor.

—Me llamo Lenning —dijo con dificultad Lenning, con los labios hinchados—. Disculpe que me presente con este aspecto, es que me asaltaron y me robaron…

—¿Y a mí que me importa? —replicó ella burlona, cerrando la puerta. Tras ella, el televisor emitía atractivos sonidos de tiroteos y agonizantes.

—Por favor —gritó Lenning desesperado—, me dio su dirección Tim Eulenspiegel…

Esto fue suficiente. Anniki suspiró y abrió la puerta, admitiéndole en la habitación. El entró tambaleándose, tapando con una mano el corte aún sangrante de su mejilla izquierda. Los jubilados habían sido breves pero cuidadosos; sentía como si le hubiese pasado por encima una apisonadora. Ella le miró de arriba abajo y luego dijo.

—Debían tener prisa, porque no le han roto ni un hueso, ¿verdad?

—No —murmuró Lenning, siguiéndola a la habitación y sintiendo piedad de sí mismo.

—Es un hombre de suerte —le dijo—. Muchos de esos grupos no le habrían dejado ni un hueso sano, sólo por divertirse. —Hizo una pausa, mirándole—. ¿Le quitaron la tarjeta de crédito?

—Sí.

—Mañana —dijo ella con la mayor naturalidad— tendrá usted una deuda de un par de millones. Y tendrá que pagar al banco hasta el último céntimo.

—Ya pagará la empresa —dijo Lenning, sabiendo que no sería así.

—Seguro —dijo ella acercándose al fregadero y humedeciendo una servilleta de papel—. Estese quieto un minuto; le limpiaré lo de la mejilla.

Limpió la sangre e inspeccionó el corte.

—Es sólo un rasguño —dijo, tirando la servilleta a un desbordante cubo de basura.

—Bueno, vine aquí porque… —empezó Lenning.

Anniki se había sentado en la cama, repartiendo su atención entre él y el televisor, donde comandos cubiertos de lodo interrogaban concienzudamente a alguien. Agudos gritos taladraban el aire.

—Siéntese —dijo—. ¿Cuál es su signo? ¿Aries?

—Aries —dijo él, sorprendido.

—Estupendo —palmeó invitadoramente la cama a su lado—. Siéntese aquí y explíquemelo todo.

Se lo explicó.

—¡Oh! —dijo ella inmediatamente, y luego escuchó en silencio todas las explicaciones sobre la Crema de Sobaco Yonston, un valiosísimo regalo para la humanidad, un maravilloso producto obra de incansables científicos que ella iba a propagar por todo el país. Lenning le habló de la fama, de la posibilidad de conocer a gente importante, del dinero, de viajes, de la oportunidad de su vida. Mencionó también que perdería su trabajo en MultiCo y InterAd si ella no aceptaba la oferta. Ella miraba a la pantalla del televisor, donde valerosos patrulleros se enzarzaban en un sangriento combate cuerpo a cuerpo.

—Yo soy Capricornio —dijo.

—¿Sí? —dijo Lenning, mirándola fijamente.

Ella se levantó de la cama en un movimiento único pero también gracioso y se acercó a un armario volviendo con una botella y dos vasos.

—Nunca puedo resistirme a un Aries —le dijo, dándole uno de los vasos y llenándolo hasta el borde—. Skal, Aries.

—Respecto a ese contrato… —dijo Lenning.

—De acuerdo —dijo ella—. Beba.

El bebió, tosiendo desesperado cuando el ardiente líquido alcanzó su garganta.

—Lo hace un amigo mío —dijo ella—. Lo reservo para ocasiones especiales, para cuando me encuentro con un lindo Aries. Skal.

Bebió de nuevo. Él la siguió, con los ojos llenos de lágrimas. El líquido se abrió camino cruelmente garganta abajo, como un ácido.

Ella apagó el televisor, ahorrándole así exquisitos primeros planos de interrogatorios y tortura moderna, y encendió el tocadiscos. Una música atronadora salió bramando de los *nécessaires* de oro de imitación.

—Yo vine aquí a hablar con usted sobre esa oferta —gritó Lenning por encima del estruendo.

—No puedo oírle —gritó a su vez Anniki; terminó su vaso y empezó a desvestirse—. Vamos —le gritó—. ¿Es que tienes miedo?

Él la miró confuso, consciente de un persistente canturreo, más sentido que oído, dentro de su cráneo. Pensó en Leonard W. Kockenbergh, en la nueva campaña, en su crédito ahora destrozado para siempre y en lo que iba a sucederle; pensó en su mujer y sus hijos, en su probable futuro; pensó en algunas de las cosas que había visto últimamente. De algún modo todo ajustaba. Intentó pensar en ello, pero la música atronadora le impidió eficazmente toda forma de ejercicio mental. Movió la cabeza y empezó a quitarse la ropa.

Súbitamente, desapareció la música atronadora, cortada como por una cuchilla de guillotina. En el silencio ensordecedor, ella le entregó un equipo de auriculares negro y funcional.

—Me gusta más así —le dijo—. Pruébalo con la música tan alta que casi duela; te hace sentir cosas increíbles.

La muchacha hizo algo en el estéreo y la cabeza de Lenning se convirtió en campo de batalla de inmensas orquestas electrificadas; el nivel de sonido de los auriculares de cuatro canales estaba justo al borde del umbral del dolor. Cayó sobre ella, consciente sólo del ruido atronador y, confusamente, de un cuerpo de mujer. Los sonidos le desgarraban, le escindían, diseccionaban su mente. Hicieron el amor: un amor jadeante y violento, los cables de los auriculares serpenteando sobre la cama hasta el tocadiscos, transportando cascadas de ruidos ensordecedores casi insoportables.

XXIV

—Soy un hombre paciente y —dijo el emir— y creo que comprensivo. De hecho, quizás lo sea demasiado. Y te he dado sin pedir nada a cambio todo lo que me has pedido, ¿no es cierto?

—Lo es —dijo cautamente el jeque Yarasin.

—Soy también el Imam de Juri —dijo el emir—, versado no sólo en el Corán sino también en el *sahih* y otros textos sobradamente conocidos para tener que mencionarlos. ¿Acaso no me proclama el pueblo imam *el-muslimin y* emir *el-muslimin?*

—Así es —dijo el jeque Yarasin, preguntándose qué querría decir su hermano.

—Además —continuó el emir— soy tu hermano mayor, y por tanto es mi deber ayudarte y guiarte.

El jeque Yarasin se limitó a asentir.

—Es propio de los hombre errar —dijo lentamente el emir— y propio de Dios perdonar.

Permanecieron en silencio un rato, contemplando el desierto secular, bañado por la primera luz rojo sangre chispeante del alba. El jeque Yarasin olfateó. ¿No había un leve olor a quemado en el aire? Rechazó tal pensamiento. Alguien estaría calentándose el desayuno.

—Tengo obligaciones —dijo el emir—. No sólo conmigo mismo, sino también contigo y con mi pueblo. A veces esta obligación es una gran carga, pero he de llevarla. A veces uno hace por los suyos lo que nunca podría hacer por sí mismo. Lo comprendes, ¿verdad?

—Lo comprendo —dijo el jeque Yarasin, pensando furiosamente. ¿Qué se proponía su hermano? Aquellos rodeos no podían llevar a nada bueno. Aquella disertación sobre sus obligaciones como caudillo espiritual y terrenal de su pueblo eran un presagio amenazador, por decir poco. El emir Umir ar-Rechehidd era un nombre muy piadoso que se tomaba muy en serio sus deberes. El jeque Yarasin se preguntaba mientras bajaban lentamente las resplandecientes escaleras de mármol que daban al jardín, mientras un lúgubre viento suspiraba entre las hojas, qué se propondría su hermano.

—He seguido durante muchos años tus tareas con gran interés —continuó el emir—. Podría decirse incluso que te he alentado a proseguirlas. Nunca entendí este interés tuyo; y al no comprenderlo, no quise formar juicios sobre él hasta que los acontecimientos probaran su bondad o su maldad.

—Habrás podido apreciar las riquezas que mi trabajo ha proporcionado a nuestro país —dijo el jeque Yarasin—. Nuestro pueblo es más fuerte, más sano y más independiente que nunca. Todo esto se debe a nuestro petróleo y a mi trabajo.

—Tú hablas de dinero —dijo el emir—, pero yo desprecio el dinero. Escupo sobre él. El dinero es un invento de los diablos extranjeros; antes que llegaran ellos, los beduinos no tenían dinero y no habrían encontrado en qué usarlo aunque lo hubiesen tenido. Teníamos nuestros fusiles, nuestros camellos, nuestras mujeres y nuestros hijos. Tomábamos cuanto necesitábamos, y lo que tomábamos lo conservábamos. Así era en los antiguos tiempos. Y las palabras del Corán y del *sahih* nos bastaban.

—Eran otros tiempos —dijo el jeque Yarasin—. Ahora los diablos blancos gobiernan el mundo; o al menos eso creen. Pero utilizando nuestro petróleo he conseguido mantenerles fuera de Juri y de las tierras de nuestros antepasados. Ahora, además, somos sus amos.

—Les gobernamos —aceptó el emir—, pero les gobernamos de acuerdo con sus términos, no con los nuestros. Hemos sacrificado nuestra forma de vida para regir a esos diablos extranjeros y tú has sucumbido también a su forma de pensar. Esa idea de trasladar a millones de personas de su tierra natal a países extranjeros...

Era indudable que había un olor a quemado en el aire. Y lo que ardía no era excremento de camello, además. Ardía madera en algún sitio. ¿Y no había una leve chispa de humo allí, detrás de los árboles? El jeque Yarasin volvió receloso a prestar atención a su hermano.

—Es un capricho —dijo—, una forma de pasar el tiempo, nada más.

—Lo sé, estás jugando —dijo el emir—. Pero sólo los niños juegan. Un hombre adulto debe ser feliz con su camello, su fusil, su mujer y sus hijos. Pero tú jamás usas tu camello ni tu rifle, y tienes muy pocos hijos. Suspiró y apartó los ojos de él. Luego dijo—: Para todo hay una edad. Para jugar y para la vida adulta. Has estado portándote como un niño; ya es hora de que te portes como un hombre. — Hizo otra pausa. Luego añadió—: En consecuencia, he dado orden de que

quemen tu cabaña.

El jeque Yarasin cerró los ojos. Sentía una extraña indiferencia; como si todo aquello fuese algo que estaba sucediendo fuera de él. El golpe era demasiado contundente, demasiado súbito, sus implicaciones demasiado aterradoras. Abrió lentamente los ojos y miró a su hermano.

—¿Diste orden de quemar la cabaña? —preguntó, incrédulo—. ¿Con todos los papeles?

—Ya está ardiendo —dijo el emir—. Y la línea telefónica está cortada. Antes de cortarla, uno de mis hombres que habla la lengua de los diablos extranjeros les envió un último mensaje.

—¿Qué mensaje? —preguntó el jeque Yarasin, sabiendo lo que vendría.

—Venderlo todo —dijo el emir. El jeque Yarasin contempló el plácido desierto. Más allá de él Yarasin sabía que estaban sucediendo muchas cosas. Cosas increíbles, cosas fantásticas; cosas que eran ya inevitables.

—No sabes lo que has hecho —dijo quedamente.

—Me lo imagino —dijo el emir—. Pero ya se las arreglarán, de un modo u otro. Y no estoy obligado a ellos, sino a mi pueblo y a mi hermano.

—Significará el caos —dijo el jeque Yarasin.

—Pero las tradiciones de Juri y de nuestros antepasados quedarán preservadas —dijo el emir. Cogió a su hermano por el brazo con firmeza, pero amistosamente.

—Y ahora tenemos que atender a otros asuntos. Hay muchos diablos extranjeros trabajando en los pozos petrolíferos de nuestro país. Hay que expulsar a esos hombres. Desde primera hora de esta mañana tengo a mi ejército preparado para hacerlo. Los caballos y los camellos esperan a las puertas de los establos. Uno de los caballos lleva tu enseña y tu fusil.

Condujo a su hermano a través del jardín, pasaron ante la cabaña quemada, y siguieron hasta los establos, donde les esperaban silenciosos y especiantes beduinos. El jeque Yarasin miró la cabaña y apartó inmediatamente la mirada. Suspiró una vez y luego aceleró el paso.

—Como tú desees —dijo.

XXV

—Estás como una cabra —dijo Anniki—. ¡Pero si es la una de la madrugada! ¿No podríamos hacerlo mañana?

Lenning estaba atándose los cordones de los zapatos.

—Hay gente allí toda la noche esperando —dijo—. Tenemos que ir allí ahora.

Anniki saltó de la cama y empezó a vestirse.

—¿Volveremos aquí cuando acabemos?

—No sé —dijo Lenning, sintiéndose muy mal.

—Comprendo —dijo Anniki; repasó su cara en un espejo, haciendo malévolos gestos—. ¿Y la paga?

Lenning lanzó una mirada involuntaria al lecho.

—¿Por... esto?

—Eso es por cuenta de la casa —se retrepó en el sillón, rascándose el pelo—. Por lo de Miss Sobaco.

—Te lo explicará todo el señor Kockenbergh —dijo Lenning. Se levantó, colocándose la corbata y preguntándose qué le diría a su mujer. Se sabía un sucio mentiroso, pero su mujer tenía muy firmes opiniones respecto a lo que era adecuado y lo que no. Suspiró. De todos modos, arruinado como estaba, ése era

el menor de sus problemas.

—Bien pensado —dijo—, creo que volveremos aquí después.

El metro estaba cerrado y tuvieron que coger uno de los pocos autobuses nocturnos, apeándose en la parada del parque Vanadislunden. El Edificio MultiCo se alzaba ante ellos, iluminado como un gigantesco árbol de Navidad. El pequeño aparcamiento estaba lleno de coches negros de la empresa con las puertas abiertas. El conjunto daba una sensación de desconcierto. Al subir al edificio, vieron que llegaban más coches, a toda velocidad. Ejecutivos de alto rango, con caras pálidas y macilentas, saltaban de los coches y corrían al interior del edificio, con abultadas carteras bajo el brazo. Anniki les miraba desconcertada.

—¿Es por mí todo esto? —preguntó incrédula.

Lenning movió la cabeza y dijo:

—Creo que en este momento no van a tener tiempo para nosotros.

—Puede que no —dijo ella. Luego bostezó ostentosamente—. Mira, qué te parece si nos volvemos a casa y venimos a verles mañana, cuando esto se haya tranquilizado un poco…

El murmuró algo ininteligible mirando por encuna de ella a la confusión de coches del aparcamiento. Llegaban más y pasaban rechinando los neumáticos. Bajó los hombros.

—De acuerdo, vamos —dijo.

Llegaron a la parada de autobús. Lenning se sentó en un banco mirando fijamente al vacío. Anniki se dedicó a pasear, tarareando. Miraba el Edificio de MultiCo… De pronto, todas las luces del gigantesco edificio se apagaron.

FIN